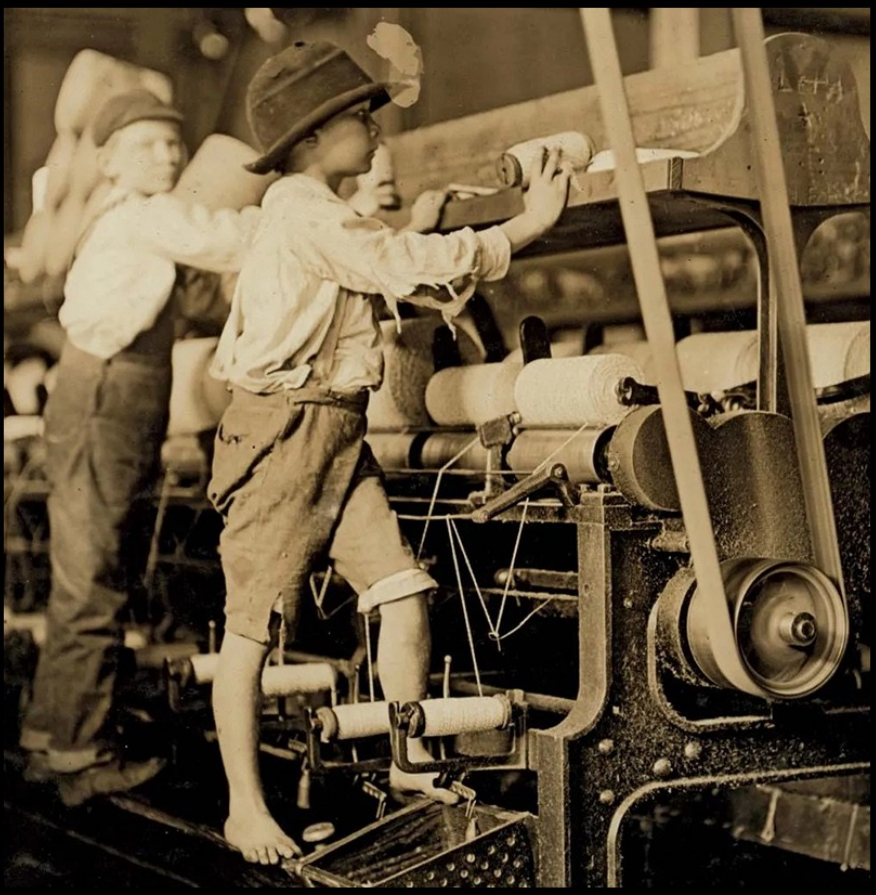
Memorias de Robert Blincoe

un niño huérfano enviado a los siete años
a sufrir los horrores de una fábrica de algodón
con un relato detallado de sus padecimientos



John Brown

Memorias de Robert Blincoe,
un niño huérfano; enviado a los siete años desde el hospicio de San Pancras, Londres, para sufrir los horrores de una fábrica de algodón durante su infancia y juventud, con un relato detallado de sus padecimientos, siendo el primer testimonio de este tipo publicado. Manchester, 1832.

Ed. Francesc Costa Oller

Mataró, 2025

https://ub.academia.edu/FrancescCosta
https://archive.org/details/@francesc_costa
https://zenodo.org/communities/fco/?page=1&size=20

Sumario

Introducción	5
Prólogo del Editor	10
Capítulo I	14
Capítulo II	21
Capítulo III	35
Capítulo IV	59
Capítulo V	75
Capítulo VI	106
Confirmaciones de su vericidad	122

Introducción

A finales del siglo XVIII, Inglaterra se encontraba inmersa en una transformación sin precedentes impulsada por la Revolución Industrial. En este contexto de profundos cambios económicos y sociales, alrededor de 1796, un niño de pocos años llamado Robert Blincoe fue llevado al hospicio para pobres de San Pancras, una institución londinense de gran importancia, que formaba parte del sistema de casas de trabajo implementado en Inglaterra tras la promulgación de las Leyes de Pobres en 1601, la primera organización formal de asistencia a los necesitados. Estas leyes establecían que la parroquia local era responsable de brindar ayuda a los que la requerían, ancianos, enfermos y niños huérfanos.

Aunque a primera vista el hospicio de San Pancras, construido en 1777 en King's Road cerca de la iglesia vieja de San Pancras, parecía ofrecer un refugio a niños como Robert, en su interior se escondía una dura realidad. Las condiciones eran deliberadamente severas, diseñadas para desalentar a las personas de buscar asistencia. El trabajo era monótono y agotador, incluyendo tareas como romper piedras, deshacer cuerdas de cáñamo y realizar labores de lavandería. La alimentación era mínima y la disciplina, estricta. Para muchos de estos niños, el hospicio se convertiría en un preludio de una existencia aún más exigente y desoladora.

Con el auge de las fábricas y otras industrias, los niños se convirtieron en una fuente de mano de obra muy barata. A los dueños les resultaba ventajoso contratarlos, ya que podían pagarles

salarios considerablemente inferiores a los de los adultos. Esta situación propició la creación de acuerdos entre los hospicios y los empresarios, mediante los que los niños eran enviados a las fábricas bajo la figura de aprendices. Sin embargo, la realidad distaba mucho de la promesa de aprendizaje, convirtiéndose en una cruda explotación laboral.

El 15 de agosto de 1799 quedó grabado en el destino de Robert Blincoe. En esta fecha, sus papeles de aprendizaje fueron formalizados, y junto con otros niños del hospicio de San Pancras, fue seleccionado para ser trasladado a una fábrica de algodón cerca de Nottingham. En ese momento, el joven Robert no podía imaginar las extenuantes jornadas de dieciséis horas diarias que le esperaban, los castigos corporales por cualquier error, la escasez de alimentos y cómo su mundo se reduciría a los confines de una opresiva *cárcel de algodón*.

Las primeras fábricas, antes de la generalización de los motores de vapor, se construyeron estratégicamente en zonas rurales, cerca de ríos y arroyos de corriente rápida, aprovechando la energía hidráulica para su funcionamiento mediante molinos de agua. La fuerza del agua se distribuía a través de un complejo sistema de ejes, engranajes, correas y poleas, impulsando telares y bastidores. Si bien algunos propietarios establecieron condiciones laborales razonables, proporcionando buen alojamiento, comida y ropa a sus aprendices, la situación era considerablemente peor en estas fábricas más antiguas y pequeñas, impulsadas por agua y ubicadas en zonas montañosas aisladas, como en Litton Mill, lugar donde Robert Blincoe sufrió terribles abusos. En estos establecimientos remotos, la dificultad para encontrar mano de obra adulta llevó al empleo masivo de niños de los hospicios.

La difícil situación de los niños en las fábricas no pasó desapercibida para la opinión pública, generando un considerable interés y simpatía. Esto llevó a intentos de reforma legislativa. En 1802, Sir Robert Peel logró la aprobación de una ley para proteger la salud de los aprendices de los hospicios en las fábricas movidas por agua. Posteriormente, en 1815, Robert Owen, presentó otro proyecto de ley para enmendar y ampliar esta legislación, incluyendo tanto a los niños libres como a los pobres. Tras extensas investigaciones y debates, en 1819 se aprobó una nueva ley, aunque esta solo se aplicaba a las fábricas de algodón, aún permitía el trabajo excesivo y su cumplimiento nunca fue efectivo. Durante los años veinte, la presión por reformar las condiciones laborales continuó de forma esporádica, intensificándose a principios de los años treinta, lo que finalmente condujo a la promulgación de las leyes de 1831 y 1833 que establecieron límites en las horas de trabajo de los niños.

El desarrollo de la máquina de vapor impulsó el crecimiento de fábricas más grandes, que se concentraron en ciudades como Manchester. Para 1802, esta ciudad y su vecina Salford albergaban ya más de 50 fábricas. En su testimonio de 1833, Blincoe señaló que el maltrato infantil era peor en las fábricas rurales que en estas ciudades, donde la presencia de la justicia ejercía cierta moderación sobre los abusos. Afirmó que, aunque las atrocidades que él había sufrido eran menos frecuentes tras la promulgación de las leyes, las condiciones laborales seguían siendo tan duras que prefería que sus propios hijos fueran deportados antes que trabajar en una fábrica. A principios de la década de 1830, el sistema de aprendizaje de niños de hospicios en la industria textil casi había desaparecido, aunque persistía en otros sectores como la minería del carbón y la metalurgia.

Hacia 1817, Blincoe había logrado ahorrar lo suficiente para establecerse como comerciante de algodón en Manchester. En 1824, invirtió su capital en maquinaria para hilar algodón, pero un incendio destruyó por completo su inversión. Más tarde, abrió una tienda, pero la insolvencia lo llevó a prisión por deudas. Hacia 1830, aparece registrado como comerciante de desperdicios de algodón, y posteriormente como tendero de comestibles. En 1833, declaró: «Alquilo la energía de un molino; mi negocio consiste en fabricar deshierbado de láminas».

La voz de Robert Blincoe, tal como fue recogida en las páginas escritas por John Brown,[1] se convertiría en un eco resonante de la difícil situación de los niños trabajadores en las fábricas. Su testimonio, aunque personal, iluminó una realidad sombría oculta tras el progreso tecnológico del siglo XVIII y principios del XIX, una época donde la innovación y la ambición industrial a menudo se cobraban un precio humano. Esta es la historia de un niño cuyo sufrimiento y posterior testimonio contribuyeron a la lenta pero crucial toma de conciencia sobre las injusticias inherentes al sistema fabril temprano.[2]

Francesc Costa Oller

---

[1] En 1828, John Brown publicó una serie de artículos basados en la historia de Blincoe, que luego se recopilaron en *Memoirs of Robert Blincoe* (Manchester, 1832), y se convirtieron en una fuente clave para los movimientos que impulsaban reformas laborales, en particular la reducción del trabajo infantil en fábricas.

[2] Owen Ashmore,«The early textile industry in the Derwent Valley»,«The early textile industry in north-west Derbyshire»; A.E. Musson, «Robert Blincoe and the early factory system». Edición de las *Memorias* por la Derbyshire Archeological Society. Local History Section. Supplement nº10, 1966.

A

MEMOIR

OF

ROBERT BLINCOE,

An Orphan Boy:

Sent from the Workhouse of St. Pancras,

AT SEVEN YEARS OF AGE,

TO ENDURE THE

HORRORS OF A COTTON MILL.

BY JOHN BROWN.

MANCHESTER:
Printed for and Published by J. Doherty.
PRICE ONE SHILLING.

Prólogo del Editor

Las diversas leyes del Parlamento que se han aprobado para regular el tratamiento de los niños en las fábricas de hilado de algodón denotan la existencia previa de un sistema tan flagrantemente injusto que obligó a la intervención legislativa. Este comercio de esclavos del algodón, al igual que el comercio de esclavos negros, no careció de defensores, y quizás habría brindado una triste consolación a los esclavos negros de América saber que su condición, al cultivar el algodón, no era ni la mitad de miserable que la de los esclavos infantiles blancos que, una vez importado el algodón a este país, debían trabajar en su hilado. La religión y la humanidad hacia los negros del señor Wilberforce parecen haber sido de naturaleza completamente ajena. Se pide perdón si se le imputa un error injustamente, pero el editor no tiene conocimiento de que el humanitario activismo del señor Wilberforce en favor de los esclavos haya abarcado jamás el ámbito del comercio doméstico de esclavos del algodón. Y, sin embargo, ¿quién podría leer las *Memorias de Robert Blincoe* y afirmar que la caridad hacia los esclavos no debería haber comenzado —o terminado— en casa?[3]

[3] William Wilberforce (1759–1833), político abolicionista conocido por su lucha para abolir la trata de esclavos. Su trabajo culminó con la aprobación de la Ley de Abolición de la Esclavitud de 1833, aunque murió solo tres días después de su promulgación. Así como Wilberforce lideró la abolición de la esclavitud, el testimonio de Blincoe expuso la esclavitud infantil en las fábricas del siglo XIX,

El autor de estas memorias ha fallecido; murió por su propia mano hace unos dos o tres años. Combinaba una profunda sensibilidad hacia las injusticias y sufrimientos ajenos con un agudo resentimiento cuando las afrentas —reales o imaginarias— recaían sobre él, así como con una tendencia al desaliento cuando sus perspectivas no eran favorables. De ahí su suicidio. De no haber poseído una genuina empatía hacia los desventurados, jamás se habría esforzado tanto en compilar las *Memorias de Robert Blincoe* ni en recopilar por escrito todos los agravios que logró documentar sobre las víctimas del sistema de las fábricas de algodón. El autor tenía la intención de añadir notas a las *Memorias de Robert Blincoe* para respaldar sus enérgicas afirmaciones personales. Las referencias estaban marcadas en el texto, pero las notas no se redactaron o, si se hicieron, no llegaron a manos del editor. No obstante, al indagar sobre Robert Blincoe en Manchester y mencionar que poseía las memorias escritas por el señor Brown, se obtuvieron otros documentos del mismo autor, que habían quedado en préstamo a cambio de dinero en esa ciudad. Estos parecen haber sido las fuentes en las que se habrían basado las notas. Así pues, aunque el editor no se atreve a redactar notas en nombre del autor ni en el suyo propio para esta obra, está dispuesto a corroborar gran parte de lo aquí expuesto —salvo las referencias personales sobre Robert Blincoe— en caso de que sea ampliamente cuestionado.

Robert Blincoe, protagonista de estas memorias, tiene ahora unos 35 años y reside en el número 19 de Turner Street, Man-

---

impulsando cambios legales, pero las fábricas siguieron explotando niños hasta las Factory Acts (leyes que limitaron el trabajo infantil a partir de 1833, en parte gracias a testimonios como el de Blincoe).

chester, donde regenta una pequeña tienda de comestibles. También se dedica a la fabricación de guata y al comercio de desperdicios de algodón. El editor no conoce a Robert Blincoe más allá de lo que cualquier lector de estas memorias pueda saber, por lo que no alberga hacia él otro sentimiento que el de lástima por sus pasados sufrimientos. Sin embargo, un testimonio como este era muy necesario para dejar constancia ante la posteridad del verdadero carácter de las denuncias sobre el trato a los niños en las fábricas de algodón, que tanto se ha debatido y ha motivado legislación. Aunque el sistema de aprendizaje ha sido abandonado por los dueños de las fábricas y el trato ha mejorado, el empleo en sí mismo sigue siendo perjudicial para los niños: primero, por su salud; segundo, por su formación y modales. El ambiente de trabajo es malsano, y la educación, influida por malos ejemplos, también lo es. El tiempo que debería dedicarse a una instrucción provechosa se malgasta en un entorno nocivo. El empleo de niños en las fábricas de algodón facilita a padres disolutos vivir en la ociosidad y el vicio, sustentándose en el fruto del trabajo infantil. Esto es muy común en Lancashire, y un mínimo de atención por parte de los dueños de las fábricas podría evitarlo fácilmente. Pero, ¿qué hacer? La mayoría de los grandes manufactureros se benefician de la miseria humana y, por costumbre e interés, se vuelven insensibles ante ella. Si se desea un remedio, deberán buscarlo aquellos trabajadores conscientes de su progresiva degradación. Nunca lo harán quienes no tengan interés en hallarlo. Y mientras la mayoría de los obreros malgaste su ya escaso salario en esos focos de pestilencia, esos criaderos de vicio, ociosidad y miseria que son las tabernas, no habrá esperanza de mejora en su condición.

A

MEMOIR

OF

ROBERT BLINCOE,

An Orphan Boy;

SENT FROM THE WORKHOUSE OF ST. PANCRAS, LONDON,
AT SEVEN YEARS OF AGE,

TO ENDURE THE

Horrors of a Cotton-Mill,

THROUGH HIS INFANCY AND YOUTH,

WITH A MINUTE DETAIL OF HIS SUFFERINGS,

BEING

THE FIRST MEMOIR OF THE KIND PUBLISHED.

BY JOHN BROWN.

MANCHESTER:
PRINTED FOR AND PUBLISHED BY J. DOHERTY, 37, WITHY-GROVE.
1832.

Capítulo I

Cuando el lector atento haya terminado de leer la triste narración de los sufrimientos de Blincoe y sus compañeros bajo el yugo de las fábricas de algodón, probablemente se inclinará a pensar que, antes que criar a niños desamparados y abandonados para que sean deformados por el exceso de trabajo, hambrientos y torturados como lo fueron estos, sería mucho menos cruel darles muerte de inmediato; incluso que no hubieran nacido vivos; y mucho más sensato que nunca hubieran sido concebidos. En casos de embarazos no autorizados, nuestras leyes protegen con delicadeza la vida inconsciente, tal vez hasta un extremo equivocado; mientras que, como probarán estas páginas, nuestras instituciones de beneficencia, después de incurrir en gastos considerables para preservar la vida de esos seres desdichados, los eliminan en masa bajo el amparo de otras disposiciones legales, y los condenan a un destino mucho peor que la muerte repentina.

Criados en la más profunda ignorancia y depravación, estos seres infelices, desde el momento de su nacimiento hasta el último instante de su existencia, suelen estar privados de todo lo decente en la vida social. ¡Sus preceptores son los más miserables de la naturaleza! La influencia de sus ejemplos es la del peor tipo posible. Los informes de los Comités de la Ley del Algodón demuestran ampliamente que, al obligar a estos pobres desamparados a trabajar en las fábricas de algodón, en numerosos casos han sido condenados a un destino peor que la muerte sin tortura. Sin

embargo, por espantosas que sean muchas de las declaraciones que, a través de los informes de los Comités, han llegado al público, otros actos de delincuencia aún más oscuros —incluso repetidos asesinatos— han pasado desapercibidos. Gran parte de las pruebas presentadas por los defensores de la humanidad fueron neutralizadas o minimizadas por la timidez de sus testigos o por la servil complicidad de profesionales sin principios, quienes, influenciados por capitalistas ricos, prostituyeron vilmente su talento y reputación como médicos, cirujanos y boticarios para engañar al gobierno, confundir y desorientar la opinión pública, y silenciar las denuncias contra la insaciable avaricia y la crueldad despiadada de sus corruptos patronos.

Fue en la primavera de 1822, después de dedicar un tiempo considerable a investigar los efectos del sistema manufacturero y las fábricas en la salud y moralidad de los trabajadores, cuando escuché por primera vez los extraordinarios sufrimientos de Robert Blincoe. Al mismo tiempo, me enteré de su ferviente deseo de que estos padecimientos fueran expuestos al mundo para proteger a las futuras generaciones de niños de los hospicios. Con esta seguridad, fui a buscarlo y quedé gratamente impresionado por su conversación. Si este joven no hubiera sido enviado a una fábrica de algodón, probablemente habría crecido fuerte, saludable y bien desarrollado; en cambio, era bajo de estatura y sus rodillas estaban gravemente deformadas. En sus modales, parecía notablemente gentil; en su lenguaje, moderado; en sus declaraciones, cauteloso y coherente. Si en alguna parte de esta narrativa hay falsedades o tergiversaciones, la culpa es únicamente suya, pues repetidas veces lo advertí para que no dejara que el recuerdo de las injusticias sufridas lo llevara a transgredir los límites de la verdad. Después de registrar sus relatos, los contrasté le-

yéndolos a otras personas que habían compartido su misma miserable servidumbre y que confirmaron cada detalle.

Robert Blincoe comenzó su triste relato declarando que era un huérfano del hospicio y que no conocía a su padre ni a su madre. Desde los cuatro años, dijo, «hasta cumplir los siete, me mantuvieron en el asilo de pobres de San Pancras, cerca de Londres». Con términos conmovedores, censuró y lamentó a menudo la negligencia de los funcionarios del hospicio, que, al admitirlo en el asilo, parecían no haber registrado —o al menos no de manera accesible para él— los nombres, ocupaciones, edades o residencias de sus padres. Blincoe argumentó, con bastante lógica, que aquellos funcionarios no lo habrían aceptado si su madre no hubiera probado su arraigo en la parroquia, y consideró una crueldad extrema que no hubieran registrado esos datos o que, de haberlo hecho, se negaran a dárselos cuando, ya adulto, los solicitó.

Sus lamentaciones al respecto eran profundamente conmovedoras y revelaban una sensibilidad mucho mayor de la que cabría esperar en alguien que había soportado una miseria tan prolongada en ese antro de vicio y desdicha donde estuvo confinado. La experiencia suele demostrar que, mientras la adversidad moderada ablanda y expande el corazón humano, la miseria extrema y prolongada tiene el efecto contrario: lo endurece hasta volverlo insensible.

En una de nuestras primeras conversaciones, con lágrimas resbalando por sus mejillas pálidas y la voz quebrada, Blincoe dijo: «Estoy peor que un niño criado en el Hospicio de Expósitos. A esos huérfanos se les da un nombre al ser bautizados, un nombre que les pertenece legalmente. Pero yo no tengo ninguno que pueda llamar mío». Recordaba con claridad haber viajado en un

carruaje al hospicio acompañado por una mujer, pero no creía que fuera su madre, pues no sintió tristeza ni inquietud al separarse de ella, como seguramente habría sentido de tratarse de su progenitora. Blincoe también sospechaba que no había sido criado por su madre, sino que había pasado por varias manos antes de llegar al hospicio, ya que no conservaba ningún recuerdo de sus caricias. Aunque era pequeño, solía preguntar a las cuidadoras por qué ningún familiar venía a visitarlo cuando los padres de otros niños sí lo hacían, y lloraba cuando le decían que nadie lo había reclamado desde su ingreso. Algunas cuidadoras mencionaron que, poco después de su llegada, una mujer preguntó por él llamándolo «Saint» y, al verlo, le dio una moneda y le dijo que su madre había muerto. De ser cierto, quizás la enfermedad de su madre fue lo que motivó su ingreso en el hospicio.

Según su propio relato, la soledad de su condición lo afectaba profundamente, y en cada etapa de su sufrimiento posterior —especialmente durante su brutal servidumbre en la fábrica de algodón— esa sensación de aislamiento se convertía en su mayor dolor: una «barrera infranqueable», un «muro de bronce» que lo separaba del resto de la humanidad. La triste conciencia de ser «un desecho en la vasta llanura del mundo», de no tener ningún vínculo reconocido con otro ser humano, rico o pobre, de estar para siempre excluido de todo círculo social, ocupaba constantemente sus pensamientos y, junto con sus padecimientos, imprimió en su rostro un aire melancólico que ni un cambio de fortuna ni el tiempo lograrían borrar por completo. Cuando tenía seis años, durante una lección del catecismo en el asilo, le tocó recitar el Quinto Mandamiento: «Honra a tu padre y a tu madre...». De pronto, rompió a llorar, agitado y angustiado, con la voz temblorosa y las piernas débiles. Según su relato —y su elocuencia

patética al describir sus desgracias respaldaba su afirmación— era un alumno aplicado, por lo que sus superiores le preguntaron el motivo de aquel llanto. Él respondió: «Lloro porque no puedo obedecer un mandamiento de Dios. No conozco a mi padre ni a mi madre, así que no puedo ser un buen hijo y honrarlos».

Corría el rumor en la sala donde estaba Robert Blincoe que debía su existencia a los *pecados compartidos* entre su madre y un reverendo, por lo que lo llamaban *el joven Santo*, en alusión a su supuesto linaje clerical. Este apodo no perduró mucho, pues pronto comenzaron a llamarlo el *Párroco*, o *el joven Párroco*, y recordaba haber oído comentar en su presencia que era hijo de un tal *cura Blincoe*. Si estas insinuaciones tenían fundamento o eran solo calumnias vulgares, nunca pudo determinarlo, aunque le causaban profunda angustia. Otro dato peculiar fue que, cuando lo enviaron en agosto de 1799 junto a otros niños del asilo de San Pancras a una fábrica de algodón cerca de Nottingham, sus compañeros lo conocían como el *Párroco*, y así siguió llamándosele incluso después de cumplir sus catorce años de servidumbre. Solo al ser liberado de su contrato de aprendizaje descubrió que figuraba como *Robert Blincoe*. Le sugerí que quizá, por algún error durante los cambios de amo o la negligencia del último patrón, los documentos de otro niño habían llegado a sus manos, y que el nombre *Blincoe* no le pertenecía realmente. Pero él refutó esto con firmeza: recordaba claramente haber oído ese apellido durante su estancia en el asilo. Sus papeles de aprendizaje estaban fechados el 15 de agosto de 1799. Si entonces tenía siete años (aunque esto es incierto), habría nacido en 1792 y entrado al asilo en 1796. Cierro aquí estos antecedentes, con la esperanza de que esta publicación le ayude a descorrer el velo que oculta su origen, una carencia que aún lo aflige con igual intensidad.

Dos años han pasado desde que comencé a registrar el extraordinario relato de Blincoe. A fines de 1822 y principios de 1823, una grave enfermedad me impidió publicar este y otros testimonios cruciales. Aunque un cirujano respetable —de los mejores del país— certificó mi estado, algunos dueños de hilanderías insistieron en que fingía mi incapacidad para fines siniestros, y su persecución llegó a extremos que hubieran justificado una demanda por conspiración. Los peores canallas, con motivos opuestos, se unieron para difamarme: unos buscaban destruir mis documentos para ocultar los crímenes de los patronos algodoneros; otros, convencidos de que había vendido las denuncias de los obreros a sus amos, calumniaron mi carácter y amenazaron mi vida. Blincoe, influenciado por estos detractores, llegó a distanciarse. Sin embargo, jamás retractó sus declaraciones, y el 18 y 19 de marzo de 1824, por voluntad propia, no solo reafirmó todo lo dicho en 1822, sino que añadió nuevos padecimientos antes olvidados. Así, su testimonio resistió el embate de esta tormenta sin que su veracidad se viera mermada. De hecho, esta narrativa merece mayor credibilidad que los testimonios de los dueños de fábricas o sus allegados, como demostrarán pruebas irrefutables en este relato. Aun si hoy esas atrocidades ya no existen en tal magnitud, publicarlo sigue siendo vital para proteger a los huérfanos y pobres de los hospicios. Si los caballeros de Manchester y alrededores que colaboraron con el difunto Nathaniel Gould[4] en 1816

[4] Nathaniel Gould fue un inspector de fábricas en el Reino Unido, conocido por su labor en la investigación y denuncia de los abusos y malos tratos sufridos por los niños en la industria textil. En 1803, Gould realizó una inspección en Litton Mill, la fábrica textil en Derbyshire en la que trabajaba Robert Blincoe, donde documentó las condiciones extremadamente duras para los aprendices infantiles. Su informe detalló jornadas laborales extenuantes, castigos físicos

no hubieran dejado la selección de testigos en manos ineptas, Robert Blincoe habría sido elegido en 1819 como el portavoz más elocuente de los niños abandonados.

severos y condiciones de vida insalubres, contribuyendo a visibilizar la explotación infantil en las fábricas textiles.

Capítulo II

De las pocas aventuras de Robert Blincoe durante su estancia en el antiguo hospicio de pobres de San Pancras, la principal ocurrió cuando llevaba allí unos dos años. Reconocía que estaba bien alimentado, vestido decentemente y alojado cómodamente, sin que el trabajo fuera excesivo. Sin embargo, a pesar de poseer todas estas bendiciones, aquel niño desamparado se sumió en la melancolía. Ninguno de los humildes consuelos que disfrutaba le satisfacía. Lo que anhelaba era libertad. El bullicioso mundo se extendía más allá de las puertas del hospicio, puertas que rara vez, si es que alguna, se le permitía traspasar. Estaba encerrado en una especie de prisión lúgubre, aunque no mezquina. Su espíritu vivaz ansiaba vagar sin restricciones. Era demasiado joven para comprender la necesidad de la restricción a la que estaba sometido y demasiado obstinado para admitir que pudiera ser para su bien. Del mundo no sabía nada, y la sociedad de un hospicio de pobres no era la más adecuada para deleitar la mente de un niño voluble. Veía a quienes daban, carentes de caridad, y a quienes recibían, en lugar de gratitud, insultos; presenciaba poco más que hosquedad y descontento, y apenas oía otra cosa que murmullos o maliciosos y calumniosos cuchicheos. Los ancianos solían ser irritables y miserables; los jóvenes, desmoralizados y completamente faltos de alegría. De arriba abajo, toda aquella abigarrada masa estaba contaminada de disimulo, y él veía en constante funcionamiento la más aborrecible hipocresía.

Como un pájaro recién enjaulado, que revolotea de un lado a otro y golpea insensatamente sus alas contra los muros de su prisión con la esperanza de obtener su libertad, así el joven Blincoe, hastiado del encierro y decidido, si era posible, a ser libre, vigilaba a menudo las puertas exteriores de la casa, con la esperanza de que alguna oportunidad propicia facilitara su huida. Medía con anhelo la altura del muro y la encontraba demasiado elevado para escalarlo, y las puertas, demasiado vigiladas para permitirle salir inadvertido. Su ánimo, decía, que por naturaleza era vivaz y optimista, se hundía bajo ese vehemente anhelo de libertad. Su apetito disminuyó y abandonó por completo sus juegos y compañeros habituales. Difícil es decir cómo habría terminado esa enfermedad de la mente si no hubiera ocurrido un accidente que le brindó la oportunidad de escapar de la monótona inanimidad del hospicio y lanzarse al bullicioso mundo con el que tanto ansiaba mezclarse.

Blincoe declaraba que estaba tan cansado del encierro que habría cambiado gustosamente su situación por la de los más pobres entre los niños pobres que, desde las ventanas superiores del hospicio, les había visto mendigar de puerta en puerta o vender cerillas. Incluso el melancólico pregón del deshollinador, al que oía, mucho antes del amanecer y en lo más crudo del invierno, con heladas, nieve, lluvia o aguanieve, caminar tras su hosco amo, no le inspiraba temor alguno. Al contrario, le envidiaba su suerte y, en la plenitud de su descontento, consideraba su propio estado incomparablemente más desdichado. El pobre niño sufría bajo una imaginación enfermiza, de la que ni los hombres maduros y de refinada cultura están siempre libres, que le llenaba el corazón de sentimientos perversos; volvía al pequeño pícaro hosco y desagradecido, tan indigno de como insensible a los impor-

tantes beneficios que una institución humanitaria le había brindado cuando estaba desvalido, indigente y abandonado.

De este estado de temprana misantropía, el joven Blincoe fue repentinamente distraído por un rumor que llenó de terror los corazones de muchos de sus compañeros: el día estaba fijado para que los maestros deshollinadores de la metrópoli vinieran a seleccionar a un número de muchachos como aprendices, hasta que cumplieran los 21 años, que consideraran dignos de unirse a su negra cofradía. Estas noticias, que helaron la sangre de los otros niños, sonaron como música celestial para los oídos del joven Blincoe. Ansioso, preguntó a las cuidadoras si el rumor era cierto y, de ser así, qué posibilidades tenía él de ser uno de los elegidos. Las ancianas matronas, asombradas por la temeridad y necedad del muchacho, le advirtieron cuán amargamente lamentaría el día que lo entregara a tan miserable oficio, y le rogaron que orara fervientemente a Dios para que lo protegiera de tal destino. El joven aventurero escuchó estas opiniones con desdén silencioso.

Al descubrir, tras indagar, que el rumor era cierto, recurrió a varios sirvientes de la casa, a quienes consideró capaces de favorecer su causa, suplicándoles que hicieran todo lo posible por promover su elección. Aunque en ese momento ya era un niño robusto, temía que lo consideraran demasiado pequeño, así que se acostumbró a caminar con la postura erguida, casi de puntillas. En un ridículo arranque de ingenio, se colgaba de las vigas y barandillas con las manos, suponiendo que un ejercicio que solo podía alargar sus brazos tendría el mismo efecto en sus piernas y cuerpo. En este entrenamiento preparatorio —perseverante y casi admirable para su tierna edad—, Blincoe continuó hasta que llegó el gran día.

Los niños fueron presentados, muchos de ellos llorando, y todos, excepto Blincoe, profundamente afligidos. Entre ellos, sin el consentimiento de sus tutores, logró colarse el joven Blincoe. Su actitud contrastaba llamativamente con la del resto: parecía inusualmente animado; sonreía cuando los hoscos hombres se acercaban a él, mantenía la cabeza bien alta y, con cuantos pequeños ardides pudo, intentó llamar su atención y obtener el honor de ser elegido. Mientras este niño huérfano, con paso intrépido y rostro firme, buscaba el favor de la tribu de tiznados, los demás muchachos actuaban como si nada temieran más que convertirse en objeto de su elección, retrocediendo al menor contacto, como si estuvieran contaminados por la peste. Uno tras otro, los niños fueron seleccionados, pasando por alto a Blincoe, a quien revisaron y rechazaron varias veces. Al final del evento, se completó el número requerido, ¡y Blincoe no estaba entre ellos! Declaró que su decepción fue indescriptible cuando su fracaso se hizo evidente.

Algunos de los deshollinadores lo elogiaron por su ánimo y, para consolarlo, le dijeron que, si aprovechaba bien el tiempo y lograba crecer una cabeza más, podría servir muy bien como ayudante al cabo de un par de años. Esta decepción asestó un duro golpe a las ambiciosas aspiraciones del joven Blincoe, cuyo amor por la libertad era tan ardiente que poco le importaban los sufrimientos que, de alcanzarla, probablemente la empañarían. Los niños elegidos no fueron llevados de inmediato. Al mezclarse con ellos, algunos le dijeron a nuestro héroe, con lágrimas en los ojos:

—Dime, *Párroco*, ¿cómo soportas la idea de ir a ser deshollinador? Ojalá te llevaran a ti en mi lugar.

—Yo también lo deseo, con todo mi corazón —respondió Blincoe—, porque preferiría estar en cualquier otro sitio antes que aquí.

Por la noche, mientras Blincoe se revolvía en la cama, incapaz de dormir por haber sido rechazado, sus infelices compañeros lloriqueaban y gemían... ¡por haber sido aceptados! Sin embargo, su corazón no era tan frío como para permanecer insensible ante los lamentos de aquellos pobres niños, que, anticipando con tristeza los horrores de su nuevo oficio, deploraban su desgracia con las palabras más conmovedoras. Llamaban a sus padres —que, vivos o muertos, eran igualmente incapaces de oírlos— para que vinieran a salvarlos.

¡Qué diferencia de sentimientos entre niños de la misma clase desfavorecida! El encierro que resultaba tan agobiante para el joven Blincoe debía de ser igualmente molesto para algunos de sus compañeros; por tanto, el amor a la libertad no podía ser su única causa. Había otra razón, más poderosa: todos sus camaradas tenían amigos, padres o familiares. ¡El pobre Blincoe estaba solo! Ningún lazo de consanguinidad o parentesco lo unía a una parte concreta de la sociedad ni a un lugar determinado. No tenía amigos que aliviaran su mente atribulada, ni un círculo doméstico al que, aunque excluido temporalmente, pudiera esperar reunirse algún día. Al encontrarse así, ajeno a los lazos comunes de la naturaleza, no es de extrañar que, impulsado por una violenta inclinación a la vida errante y hastiado de las restricciones impuestas por su condición, abrazara una idea tan absurda como preferir la miserable vida de un niño deshollinador. Al hablar de este tema, Blincoe me dijo:

—Si pudiera ahondar en la razón por la que me vi libre de la aflicción y el terror que expresaban con tanta fuerza mis compa-

ñeros, probablemente se resolvería en la peculiaridad de mi destino y en la ausencia de esos lazos afectuosos que cementan los círculos familiares. Cuando los amigos, parientes o padres de otros niños venían a visitarlos, las caricias que a veces se intercambiaban, la alegría que iluminaba los rostros de esos afortunados, me atravesaban el corazón como dagas. No es que albergara envidia de su buena suerte, sino que eso me hacía sentir con más crudeza mi propia desolación. Las emociones así despertadas unblaban cada hora festiva y, joven como era, la voz de la naturaleza —o del instinto, si se quiere— me obligaba a considerarme un paria moral, como un árbol marchito y mustio en medio de un prado verde.

No me atrevería a afirmar que estas fueran las palabras exactas que usó Blincoe, pero transmiten fielmente el espíritu y la intención de su lenguaje y sentimientos. Blincoe dista mucho de ser deficiente en entendimiento: puede ser ingenioso, satírico y conmovedor por turnos, y nunca se mostró tan elocuente como cuando hablaba del estado desolado al que lo había reducido su total desconocimiento de sus orígenes.

Durante su estancia en San Pancras, Blincoe fue vacunado de la viruela en el hospital. Conservaba un vívido recuerdo de las copiosas dosis de sales que tuvo que tragar, y de cómo su corazón se encogía y su mano temblaba cuando el nauseabundo brebaje se acercaba a sus labios. La anciana enfermera parecía considerar tal comportamiento como totalmente impropio de un niño pobre; y regañando al joven Blincoe, le dijo que «debía relamerse» y dar las gracias por la buena y saludable medicina que se le proporcionaba a costa del erario público, recordándole groseramente que así se evitaba una muerte prematura por contraer la viruela de forma natural. En medio de sus posteriores sufrimientos en la

fábrica de Litton, Blincoe declaró que a menudo lamentaba haber perdido, por esta vacuna, la oportunidad de escapar mediante una muerte temprana del horrible destino para el que había sido preservado.

A partir del momento en que Blincoe sufrió la decepción de ser rechazado por los deshollinadores, siguió un período de calma que duró hasta que corrió el rumor de que se estaba negociando entre los guardianes de la parroquia de San Pancras y el dueño de una gran fábrica de algodón cerca de Nottingham la entrega de un gran número de niños como aprendices hasta que cumplieran los veintiún años. Esto ocurrió aproximadamente un año después de su fracaso con los deshollinadores. El rumor mismo infundió nueva vida y ánimo a Blincoe; estaba casi embriagado de alegría cuando descubrió no solo que se confirmaba, sino que el número requerido era tan considerable que se llevaría a la mayor parte de los niños del asilo. ¡Pobre muchacho engañado! Se deleitaba con la esperanza de obtener mayor libertad que la que tenía en el hospicio, sin soñar siquiera con la miseria que se cernía sobre él, en medio de la cual llegaría a recordar Pancras como un Edén y a reprocharse amargamente su ingratitud y su necedad.

Antes del día en que los niños pobres serían presentados al proveedor o dueño de la fábrica de algodón, se difundieron las mentiras más ilusorias y artificiosamente elaboradas para llenar las mentes de esos infelices con las ideas más absurdas y ridículas sobre la verdadera naturaleza de la servidumbre a la que serían entregados. Según el relato de Blincoe, hecho de manera categórica y solemne, se les aseguró con toda seriedad que, al llegar a la fábrica, se convertirían en damas y caballeros; que se alimentarían de rosbif y pudín de ciruelas, que se les permitiría montar los caballos de sus amos, llevar relojes de plata y tener abundante

dinero en los bolsillos. Y esta vil mentira no provenía de las enfermeras u otros empleados menores del hospicio, sino de los propios funcionarios. Por los testimonios de las víctimas de la esclavitud en las fábricas de algodón, parece haber sido una práctica constante de quienes disponían de los niños del hospicio, antes de enviarlos a estos lugares, llenar sus mentes con el mismo engaño. Una vez excitadas sus esperanzas e inflamadas sus imaginaciones, se les hizo creer que nadie estaría obligado a ir y que solo se aceptarían voluntarios.

Cuando en San Pancras se consideró que estos estímulos ya habían operado con suficiente fuerza para inducir una pronta aceptación de la migración propuesta, todos los niños y niñas de siete años o considerados como tales fueron reunidos en la sala del comité. El propósito era examinarlos públicamente respecto a su salud, capacidad y —lo que resulta casi increíble— ¡su disposición a ir y servir como aprendices en los términos requeridos! Hay algo tan detestable en este proceder que cualquiera podría suponer que Blincoe había confundido sus recuerdos; pero tantos otros afectados han corroborado su testimonio que no cabe duda de su veracidad.

Este espectáculo tuvo lugar en agosto de 1799. Ochenta niños y niñas, como aprendices hasta cumplir los veintiún años, fueron entregados por los guardianes del hospicio de San Pancras a los señores Lamberts, hilanderos de algodón, calceteros y fabricantes de encaje de Nottingham, dueños de la fábrica de Lowdam. A los niños se les enseñaría, hacia el final de su servicio, el oficio de tejer medias; a las niñas, la fabricación de encajes. No hubo ninguna especificación sobre las horas que estos patrones podrían hacer trabajar a los pobres niños, aunque para entonces ya eran no-

torias las crueldades abominables infligidas por los dueños de fábricas de algodón a los aprendices del hospicio.

Según el testimonio de Blincoe, las ilusiones difundidas para engañar a estos niños habían surtido un efecto tan poderoso, y sus frágiles mentes estaban tan excitadas por las promesas halagüeñas, que casi perdieron el juicio. No pensaban ni hablaban sino en escenas de lujo y grandeza en las que pronto participarían. El lector reflexivo no se sorprenderá de esta credulidad —por excesiva que parezca— al considerar que esos infelices imaginaban que no existían personajes más grandiosos que sus superiores del hospicio, y que eran precisamente esos mismos individuos quienes los engañaban.

Blincoe describe su conducta como particularmente extravagante. Su impaciencia era tal que apenas podía comer o dormir, aguardando ansioso la hora de su emancipación. Los pobres engañados estaban tan inflados de orgullo y vanidad que se pavoneaban como pequeños reyes y reinas en una tragicomedia. «Comenzamos —dijo Blincoe— a tratar con insolencia y desdén a nuestras antiguas cuidadoras, rehusamos asociarnos con los niños rechazados por enfermedad o edad, les ordenamos mantener distancia y reconocer a sus superiores. ¡Nuestro pequeño círculo era un perfecto compendio de los efectos de la prosperidad en el mundo adulto! Apenas nuestros corazones se alegraron con la perspectiva de buena fortuna, surgieron los vicios detestables: arrogancia, egoísmo e ingratitud, incluso antes de probar el néctar prometido. Pero nuestro espejismo se desvaneció bruscamente, arrojándonos a un destino más cruel que el de los esclavos antillanos bajo amos humanitarios». Tales fueron las reflexiones de Blincoe en mayo de 1822.

Parece que el intervalo entre el examen, la aceptación y la partida del hospicio de pobres de San Pancras rumbo a Nottingham fue breve, pero incluso en ese corto tiempo hubo lugar para la discordia. Los niños no se ponían de acuerdo sobre quién montaría primero los caballos de sus amos, y entre las niñas surgieron violentas disputas por motivos igualmente ridículos. Más tarde, en la fábrica de Lowdam, se rumoreó que las niñas mayores, antes de partir, habían dudado si su nueva dignidad les permitiría seguir haciendo su habitual reverencia al director o a la matrona del hospicio, o incluso a la maestra que les había enseñado a leer y coser. Aunque estas necedades fueran ciertas, los pobres niños seguían siendo objeto de lástima: ¡la culpa recaía sobre quienes los habían engañado tan vilmente!

Felices, sin duda, de transferir la carga de mantener a ochenta jóvenes indigentes a otros lugares, los guardianes y supervisores marcaron la partida de esta colonia infantil con muestras de generosidad. Los niños recibieron ropa nueva completa —dos trajes cada uno, uno para trabajar y otro para los días festivos—, un chelín en efectivo, un pañuelo nuevo y un gran trozo de pan de jengibre. Como Blincoe no tenía familiares de quienes despedirse, toda su ansia era salir por la puerta. Según su propio relato, fue el primero en llegar al portón, de los primeros en subir al carromato y el más ruidoso en su alegría.

No consta en los testimonios de Blincoe si los padres o familiares de los otros niños dieron su consentimiento para esta migración, o si siquiera fueron consultados o informados. Lo único que menciona es que todo el grupo parecía partir con gran entusiasmo. En cuanto a su propia actitud, Blincoe confiesa que caminó erguido, vestido con la ropa multicolor del hospicio, tan lleno de vanidad como de ilusión: creía ser libre cuando, en realidad, aca-

baba de ser legalmente convertido en esclavo; se regocijaba de una libertad imaginaria mientras se convertía en prisionero.

El convoy iba bien custodiado por los bedeles del hospicio camino a los carromatos, pero a los niños se les hizo creer que era una guardia de honor. Además, había uno o dos jóvenes encargados de vigilar a los pasajeros durante el trayecto a Nottingham. Los vehículos —con sus puertas enrejadas y bien aseguradas— impedían cualquier escape. El suelo estaba cubierto de paja limpia, y los niños, apenas subidos, comenzaron a arrojársela entre ellos, encantados con el inicio del viaje. Sin embargo, el entusiasmo se enfrió tras unas horas: los baches del camino y los bandazos del pesado carromato les dejaron moretones. A pesar de ser agosto, los niños estaban incómodos; el movimiento del vehículo y el hacinamiento les provocaron náuseas y otros males, como les ocurre a los niños que viajan a Margate. Poco vieron del paisaje, Blincoe cree que solo les dejaron bajar para caminar por San Alban. Tras pasar la noche en el carromato, muchos empezaron a arrepentirse y a pedir volver. Se les dijo que esperaran hasta llegar con los señores Lambert, quienes sin duda atenderían sus deseos y devolverían a San Pancras a los que quisieran. Blincoe, como era de esperar, no fue de los que claudicaron: se mantuvo firme, convencido de que cada paso lo acercaba a la anhelada fábrica, donde lo aguardaban tantos placeres, y lo alejaba del odiado hospicio. Tan embriagado estaba por sus expectativas sobre la fábrica Lowdam que gastó su chelín en manzanas en Leicester.

La mayor parte de los niños llegaron a Nottingham muy exhaustos, y no pocos de ellos gravemente indispuestos. Cuando los carromatos se detuvieron cerca de la vivienda y almacén de su futuro patrón, se reunió una multitud para ver el *ganado vivo* recién importado de la metrópolis, a quienes compadecieron, admi-

raron y compararon con corderos llevados por carniceros al matadero. Se cuidó de que no oyeran ni entendieran mucho este tipo de comentarios. Los niños y niñas fueron distribuidos: algunos en la cocina, otros en un gran almacén, donde los lavaron, peinaron y les dieron refrigerios; pero no hubo pudines de ciruela, ni carne asada, ni charla sobre los caballos que montarían, ni de los relojes y ropas finas que les habían prometido. Muchos lucían muy afligidos; habían viajado cuatro días hasta Nottingham. En una etapa más avanzada de sus vidas, un viaje a las Indias Orientales quizá no les hubiera parecido una empresa mucho más importante o peligrosa.

Tras ser repuestos, todos los niños fueron alineados en filas para ser inspeccionados por sus amos, amigos y vecinos. Según Blincoe, sus patrones, los señores Lambert, eran «hombres de aspecto imponente». Examinaron a los niños y, al comprobar que coincidían con la factura, les exhortaron a comportarse con humildad y decoro, a obedecer con prontitud y sumisión las órdenes de quienes los supervisarían en la fábrica de Lowdam, y a ser diligentes en sus tareas para evitar el castigo y la deshonra que aguardaba a los holgazanes, insolentes o desobedientes. Este discurso, pronunciado con tono severo y dictatorial, aumentó sus temores, pero nadie se atrevió a quejarse. Los amos y sus sirvientes hablaron de los distintos trabajos que les esperaban, y para consternación de Blincoe y sus compañeros, no hubo mención alguna de las maravillas que les habían prometido en Londres. Las conversaciones que Blincoe escuchó parecían anticipar una labor agotadora, casi incesante, mientras que el pobre niño había creído que trabajaría solo cuando quisiera, tendría dinero, ropa elegante, un reloj, banquetes de carne asada y pudín, y hasta cabalgaría los caballos de sus amos. Aunque sus esperanzas no se

extinguieron del todo —pues Nottingham no era la fábrica de Lowdam—, su confianza decayó y su ánimo exultante se apagó.

Los niños pasaron la noche en los almacenes de sus nuevos amos. Al día siguiente, los llevaron a ver el castillo, la cueva de Mortimer y otras curiosidades del bosque de Sherwood, celebradas por los bardos antiguos. Como muchos habían perdido zapatos, sombreros y ropa durante el viaje, se les repusieron, pero Blincoe notó que lo trataban como a un huérfano del hospicio, cuando él esperaba ser recibido como el hijo de un caballero en visita a casa de un amigo o pariente.

Según testimonios coincidentes de otros engañados de manera similar, los proveedores de mano de obra infantil para las fábricas de algodón y seda recurrían a estos métodos viles e innobles. Como revelan los testimonios de Sir Robert Peel, David Owen y otros en 1816,[5] al principio los padres se resistían a enviar a sus hijos a estos empleos nocivos, por lo que los dueños de las fábri-

[5] En 1816 se inició la Comisión de Investigación sobre el Trabajo Infantil, encargada de estudiar las condiciones laborales en las fábricas, con un enfoque particular en el trabajo infantil. La investigación fue organizada por David Owen, defensor de los derechos de los trabajadores, junto con otros activistas y figuras públicas, como Sir Robert Peel, quien más tarde sería Primer Ministro del Reino Unido. La Comisión recopiló testimonios de trabajadores, niños y supervisores de fábricas, así como evidencia documentada de los abusos y las peligrosas condiciones de trabajo. Aunque los resultados de esta investigación no provocaron cambios inmediatos, sentaron las bases para las reformas laborales que se implementaron en las décadas posteriores. Uno de los resultados directos de estos estudios fue la Ley de Fábricas de 1833, que introdujo regulaciones para limitar las horas de trabajo de los niños y mejorar sus condiciones laborales en las fábricas.

cas, bajo el pretexto de aliviar los costos de los hospicios, convencían a las autoridades de entregarles a los niños pobres. Con el tiempo, la pobreza y la degradación hicieron que, solo en Lancashire, miles de padres vivieran del trabajo infantil, a sabiendas de que su ganancia se obtenía a costa de la salud, la moral y, a menudo, la vida de sus hijos, como si la fábula de Saturno devorando a su progenie se hubiera vuelto realidad en tiempos modernos.

Capítulo III

La fábrica de algodón de Lowdham, situada cerca de un pueblo del mismo nombre, se alzaba a diez millas de Nottingham, en el camino de Surhill [Southwell].[6] Allí fueron llevados Robert Blincoe y sus compañeros al día siguiente, en carretas, y ya era bastante tarde cuando llegaron. La fábrica, un edificio grande y alto coronado por una cúpula, fue confundido al principio por Blincoe con una iglesia, lo que provocó burlas a su costa y comentarios sardónicos: «Pronto sabrá qué clase de servicio se celebra aquí». Otro añadió: «No me cabe duda de que estos chicos londinenses serán muy asiduos a sus obligaciones». Cuando avistó la casa de los aprendices, situada a media milla de la fábrica, y le dijeron que sería su hogar durante los próximos catorce años, no sintió precisamente alegría, pues se parecía demasiado a un asilo de pobres. Sin embargo, aún quedaba un pequeño consuelo: al menos

[6] En la traducción llamo fábrica de algodón de Lowdham, lo que en el texto original a veces se designa como *cotton-mill*, molino de algodón, y a veces solo como *mill*, molino. El edificio, que aún se conserva, en las cercanías de Lowdham, está construido sobre el arroyo Dover, para aprovechar la energía hidráulica. La fábrica, llamada de antiguo *Cliff mill*, la adquirió Thomas Lambert en 1780 y estuvo en su posesión hasta venderla en 1807, es recordada gracias al episodio aquí relatado. Se localiza en 30U E634776 N5875899. W.A. James. «Woodborough's Heritage. An ancient Sherwood Forest village, recorded in Domesday». *Mills on the Doverbeck. A rare survival*, Society for the Protection of Ancient Buildings, 1936.

no estaba rodeada de altos muros ni protegida por pesados portones, como ocurría en Pancras.

Al acercarse la primera carreta, en la que viajaba el joven Blincoe, un grupo de aldeanos se congregó alrededor. Algunos exclamaron: «Dios ayude a los pobres infelices».—«¡Bah!—dijo otro—, vaya colección de niños. Poco saben a qué vida de esclavitud están condenados». —«Que el Señor tenga piedad de ellos», murmuró un tercero. —«Aquí encontrarán bien poca misericordia», replicó un cuarto. La mayoría de quienes hablaban eran mujeres que, meneando la cabeza, comentaban: —«¡Ay, qué caras tan frescas y lozanas!». —«No tardarán en marchitarse esas rosas dentro de la fábrica. Estos fueron algunos de los comentarios que recibieron los niños al llegar a la fábrica de Lowdham. Al igual que sus compañeros, Blincoe se sintió profundamente consternado por los sombríos presagios. Sus guardianes hicieron todo lo posible por acallarlos o impedir que los niños los oyeran, empujándolos con rapidez hacia el interior de la casa.

Los jóvenes forasteros fueron conducidos a una espaciosa sala, amueblada al estilo del comedor del viejo asilo de Pancras: con largas mesas de pino estrechas y bancos de madera. Aunque las habitaciones parecían bastante limpias, había un cierto olor rancio y aceitoso que no agradó mucho a Blincoe. Se les ordenó sentarse en estas mesas —los niños y las niñas separados—. Los otros aprendices aún no habían terminado su jornada cuando llegó este nuevo contingente de niños. La cena que les sirvieron consistía en gachas de leche de un color azulado bastante peculiar. El pan, en parte de centeno, era muy oscuro y tan blando que apenas podían tragarlo, pues se pegaba a los dientes como liga de cazar pájaros. El pobre Blincoe lo miró con incredulidad, recordando que en San Pancras la comida era mucho mejor. ¿Dónde están nuestro asado

y el pudín de ciruelas?, pensó para sí. A duras penas logró comer la mitad de su ración.

Mientras los jóvenes recién llegados se miraban con desolación, el gobernador y la gobernanta —títulos con los que se designaba a los encargados de los aprendices— no dejaban de pasearse entre ellos, haciendo comentarios groseros. En cuanto pasaron cerca de Blincoe, algunas de las niñas comenzaron a hacer muecas, y una arrojó un trozo de pan contra la pared, donde quedó pegado como si fuera yeso. Esto llamó la atención del gobernador —un hombre alto, huesudo y de aspecto tosco, veterano del ejército y antiguo sargento instructor—, quien, de pronto, sacó un enorme látigo de caballo y lo hizo restallar con tal estruendo que resonó por toda la casa. En un instante, las muecas y los lanzamientos de pan cesaron, y las niñas se sumieron en un silencio solemne y una sumisión absoluta.

Incluso el joven Blincoe, que había sido uno de los instigadores de aquel motín, quedó aterrado. El estrépito del látigo le sacudió los nervios de tal manera que perdió toda su alegría y se quedó tan quieto y formal como un escolar pillado en falta, a punto de recibir su castigo. Y eso que el amo de la casa ni siquiera había pronunciado una sola amenaza; no la necesitaba. Su nariz cubierta de granos, su mirada severa y su temible látigo inspiraban por sí solos el terror suficiente. Sabiendo que los aprendices de la fábrica estaban por llegar, este personaje intimidante se retiró, para gran alivio de los recién llegados. Pero la impresión que les había causado era tan profunda que permanecieron rígidos en sus asientos, sin atreverse siquiera a levantar la vista.

Mientras estaban en ese estado de sumisión y temor, su atención fue repentinamente captada por un fuerte alboroto de voces. En cuestión de segundos, la amplia sala de piedra se llenó con

una multitud de jóvenes de ambos sexos, desde muchachas casi adultas hasta niños pequeños. Su llegada vino acompañada de un olor nada agradable, producto de la grasa y la suciedad acumuladas durante su jornada laboral. Los niños, en general, no llevaban más que una camisa y pantalones. Solo unos pocos, muy pocos, tenían chaquetas y sombreros. Sus toscas camisas estaban completamente abiertas por el cuello, y su cabello parecía no haber conocido jamás el peine. Las niñas, según el recuerdo de Blincoe, al igual que los niños, carecían de zapatos y medias. Sus cabellos estaban recogidos con horquillas, sin gorros; muy pocas llevaban chaqueta o vestido, sino más bien lo que en Londres llamaban *pinafores* y en Lancashire, *bishops*, unos mandiles largos con mangas, hechos de lino basto, que les cubrían desde el cuello hasta los talones.

Blincoe no solo se sintió aterrado ante la visión de aquella multitud pálida, demacrada y cetrina, sino que sus fosas nasales también se vieron asaltadas por un denso y pesado olor a aceite rancio o grasa que emanaba de ellos. En comparación, los recién llegados parecían auténticas damas y caballeros. Al entrar, algunos de los aprendices veteranos observaron a los forasteros, pero la mayoría se lanzó primero en busca de su cena, que consistía en patatas nuevas distribuidas en una ventanilla que conectaba la cocina con el comedor. Ante una señal, los aprendices corrieron hacia la puerta, y cada uno, abriéndose paso, recibió su porción y volvió a su lugar en la mesa. Blincoe se sobresaltó al ver que los niños sacaban la parte delantera de sus camisas y, sosteniéndola con ambas manos, recibían las patatas calientes que les correspondían para la cena. Las niñas, aunque con menos indecencia pero no menos suciedad, alzaban sus mugrientos *bishops* empapados de grasa y suciedad, y tras recibir su ración, corrían a sus respec-

tivos lugares, donde devoraban su comida con avidez, mirando ansiosamente a su alrededor por si quedaba más. Acto seguido, la hambrienta chusma se abalanzó sobre las mesas de los recién llegados y devoró vorazmente cada migaja de pan y cada gota de gachas que habían dejado, intercambiando preguntas y respuestas según la ocasión.

Así de desfavorables fueron las impresiones que le produjo a Blincoe su primer contacto con una fábrica de algodón. Le impactó profundamente la ausencia de esa limpieza personal que en San Pancras se había exigido con tanto rigor. A los aprendices se les obligaba a lavarse por la mañana y por la noche, pero no se les proporcionaba jabón, y sin él, la suciedad era imposible de eliminar. Sus enmarañadas melenas, cubiertas de pelusa de algodón, colgaban en largos mechones que se movían con cada gesto. No había manteles en las mesas, como los recién llegados estaban acostumbrados en el asilo; ni platos, ni cuchillos, ni tenedores —aunque estos últimos utensilios no eran estrictamente necesarios para una cena de patatas—. En lugar de los saleros que se permitían en Pancras, aquí solo había una mezquina cantidad de sal esparcida sobre la mesa. Y Blincoe no vio a ningún veterano beber otra cosa que no fuera agua del pozo.

Terminada la cena, en medio de los murmullos que siguieron, la campana sonó dando la señal para ir a dormir. El hosco gobernador entró para hacerse cargo de los niños recién llegados, mientras su esposa —tan ruda y tosca como él— cumplía la misma función con las niñas. Era una mujer corpulenta y robusta, de voz áspera y rostro fiero. Con un tono hosco que helaba el corazón, ordenó a las niñas que la siguieran. Temblorosas y abatidas, las pequeñas obedecieron, sin atreverse siquiera a lanzar una mirada a sus compañeros de viaje ni a desearles buenas noches. Blincoe

observó cómo las lágrimas brotaban en sus ojos y resbalaban silenciosas por sus mejillas, y sintió que su propio corazón se encogía. Se separaron en un silencio lúgubre, sin que se escuchara un suspiro ni una sola palabra de queja. La habitación donde acomodaron a Blincoe y a varios de los niños quedaba en el tercer piso. Los camastros eran una especie de cajones apilados en dos hileras alrededor de la estancia. Los aprendices dormían de dos en dos, sobre colchones de borra. El penetrante olor a aceite rancio que desprendían las ropas de los niños —impregnadas del lubricante de las máquinas de algodón— le arrancó una mueca de asco.

El gobernador reunió a los recién llegados y asignó a cada uno su cama y compañero, prohibiendo que dos novatos compartieran lecho. El niño asignado a Blincoe saltó ágilmente a su catre y, sin rezar palabra, se durmió antes de que él pudiera desvestirse. Tan abatido estaba que no pudo contener las lágrimas. Maldijo entre dientes la vil traición de la que se sentía víctima, aunque en su mente —al menos por entonces— la culpa no recaía sobre los superiores de San Pancras, sino en los nuevos amos, los señores Lambert. Al meterse en la cama, el hedor a ropas aceitosas y la piel grasienta de su compañero le revolvieron el estómago. Entre la angustia, el desaliento y aquel nauseabundo olor, Blincoe no logró conciliar el sueño hasta el amanecer. Una y otra vez, el pobre niño repitió todas las oraciones que conocía, implorando con fervor al «amigo de los desamparados y padre de los huérfanos».

Cuando por fin el sueño cerró sus cansados párpados, el descanso fue breve: antes de las cinco, su compañero lo sacudió despertándolo. «¡Vístete rápido o el gobernador te azotará y te dejará sin desayuno!», le advirtió el niño, saltando al oír el repique de una campana. Antes de que Blincoe pudiera reaccionar, la puerta

de hierro de la habitación chirrió al abrirse. Apareció el temible gobernador, látigo en mano, y todos los niños se lanzaron de sus camas, vistiéndose a toda prisa. Blincoe y sus compañeros, aún aturdidos, fueron los más lentos. «Dios mío, ¿ya tocan para misa tan temprano?», murmuró él. «¡Misa, no, idiota! —le espetó un aprendiz mayor—, es la llamada a la fábrica, y más te vale apurarte, o lo pagarás», le dijo, saliendo a la carrera. Blincoe sorprendido primero por la alarma entre los aprendices, pronto entendió el pánico general. El gobernador, nariz bulbosa y con el látigo en mano, emblema de su autoridad arbitraria, entro y recorrió la habitación inspeccionando cada cama. Al pasar junto a los recién llegados, les lanzó una mirada fulminante que los hizo bajar escaleras abajo. Abajo, algunos niños se lavaban bajo un chorro de agua fría. Blincoe recibió la orden de hacer lo mismo. A las cinco en punto, todos se sentaron a desayunar: pan negro y gachas de leche azuladas. Blincoe y sus compañeros, mezclados con los demás, dejaron claro su disgusto ante aquel pan, que los aprendices veteranos no dudaron en arrebatarles. Se miraron entre sí con miradas de consternación y tristeza, pero ninguno habló. A pesar de su corta edad, entendían la necesidad de someterse y la prudencia de callar.

Llegaron a la fábrica alrededor de las cinco y media. El agua ya corría de arriba abajo por todos los pisos, poniendo en movimiento la maquinaria. Antes incluso de cruzar los portones, Blincoe escuchó el zumbido ensordecedor y olió el vapor aceitoso que emanaba de los ejes de veinte mil ruedas y husos. Al traspasar las puertas, el estruendo lo aturdió y el hedor le resultó insoportable. No recordaba haber visto a ninguno de los señores Lambert en la fábrica durante aquella primera visita. Los recién llegados fueron recibidos por el señor Baker, el capataz principal, y por los super-

visores de cada sección. Los reunieron en la sala de acabado, separando a niños y niñas. Tras ser observados y objeto de burlas, los dispersaron por los distintos pisos de la fábrica y les asignaron diversas tareas.

A Blincoe lo destinaron a una sala supervisada por un tal Smith. Su primer trabajo consistió en recoger los copos de algodón sueltos que caían al suelo. Parecía que nada podía ser más sencillo, y se aplicó con diligencia, aunque aterrorizado por el movimiento giratorio y el estruendo de las máquinas, y medio asfixiado por el polvo y las motas de algodón que flotaban en el aire. Hilaban números gruesos, y él, no acostumbrado al hedor, pronto sintió náuseas. El constante agacharse le provocó dolor de espalda, así que se tomó la libertad de sentarse. Pero pronto descubrió que esta postura estaba estrictamente prohibida en las fábricas de algodón. Su capataz, Smith, le dejó claro que debía permanecer de pie. Así lo hizo hasta las doce del mediodía, seis horas y media sin el más mínimo descanso.

Blincoe sufría tanto de sed como de hambre, y cuando por fin sonó la campana anunciando la comida, todos se apresuraron a salir lo más rápido posible. Blincoe corrió entre la multitud hacia el exterior, nunca en su vida había apreciado tanto el valor del aire puro, hbía estado al borde del desmayo, y el aire lo revivió al instante. Los londinenses se mezclaron mientras avanzaban hacia la casa de los aprendices. Los más animados bromeaban entre sí, mientras los más melancólicos parecían compartir sus lágrimas. Al llegar al comedor, a cada uno se le asignó un lugar en la humilde mesa. Blincoe no recordaba en qué consistía exactamente la comida, pero estaba completamente seguro de que ni el roast beef ni el pudín de ciruelas formaban parte del menú. Y que la calidad de los alimentos, la forma de cocinarlos y el modo de servir-

los estaban muy por debajo de los estándares del hospicio donde se había criado.

Durante el espacio de una semana o diez días que Blincoe pasó recogiendo algodón, por las noches sentía una gran fatiga, dolores en la espalda y tobillos, y escuchaba quejas similares de sus compañeros. Habrían sufrido menos si los hubieran llevado a la fábrica a las cinco de la mañana, los hubieran hecho trabajar hasta las ocho y luego les hubieran dado tiempo para desayunar. Pero seis horas de encierro en un trabajo meticuloso, sea cual sea, en una atmósfera tan fétida como la de una fábrica de algodón, es sin duda perjudicial para la salud y el crecimiento de niños de tierna edad. Esto ocurre en fábricas movidas por agua, donde la temperatura interior es casi igual a la exterior; pero es incomparablemente peor en fábricas como las de Manchester, donde en muchas el calor promedio oscila entre los 21 y 32 grados.

Tras este período, Blincoe fue ascendido a la tarea más importante de devanador de mechas. Como era demasiado bajo para alcanzar la máquina de pie, lo colocaron sobre un bloque de madera, pero esto solo remediaba parte del problema, pues por más esfuerzo que hacía, no podía mantener el ritmo de la maquinaria. Por mucho que el pobre niño protestaba que no podía ir más rápido, el capataz lo golpeaba con gran severidad y lo insultaba desde primera hora hasta la noche, hasta que su vida se convirtió en una carga y su cuerpo se cubrió de moretones. Junto con sus compañeros aprendices, Blincoe dependía completamente de la misericordia de los capataces, a quienes encontró, en general, como una pandilla de brutos, feroces y analfabetos, tan carentes de entendimiento como de humanidad. Cuando se quejó al señor Baker, el gerente, todo lo que obtuvo fue: «Haz bien tu trabajo y no te golpearán».

Era raro que los amos visitaran la fábrica, y cuando lo hacían, Blincoe descubría que quejarse era inútil. El capataz que lo supervisaba tenía cierta cantidad de trabajo que completar en un tiempo determinado. Si algún niño no cumplía su tarea, la culpa recaía sobre el capataz, que era despedido. Por otro lado, se daba una prima si se completaba el trabajo asignado. Por tanto, si los señores Lambert hubieran reprendido a los capataces por tratar a los niños con tanta crueldad, estos habrían podido (y probablemente lo habrían hecho) responder que si los dueños exigían tanto trabajo de los aprendices y una mayor producción de hilo de lo que era posible obtener con un trabajo justo y moderado, tenían que permitirles castigos severos para mantener a los niños en un estado de esfuerzo continuo.

Blincoe, no tenía la capacidad para entender que esta era la causa principal (si no la única) de la ferocidad de los capataces. Pero esta política inhumana prevalecía (y aún prevalece) en las fábricas de algodón, y mientras la causa permanezca sin cambios, el efecto será inevitablemente el mismo. Cada capataz, para ganarse el favor y los beneficios, exigía a los pobres niños el máximo esfuerzo posible. Este sistema de explotación forzada aún existe hoy y lleva al agotamiento y destrucción de miles de niños cada año, así como a crímenes espantosos. Y tal es la fuerza de la avaricia, que hay muchos hilanderos tan depravados que no solo sacrifican a los hijos de otros, sino incluso a los suyos propios. En esta fábrica, Blincoe no fue tratado con la ferocidad sanguinaria y asesina que estas páginas describirán pronto, pero desde primera hora hasta la noche era continuamente golpeado, jalado por el cabello, pateado o maldecido.

Era costumbre en la fábrica de Lowdham, como en la mayoría de las fábricas hidráulicas, hacer que los aprendices recuperaran

el tiempo perdido trabajando horas extras. Una práctica que no parecería irrazonable ni opresiva si las jornadas regulares fueran de duración moderada. Blincoe decía que de esta costumbre en Lowdham no se abusaba tanto como en otros lugares, pero cuando niños de siete años (o probablemente menores) ya trabajaban catorce horas diarias todos los días de la semana excepto los domingos, cualquier hora adicional se sentía como un castigo cruel. Además, cada dos días debían quedarse en la fábrica durante la hora de comer para limpiar los telares. Cada diez días o quincena, desmontaban por completo toda la maquinaria más fina para limpiarla, y entonces tenían que permanecer en la fábrica desde la mañana hasta la noche, a menudo sin tiempo ni para comer desde el desayuno hasta que terminaban, lo que frecuentemente se extendía a quince o dieciséis horas de trabajo ininterrumpido.

Como incentivo para que los niños se ofrecieran voluntariamente a trabajar durante toda la hora de la comida, ¡se les ofrecía una prima de medio penique! Por pequeño que fuera el soborno, muchos, incluido Blincoe, caían en la tentación. En esas ocasiones, les llevaban la comida en latas, y muchas veces la ración de Blincoe permanecía intacta hasta la noche mientras él agonizaba de hambre. A menudo se la llevaba de vuelta o, más bien, se la comía por el camino, fría, asquerosa y cubierta de pelusa de algodón. Medio muerto de hambre y maltratado cruelmente por sus capataces, con el cuerpo cubierto de moretones como un leopardo, y aún creyendo que su sufrimiento se debía a causas ajenas al control de los funcionarios del hospicio que lo habían entregado a los señores Lambert, Blincoe decidió intentar escapar. Su plan era mendigar hasta Londres, presentar su caso ante los supervisores y sacristanes de San Pancras, y exigir no solo repa-

ración por los daños, sino también el cumplimiento de las grandiosas promesas que le habían hecho.

«No puedo negar», confesó Blincoe, «que siento un escalofrío de orgullo al recordar que, con solo siete años y medio, tuve el coraje de resistir la opresión y la generosidad de compadecerme de mis compañeros indefensos, ninguno de los cuales se atrevió a compartir el riesgo de mi empresa. Aunque debo reconocer su sinceridad: si alguien hubiera traicionado mi plan, me habrían encerrado de tal modo que habrían frustrado cualquier intento de fuga. Consideraba mi situación tan deplorable y mi esclavitud tan insoportable que la muerte me parecía un mal menor. No ignoraba los sufrimientos que podría enfrentar, incluso perecer en el camino por falta de alimento o refugio, pero persistí en mi intento. De cuarenta compañeros de infortunio, ninguno tuvo el valor de unírseme, aunque muchos tenían padres o familiares a quienes recurrir, y yo no tenía a nadie. A pesar de mi corta edad, calculé las dificultades, los peligros y el sufrimiento, solo me equivoqué en una cosa: creer que mi situación no podía empeorar. Pronto descubriría lo equivocado que estaba.

En solo cuatro años, llegaría a recordar con nostalgia la relativa comodidad y abundancia de comida que había tenido en la fábrica Lowdham. Este tipo de conocimiento, –dijo Blincoe–, se les enseña a todos los hijos de la miseria mientras se hunden cada vez más en el dolor. La primera etapa parece la más intolerable; pero a medida que descienden, como yo, se hunden tan profundamente en los abismos de la miseria, que en su melancólico avance, aquellas etapas y grados que al principio parecían insoportables pierden todo su terror ante la miseria acumulada, y el corazón desesperanzado, al volver la vista atrás hacia los sufrimientos pasados, a menudo reprocha su falta de paciencia y for-

taleza por las quejas medidas por las calamidades presentes. Su condición anterior les parecía cómoda. Tal fue mi situación en un período posterior, cuando, para liberarme de la miseria mayor y más pesada que sufrí en Lowdham, con todos sus males y en su peor forma, habría considerado aquello como un estado de felicidad absoluta». Así razonaba filosóficamente Robert Blincoe en 1822.

Pero volvamos a su escape. Aprovechando la primera oportunidad, emprendió la huida. Sabía que el mayor peligro estaba en ser capturado entre Lowdham y Nottingham, pero no conocía otro camino y temía preguntar. Cuando el gerente y el capataz estaban distraídos, Blincoe salió corriendo con su ropa de trabajo. Avanzó en un trote nervioso, mirando atrás cada cincuenta yardas. Tras media milla, al ver que nadie lo perseguía, aceleró hasta llegar a Burton. Allí, el destino lo traicionó: un sastre desgarbado y mal calzado que trabajaba para la fábrica, y cuya tienda daba justo al camino, salió ágilmente de su banco de trabajo y, con una sonrisa maliciosa, le cortó el paso: «¡Eh, joven *Párroco*! ¿Adónde corres tan apurado?». Antes de que pudiera reaccionar, el hombre lo agarró del brazo y lo arrastró a regañadientes a su cabaña, sentándolo en el fondo de la habitación mientras él se plantaba entre el prisionero y la puerta.

Blincoe comprendió de inmediato, por esas precauciones, que lo habían atrapado. La indignación lo embargó tanto que al principio se negó a responder. Al notarlo, su falso y astuto anfitrión le dijo a su esposa: «Dale algo de comer y beber al jovencito, está cansado y podrá continuar su camino después de descansar y reponerse. El Señor nos ordena dar de comer al hambriento, y me atrevo a decir», volviéndose hacia él, «que por más lleno que estés, aún podrás tomar un tazón de leche con pan». «Debo con-

fesar, para mi vergüenza», relató Blincoe después, «que el hombre carnal, el hombre de carne, cayó en la trampa. Tenía hambre, y comí. Me dio tanto, y bebí tan abundantemente, que mis dientes dejaron inútiles a mis piernas. Claro que mi banquete no fue muy costoso: ¡solo consistió en pan de avena y suero de mantequilla!».

Cuando este astuto sastre, zorro como era, se dio cuenta de que ya no podía comer más, pero seguía bloqueando la puerta, interrogó a Blincoe sobre el propósito de su viaje, cosa que este último explicó con franqueza. «¡Ajá, ya me lo imaginaba!», dijo el detestable hipócrita. «Joven *Párroco*, ya me lo imaginaba... ¡Vi a Satanás detrás de ti, clavándote su tridente! ¡Te vi corriendo de cabeza hacia el infierno cuando me acerqué a salvarte!». Esta confesión despertó toda la indignación de Blincoe, que decidió pelear con su pérfido anfitrión. Pero había tragado tanta leche mantecosa y comido tanto pan de avena que sentía que había perdido la mitad de su agilidad. Sin embargo, despreciando el fraude o la negativa, volvió a declarar su intención y su motivo.

El sastre entonces comenzó un discurso sobre el pecado mortal de romper un pacto, asegurándole a Blincoe que actuaba bajo la influencia de Satanás, que podía ser enviado a Bridewell para ser azotado y, al regresar a la fábrica, quedar privado de toda libertad, llevado con una soga al cuello. Blincoe no se convenció con estos razonamientos ni se intimidó por las amenazas, pero, ¡ay!, su glotonería lo había dejado incapacitado para huir. Y, viéndose así inmovilizado y doblemente cautivo, aceptó regresar si su anfitrión mediaba con el señor Baker, el administrador.

Era precisamente lo que el astuto sastre quería. Sin levantarse, el traicionero villano se quitó su gorro de papel y los hilos que aún colgaban de su cuello peludo, se peinó sus greñas negras y

grasientas que caían como velas alrededor de sus mejillas hundidas, se anudó un pañuelo amarillo al cuello, se calzó unos zapatos, tomó un bastón nudoso en su mano derecha y, agarrando fuertemente a Blincoe con la izquierda, salió para una *obra de caridad*, como el asqueroso hipócrita llamó a haber atrapado y traicionado a un pobre huérfano que huía de la esclavitud. «En mi corazón», dijo Blincoe, «odiaba a ese miserable más que a mi capataz, pero me sujetaba tan fuerte que no podía escapar. Y la vista de aquel bastón que blandía mientras cantaba himnos de agradecimiento también me intimidaba. En fin, este segundo Judas me llevó a la oficina. Tras una advertencia sobre no intentar huir de nuevo, el administrador me dio un castigo severo, aunque no cruel».

En cuanto al *hospitalario* sastre, después de entregarlo, se marchó sin esperar agradecimientos. Blincoe luego supo que la recompensa por devolver a aprendices fugados era de cinco chelines, pero nunca supo si el sastre los cobró o los acumuló para futuras traiciones. Se rumoreaba que este espía de Burton había *ayudado* así a muchos niños pobres. «Por esta ruin acción», dijo Blincoe, «nunca pude superar mi aversión hacia los metodistas, aunque debo creer que ese miserable era uno de los tantos falsos que se unen a ellos por motivos corruptos».

Después de recibir su castigo, cada verdugo y moretón con el que había empezado ahora tenía su compañero. Fue devuelto a Smith, su capataz, quien se burló de él sin piedad y lo obligó a trabajar con mayor severidad. Cuando Blincoe salió del trabajo, sus antiguos compañeros se apiñaron a su alrededor, lamentando su desgracia y ofreciéndole peniques y trozos de pan que habían guardado. Al enterarse de cómo el sastre lo había atrapado, su indignación creció tanto que juraron ahogarlo en el embalse de la

fábrica si tenían la oportunidad. Estas muestras de condolencia aliviaron su orgullo herido y sus esperanzas frustradas. Mientras se retiraba a su miserable cama, el supervisor, con una mueca grotesca, le hizo una burlona reverencia militar y, al mismo tiempo, le propinó una fuerte patada en el trasero. Así fue conducido a su lecho, entre risas de los aprendices mayores que habían intentado escapar y sufrido castigos iguales o peores.

Habiendo abandonado toda esperanza de fuga, Blincoe se resignó con amargura y paciencia a su destino. Trabajaba, según su edad y tamaño, tan duro como cualquiera en la fábrica. Cuando sus fuerzas flaqueaban y sus miembros se negaban a obedecer, soportaba la correa, el bastón, los golpes o las patadas con la misma resignación que sus compañeros de sufrimiento. En los rostros demacrados y cetrinos de los demás, veía reflejado su propio deterioro.

Para entonces, muchos de sus compañeros ya habían sufrido heridas por la maquinaria: algunos tenían los nudillos despellejados hasta el hueso por los volantes; otros, dedos aplastados o falanges arrancadas por los engranajes de las máquinas. Cuando le llegó el turno a Blincoe, el dedo índice de su mano izquierda quedó atrapado y, casi antes de poder gritar, perdió la primera falange. Sus lamentos no provocaron más que burlas entre los espectadores. Apretó el trozo mutilado, que sangraba copiosamente, contra el dedo y corrió al cirujano en Burton, quien, con total calma, recolocó la parte cercenada y lo mandó de vuelta a la fábrica. Aunque el dolor era tan intenso que apenas podía contener los gritos, no se le permitió abandonar su puesto. Casi no hablaba con nadie, pero en secreto no dejaba de lamentar la crueldad de su suerte. Antes de cumplir los ocho años, Blincoe confesó que más de una vez estuvo tentado de arrojarse por una de

las ventanas altas de la fábrica, pero al medir la altura, el valor lo abandonaba. Mencionaba esto no como un acto digno de elogio, sino como ejemplo de las consecuencias naturales de someter a los niños a un trabajo excesivo y a privaciones tan severas.

Hacia el segundo año de su servidumbre, cuando los ochenta niños enviados desde el asilo de Pancras habían perdido su aspecto saludable y adquirido la palidez característica de los obreros textiles, ocurrió un accidente espantoso en la fábrica de Lowdham, presenciado por Blincoe. Una niña llamada Mary Richards, considerada muy hermosa al salir del asilo y de unos diez años, operaba un bastidor. Debajo de este, a unos treinta centímetros del suelo, había un eje horizontal que movía las máquinas superiores. Una tarde, mientras la mayoría de sus compañeros ya se habían ido y ella retiraba los contrapesos, su delantal quedó atrapado por el eje. En un instante, una fuerza irresistible la arrastró y la estrelló contra el suelo. Sus gritos desgarradores resonaron por el lugar. Blincoe corrió hacia ella, horrorizado e impotente ante una escena que superaba toda descripción. La vio girar una y otra vez con el eje, escuchó cómo los huesos de sus brazos, piernas y muslos se quebraban uno tras otro, aplastados como si fueran cristal. La maquinaria la arrastraba con fuerza creciente, esparciendo su sangre sobre el marco y el suelo. Su cabeza parecía hecha añicos. Finalmente, su cuerpo destrozado quedó tan atascado entre los ejes y el piso que, al bajar el nivel del agua y desacoplarse las ruedas, ¡logró detener el eje principal! Cuando la rescataron, todos sus huesos estaban rotos, su cabeza terriblemente aplastada, y su ropa y carne se mezclaban de manera irreconocible. La llevaron como si ya estuviera muerta.

«No puedo describir lo que sentí ante esa escena horrible», contó Blincoe, «grité para que pararan las máquinas. Cuando vi

su sangre salpicar como agua de un trapeador retorcido, me desmayé». Milagrosamente, ni su columna vertebral ni su cerebro sufrieron daños irreparables. Gracias a la habilidad del cirujano y a su fuerte constitución, sobrevivió. ¿Pero para qué? Un filósofo podría preguntárselo: para ser devuelta a la misma fábrica, a trabajar con muletas, lisiada de por vida, sin compensación alguna del hospicio ni de los dueños de la fábrica. Este fue el destino de Mary Richards. Pero, por terrible que fuera, en las páginas siguientes de esta narración se verá que a muchos de sus compañeros les esperaba un sufrimiento aún peor. Todos ellos, bajo la autoridad de las leyes parlamentarias, habían sido aprendices por catorce años de los dueños de la fábrica de algodón de Lowdham, enviados allí por los funcionarios de la parroquia de San Pancras. El espantoso espectáculo del tormento de Mary Richards hizo que Blincoe odiara su trabajo más que nunca.

Como ya se ha mencionado, la comida era de mala calidad y escasa. Los aprendices sufrían tal hambre que los mayores y más audaces salían de noche a saquear los campos. Las quejas eran frecuentes, y los aprendices ganaron muy mala reputación, ¡que en realidad correspondía a los patrones, cuya tacañería era la causa. Cuando Blincoe llevaba unos tres años de servidumbre, ocurrió un suceso en la fábrica de Lowdham, provocado por el trato dado a los aprendices, que causó una revolución total y marcó un nuevo período en su vida.

Entre las niñas aprendices de los señores Lambert, de Nottingham y Lowdham, había dos hermanas llamadas Fanny y Mary Collier, cuya madre vivía en Londres. Al ver que su salud decaía por el exceso de trabajo, la mala alimentación y la falta de aire puro y ejercicio, las jóvenes lograron escribir una carta a su madre, llena de quejas. La viuda, al recibirla, emprendió un viaje a

Lowdham, donde se quedó dos semanas. Durante ese tiempo, observó con discreción y astucia la situación no solo de sus hijas, sino de todos los niños. Luego regresó a la capital.

Según el recuerdo de Blincoe, la señora Collier no se quejó directamente a los Lambert ni al administrador. Guardó sus denuncias para los funcionarios del hospicio de San Pancras, lo que motivó el envío de un comité parroquial para investigar el estado de los aprendices. Un día, justo cuando servían la comida con la habitual dejadez, y sin que nadie hubiera avisado de la visita, llegó el Comité. Sin pedir permiso ni esperarlo, entraron en el comedor común, probaron la comida y confirmaron que era tan mala como se había denunciado. «No sé si la conciencia tuvo algo que ver en su esfuerzo por descubrir y corregir los abusos», dijo Blincoe, «pero esto sí sé: si hubieran tenido una pizca de vergüenza, compasión o remordimiento, el aspecto pálido y enfermizo de esas ochenta víctimas, sin mencionar a Mary Richards, lisiada de por vida, debería haberlos llenado de dolor y vergüenza por la cruel estafa cometida desde 1799.

Sin embargo, es más probable que el trato atroz sufrido por los miles y decenas de miles de niños huérfanos expulsados de nuestras instituciones benéficas y de las casas de caridad parroquiales, así como la espantosa rapidez con la que se consumian en las diversas fábricas de algodón a las que eran transportados, junto con el triste espectáculo que ofrecían la mayoría de los supervivientes, fueran las verdaderas causas que, en 1802, llevaron a la aprobación de la Ley de Sir Robert Peel, destinada al alivio y protección de los niños pobres empleados en las fábricas de algodón. Por lo tanto, el inusitado celo mostrado por los supervisores y sacristanes de San Pancras pudo haber sido provocado por las escenas de crueldad y opresión reveladas durante la tramitación

de dicha ley, de la que Blincoe nunca supo ni vio nada hasta once o doce años después de su promulgación.

Sería difícil encontrar un ejemplo más claro del absoluto desprecio con el que los nuevos ricos dueños de estas grandes fábricas trataban una ley creada específicamente para frenar su crueldad sin igual y su despilfarro de vidas humanas. La propia ley establecía que los dueños u ocupantes de cada fábrica de algodón en Gran Bretaña y Gales debían tener una copia legible de la misma colocada en un lugar visible y accesible para todos. Sin embargo, Blincoe, criado en una fábrica de algodón, nunca vio ni oyó hablar de tal ley hasta más de una década después de su aprobación.

Cuando el comité comenzó su investigación sobre el trato y las condiciones de los niños enviados desde el hospicio de San Pancras, Blincoe fue llamado junto a otros y se le advirtió que dijera la verdad y nada más que la verdad. No obstante, el temor al látigo y la correa, que podrían aplicarse una vez que estos *ilustres visitantes* se hubieran marchado, lo hizo (y sin duda a la mayoría de sus compañeros) extremadamente cauteloso y temeroso. Aun así, es probable que sus rostros hablaran por sí solos, contando una historia que no podía malinterpretarse. Los inspectores examinaron su comida, ropa y camas, y, en colaboración con el magistrado local, ordenaron cambios significativos. Se mandó construir una nueva casa cerca de la fábrica para los aprendices, con menos camas por espacio. Se especificó que debía servirse más carne de calidad, preparada y distribuida de manera más adecuada. Se estableció un método más limpio y decoroso de cocinar y servir las comidas. Los aprendices se dividieron en seis clases, y se fabricaron nuevos botes de hojalata numerados (del 1 al 6) para asignar la sopa o las gachas según su categoría. El antiguo su-

pervisor (que los había aterrorizado a su llegada) fue despedido, y varios capataces fueron reemplazados. Entre los nuevos estaba William Woodward, un hombre totalmente desprovisto de humanidad, originario de Cromford, Derbyshire. La llegada de este feroz tirano a la fábrica de Lowdham se convirtió en una maldición aún peor para Blincoe que todos los abusos anteriores. Como las *diversiones* de Woodward al atormentar a estos pobres aprendices ocuparán un lugar destacado en el próximo capítulo, no profundizaré más aquí.

Fue mala suerte para Blincoe y sus compañeros que, poco después de implementarse las reformas mencionadas y reducirse las horas de trabajo, mejorando así su situación en todos los aspectos, la fábrica de Lowdham cesara su actividad. Para entonces, Blincoe había cumplido cuatro años de su aprendizaje. Había aprendido a hilar mechas y operar la hiladora *throstle*, ganando semanalmente para su amo lo suficiente como para mantenerlo un mes entero en comida, bebida y ropa. Sin embargo, no se le enseñó nada del oficio de calcetería, ni adquirió suficientes conocimientos en el hilado de algodón como para ganarse el pan en otro lugar. En este punto, si se hubiera hecho justicia, los aprendices habrían sido devueltos al hospicio de San Pancras, en lugar de ser abandonados y traspasados a un nuevo amo sin garantizar que este respetara las condiciones de sus contratos originales o las regulaciones establecidas en la fábrica Lowdham.

Blincoe creía que los señores Lambert habían escrito a los funcionarios de San Pancras informando sobre la situación de los niños, para que sus familias reclamaran a quienes quisieran. Si esto fue así y las autoridades no actuaron, descuidando la protección de tantos niños, enviados inicialmente sanos y sin deformidades, son moralmente responsables de los terribles sufrimientos que

luego padecieron. Cuando este tema vuelva al Parlamento, será necesario investigar a fondo la conducta de estos funcionarios. No tanto para castigar sus faltas (si fuera posible), sino para demostrar la urgencia de revocar su poder de enviar niños lejos de su lugar de nacimiento o residencia; prohibirles arrancar hijos de sus padres para mandarlos a fábricas sin su conocimiento o consentimiento. Si deciden enviarlos como aprendices a oficios tradicionales, podrían conservar cierta autoridad, pero jamás en la industria algodonera. En la fábrica a la que Blincoe fue enviado después, los niños del hospicio eran tratados como materia prima: su fuerza, su médula y sus vidas se consumían para convertirla en dinero. Y a medida que su *ganado* de aprendices disminuía, nuevas manadas de víctimas llegaban de todas partes para reemplazarlos, sin costo alguno para los amos. Es muy probable que haya habido, y aún haya, casos en que los supervisores de pobres, especialmente los asistentes, mercenarios a sueldo, hayan sido sobornados por dueños de las fábricas de seda, algodón o lana. Bajo amenaza de retirarles la ayuda parroquial, obligaban a familias necesitadas a entregar a sus hijos, sin importar su educación, salud o voluntad, condenándolos a perecer si se negaban.

Cuando los señores Lambert abandonaron la fábrica de hilados de algodón de Lowdham, permitieron que todos los aprendices que deseaban dejar el trabajo en una fábrica de algodón escribieran a sus padres y amigos. Algunos pocos encontraron redención, pero la gran mayoría quedó, tristemente, abandonada a su suerte. Siendo un niño expósito y sin conocer a nadie en el mundo que pudiera ayudarle, Robert Blincoe fue uno de esos desdichados entregados a un destino tan sombrío como el que jamás haya caído sobre un aprendiz del hospicio. Con tan mala fortuna, fue transferido junto a una multitud de compañeros sufrientes al

señor Ellice Needham, de Highgate Wall, Derbyshire, dueño de la fábrica de Litton, cerca de Tideswell.

Sin embargo, antes de concluir este relato sobre el carácter y conducta de los dueños de la fábrica de Lowdham, los señores William, Charles y Thomas Lambert, es justo reconocer, si aún viven (cualquiera que sea su situación) o a su memoria (si han fallecido), que con la excepción de Mary Richards (que sufrió aquel espantoso accidente en el eje, rompiéndose casi todos sus huesos), ninguno de los niños enviados por el hospicio de San Pancras quedó lisiado o con deformidades en rodillas o tobillos. Si bien hubo escasez de comida y exceso de trabajo (evidente por las reformas implementadas), en comparación con lo que padecieron después, fueron tratados con humanidad. En la fábrica Lowdham se les vestía decentemente, con un traje especial para domingos y festivos; ocasionalmente se les permitía jugar al aire libre, en la *Goose Fair,*[7] se les llevaba en carros y se les obsequiaba con gachas dulces y seis peniques hasta al más pequeño; iban regularmente a la iglesia los domingos; no estaban encerrados tras rejas y muros, como en otras fábricas; no había barrotes de hierro en las ventanas; aunque trabajaban duro, no al punto de deformar sus cuerpos o causarles enfermedades mortales; la comida, al final, era de calidad y bien cocinada; la ropa de cama, aunque áspera, estaba limpia; y cuando les tocaba carne, tenían platos, cuchillos, tenedores y cucharas.

Pronto se verá cómo, al ser arrancados de la fábrica Lowdham, fueron arrojados a un antro de vicio, enfermedad, hambre, suciedad y esclavitud; atormentados por verdaderos demonios, violando descaradamente una ley reciente creada para su protec-

[7] La popular y milenaria Feria del Ganso de Nottingham.

ción, y bajo la mirada pasiva de un magistrado que, según Blincoe, visitaba más la lujosa mesa del amo que los talleres, imposibilitando así cualquier justicia para los aprendices. Ojalá esta exposición de los crímenes y sufrimientos infligidos a los huérfanos, los abandonados y los hijos de viudas, impulse a hombres honrados, senadores y legisladores a frenar la barbarie de los patrones despiadados y limpiar a su nación de una mancha peor que el comercio de esclavos africanos, por abominable que este haya sido.

Capítulo IV

La siguiente fábrica de algodón a la que fue destinado el pobre Blincoe, junto con aquellos compañeros de tribulación que no tenían a nadie que los rescatara de la miseria que les esperaba, pertenecía a un tal Sr. Ellice Needham.[8] Como la mayoría de su gremio, sus orígenes eran oscuros. Se decía que había surgido de una condición de pobreza abyecta y de haber sido por medio de un trabajo honrado, su prosperidad le habría hecho honor. Sin embargo, esa pobreza inicial era algo que lo avergonzaba, y era su debilidad. A través de la exuberancia de su mesa y el esplendor

[8] La fábrica textil de Litton Mill fue fundada en 1782 por Ellice Needham y su primo Thomas Frith, ambos agricultores con pequeñas propiedades en la zona. Estaba situada en un congosto del río Wye, cerca de Tideswell (30U E582674 N5901189), y utilizaba su cauce como fuente de energía. La ubicación aislada del valle dificultaba el transporte de materias primas y productos terminados. Ante la escasez de mano de obra local, Needham recurrió al uso de aprendices enviados desde un hospicio en Londres y construyó dos casas cerca de la fábrica para albergarlos. Estos aprendices recibían un trato extremadamente duro: trabajaban más de las doce horas reglamentarias, eran mal alimentados y padecían con frecuencia actos de crueldad y brutalidad. En la década de 1810, las fábricas hidráulicas como Litton Mill comenzaron a perder rentabilidad frente a las más eficientes de vapor de Lancashire, la fuerza laboral se redujo a la mitad, sufrió un grave incendio, la rueda hidráulica se rompió y estuvo fuera de servicio durante un tiempo. En 1815, Needham fue declarado en bancarrota. Algunos capítulos de la novela de Frances Trollope. *The life and adventures of Michael Armstrong. The Factory Boy* (London, 1840), reflejan las circunstancias de los niños explotados en esta fábrica.

y frecuencia de sus festines, parecía querer ocultar y disimular su humilde ascendencia. Su casa, jardines, mobiliario y estilo de vida eclipsaban por completo a los de la aristocrácia local vecina. Pero, a pesar de su ostentación sin límites, en el fondo era mezquino, tacaño y miserable. Su crueldad, al exprimir a huérfanos pobres y desamparados como medios para mantener su pompa culpable y desmedida, demuestra claramente la bajeza de su corazón. Su mansión, en 1803 y en los años siguientes, estaba en Hargate Wall, cerca de Buxton, en Derbyshire.

A este amo arrogante e insensible, los señores Lambert le traspasaron el tiempo no vencido por el que la mayor parte de los aprendices del hospicio habían sido vinculados mediante sus respectivos contratos. No sé qué prima se pagó, o si es que se pagó alguna. Como este amo no era ni calcetero ni fabricante de encajes, no tenía la capacidad de cumplir con las condiciones impuestas a los señores Lambert, es decir, instruir a las niñas durante los últimos tres años de su servicio en el tejido de encajes, y a los niños en el tejido de medias. La consecuencia fue que los pobres niños perdieron esas ventajas importantes, y aquellos que sobrevivieron al término de su aprendizaje bajo Ellice Needham se encontraron sin el nivel de habilidad necesario para ganarse el pan en casi cualquier otra fábrica de algodón, y solo podían realizar los trabajos más burdos.

Dado que los señores Lambert se vieron obligados, por las circunstancias, a detener sus operaciones, podría ser que no tuvieran los medios para mantener a los aprendices y se vieran forzados a deshacerse de ellos con la mayor rapidez. Ha habido casos en los que, en situaciones de quiebra, aprendices del hospicio vinculados a dueños de fábricas de algodón fueron metidos en carretas, llevados al límite de la parroquia y abandonados sin dinero,

sin un amigo o un lugar donde refugiarse. Según el relato de Blincoe, aunque los señores Lambert informaron a los guardianes de los pobres del hospicio de San Pancras sobre la necesidad que tenían de renunciar a sus aprendices o traspasarlos a otros amos, no se tomaron medidas para proteger a estos niños desamparados. Esta omisión resulta aún más extraordinaria si se considera la prontitud y decisión con que habían actuado en el caso anteriormente mencionado. Por lo tanto, es probable que su diligencia en aquella ocasión se debiera a los horribles relatos que entonces salieron a la luz pública, describiendo la crueldad y miseria de la que eran víctimas los niños de hospicio en las fábricas de algodón.

Fue en 1802 cuando Sir Robert Peel,[9] de Bury, que empleaba en sus fábricas de algodón a más niños de hospicio y expósitos que cualquier otro dueño en Gran Bretaña, presentó su proyecto de ley para su protección. Según el relato de Blincoe, el comité de San Pancras llegó a la fábrica de Lowdham en este momento, por lo que es probable que las reformas introducidas allí se debieran a la agitación parlamentaria en torno a esa cuestión. ¡Y nada ilustra mejor el poder de la opinión pública que esta demostración de su efecto en los funcionarios de la parroquia de San Pancras! Su-

[9] Robert Peel (1750–1830), padre del futuro primer ministro del mismo nombre, fue un industrial textil y miembro del Parlamento británico. En 1802 impulsó la Ley de Salud y Moral de los Aprendices (Factory Act of 1802), una de las primeras normativas destinadas a regular el trabajo infantil en las fábricas. Esta ley limitaba la jornada laboral de los niños aprendices a doce horas diarias, y establecía requisitos básicos en materia de higiene y educación. Sin embargo, su alcance fue limitado, ya que solo se aplicaba a los niños pobres acogidos en los hospicios-talleres (workhouses), dejando fuera a otros trabajadores infantiles.

poniendo que esta conjetura sea correcta, para cuando los aprendices fueron trasladados de la fábrica de Lowdham, este acto humanitario ya se había convertido en ley, pero había quedado prácticamente en letra muerta. También pudo ser la confianza en el efecto de esa ley lo que llevó a los funcionarios del hospicio a abandonar a los niños a su suerte. ¡Y cuál fue esa suerte, pronto se verá!

Parece que el señor Ellice Needham, dueño de la fábrica de Litton, fue a Lowdham para inspeccionar la condición de los aprendices, que había mejorado notablemente tras la introducción de las nuevas regulaciones. Nada más amable y condescendiente que el comportamiento de Ellice Needham en Lowdham; a algunos les dio dinero, a todos les prometió un trato generoso y bondadoso. Prometió como un Tito, pero cumplió como un Calígula. Blincoe no pudo recordar con precisión el número de aprendices, niños o niñas que fueron trasladados en carretas desde Lowdham hasta la fábrica de Litton. El primer día llegaron hasta Cromford, donde pasaron la noche. Las niñas fueron alojadas en casas particulares, mientras que a los niños los acomodaron sobre paja, en un granero o establo. A la mañana siguiente, todo el grupo fue obligado a marchar a pie por el pueblo hasta la caseta de peaje de Matlock, tan orgulloso estaba Woodward, el conductor, de su aspecto saludable Allí volvieron a subir a las carretas. Pero esta mejoría no se debía a lo saludable del trabajo en las fábricas de algodón, sino a las recientes reformas introducidas en la fábrica de Lowdham y a la reducción de sus horas de trabajo. Fue en el sombrío mes de noviembre cuando se llevó a cabo este traslado. Al anochecer del segundo día de viaje, los desventurados niños llegaron a la fábrica de Litton. Su ubicación, en el fondo de un solitario valle, rodeado de rocas escarpadas y lejos de cualquier vivienda humana,

brindaba un lugar propicio para los crímenes abominables que, con frecuencia, arrojaban a tantas víctimas desamparadas de la avaricia insaciable a una tumba prematura.

Los rasgos salvajes del paisaje circundante imprimieron un sombrío presentimiento en el grupo cuando Woodward les señaló la fábrica solitaria hacia la que se dirigían. Los trabajadores estaban en ese momento faenando, y todos, excepto los supervisores, eran niños de hospicio; el conductor de los recién llegados los llevó a través de la fábrica. El efecto de aquella inspección llenó la mente de Blincoe, y quizás la de sus infelices compañeros, de profundo desaliento. Las tez pálida y enfermiza, la apariencia demacrada y harapienta de los aprendices de la fábrica de Litton, le ofrecieron un amargo anticipo del lúgubre destino que aparentemente le aguardaba. Desde la fábrica, los llevaron a la casa de los aprendices, donde todo tenía un aspecto desalentador.

Su primera comida fue gachas aguadas y tortas de avena, las primeras, líquidas y mal preparadas; las segundas, cocidas en planchas de hierro, de aproximadamente una pulgada de grosor, y apiladas en montones, lo que las hacía propensas a calentarse, fermentar y enmohecerse. Era una dieta nueva y nada apetitosa. Mientras Blincoe y muchos de sus compañeros se acostaron sin cenar, sus semihambrientos colegas de la fábrica de Litton devoraron con avidez lo que los más delicados niños de Lowdham rechazaron con asco, advirtiéndoles que en unos días se les abriría el apetito, y estarían dispuestos a recoger del estercolero hasta los trozos más mohosos que ahora despreciaban.

El dormitorio, las camas, todo era inferior a lo que tenían en Lowdham; y el olor a aceite y suciedad, incomparablemente más repugnante. Blincoe pasó una noche inquieta, lamentando amargamente su cruel destino y temblando ante la idea de los sufrimi-

entos que le esperaban. Poco después de las cuatro de la madrugada, el sonido de una campana los llamó al trabajo. A Blincoe lo pusieron a devanar madejas. Pronto notó una enorme diferencia en su situación: tenía mucho más trabajo que hacer y era tratado con una severidad brutal que hasta entonces desconocía.

Blincoe observó que pocos de los aprendices tenían cuchillo, tenedor o cuchara para comer, ni tampoco sombreros, zapatos o medias. En Lowdham, especialmente hacia el final de su estancia, los niños solían lavarse en la bomba de agua, de día y de noche, y se les permitía usar jabón. En la fábrica de Litton, los hacían levantarse tan temprano y trabajaban hasta tan tarde que apenas se prestaba atención a la higiene personal. Los viernes por la noche, los aprendices eran bañados, peinados y se les ponía camisa limpia. Al llegar, Blincoe encontró a sus compañeros en un estado deplorable: sus cuerpos estaban literalmente cubiertos de cardenales y contusiones, sus cabezas llenas de heridas y, en muchos casos, lamentablemente infestadas de piojos. Las chicas mayores tenían que peinar y lavar a los aprendices más pequeños, una tarea tediosa que realizaban de manera descuidada y parcial. No se les proporcionaba jabón; en su lugar, se les daba una pequeña cantidad de harina, que, debido al hambre voraz, solían comerse.

El primer día de trabajo en la fábrica de Litton dejó claro a Blincoe en qué antro de miseria y crueldad había caído. Los capataces eran mucho más feroces y brutales que cualquier cosa que hubiera visto en Lowdham, una servidumbre que, por terrible que le hubiera parecido antes, ahora recordaba con nostalgia. Al reflexionar sobre su conducta pasada, sintió vergüenza y pesar, pues, comparado con lo que ahora tenía que soportar, su vida en Lowdham le parecía un lujo. La costumbre de bañarse y cambiarse los viernes por la noche, según explicó, surgió de la idea de que

era más rentable permitir esas abluciones ese día para poder hacerlos trabajar hasta la medianoche del sábado, o incluso más tarde. Los aprendices dormían hacinados, alrededor de cincuenta por habitación. El encargado abría las puertas al sonar la primera campana, pero si al volver encontraba a alguien aún en la cama o vistiéndose con lentitud, no dudaba en azotarlos sin piedad, asegurándose así que las habitaciones quedaran vacías rápidamente.

El desayuno solía consistir en gachas aguadas (llamadas en esa zona de Derbyshire *stir-pudding*) y tortas de avena, que comían dentro de la fábrica. Aunque la hora oficial del desayuno era las ocho, la maquinaria no se detenía, y las comidas eran tan irregulares que a veces no llegaban hasta las diez u once. Otras veces, los capataces no les permitían comer, y la comida se enfriaba y se cubría de pelusa. Se les daba leche desnatada o suero de mantequilla, pero en cantidades mínimas y, con frecuencia, en estado putrefacto. Para comer se les concedían cuarenta minutos, de los que la mitad se perdía limpiando los telares. A veces los capataces los retenían en la fábrica durante toda la hora de la comida, y entonces se les prometía, más que daba, un penique. En esas ocasiones, trabajaban jornadas de hasta dieciséis horas sin descanso ni alimento.

Estas condiciones extremas, unidas a la desnutrición, pueden parecer increíbles al lector, como al principio me lo parecieron a mí. Sin embargo, el relato de Blincoe, por asombroso que sea, fue corroborado después por otros testimonios que se presentarán más adelante, personas con las que no había tenido ningún contacto en años. Debido a estas jornadas extenuantes, a la ferocidad con que se les obligaba a trabajar a golpes, bofetadas y patadas, y a la escasez y pésima calidad de la comida, Blincoe, al igual que sus compañeros, solía desplomarse sobre los telares. A menudo,

al terminar la jornada, estaba tan agotado que le pagaba a un chico más fuerte un penique o parte de su cena para que lo sostuviera en el camino de regreso a la casa de los aprendices.

Por muy mala que fuera la comida, el modo de prepararla era aún peor. Se compraba el peor tipo de tocino alimentado con basura irlandesa para el consumo de estos niños, y este se hervía con nabos que se echaban al agua —no diré sin lavar, pero desde luego sin pelar—. Este era el menú dominical de los niños del hospicio en la fábrica de Litton. Blincoe y los demás niños recién llegados de Lowdham vieron que muchos aprendices no tenían ni cuchara ni cuchillo, y tenían que comer como podían, ya fuera carne, gachas espesas o caldo, pronto a ellos también les quitaron esos utensilios. Los domingos, se repartía un caldo de tocino con nabos que comían con tortas de avena en cuencos de madera sucios. Era inevitable que resultara desagradable, pues la cantidad de agua utilizada para el caldo era excesiva. En ella se hervía tocino enmohecido y medio podrido, alimentado con desperdicios, junto con nabos sin pelar. Una porción de este caldo, acompañada de toscas tortas de avena, servía como primer plato en las frecuentes cenas dominicales. Luego, se repartía el tocino enmohecido con los nabos hervidos y sin pelar. Sobraba tanto caldo que, a menudo, empezaba a pudrirse antes de enfriarse. A este líquido, poco mejor que lavazas de cerdo, se le añadían unos cuantos cubos más de agua y un puñado de harina, y esa asquerosa mezcla se servía para la cena o el desayuno del día siguiente, según conviniera. Blincoe declaró que el hedor de este caldo era tan fuerte que le revolvía el estómago, pero el hambre lo obligaba a tragárselo.

Con semejantes fuentes de enfermedad, nadie se sorprenderá que en la fábrica surgieran fiebres contagiosas, ni que el número

de muertes fuera tal que requiriera frecuentes envíos de niños del hospicio para llenar los huecos. Que estos continuos reclutamientos, en fábricas donde no había ampliaciones de edificios ni maquinaria, ni aparente necesidad de más mano de obra infantil, no hicieran sospechar a los funcionarios del hospicio y los llevara a investigar el destino de sus predecesores, confirma las peores acusaciones lanzadas por los supervivientes contra sus tutores parroquiales. Las declaraciones de Sir Robert Peel y otros ante comités parlamentarios arrojarán más luz sobre este asunto y demostrarán cómo los hijos de los pobres fueron abandonados por sus protectores legales y dejados a merced de comerciantes codiciosos y despiadados. Esta negligencia permitió que muchos dueños de fábricas de algodón escaparan al castigo por crímenes que merecían la horca. Solo cuando las enfermedades contagiosas, fatales para los aprendices y peligrosas para la sociedad, alcanzaron proporciones alarmantes, los ricos, movidos quizá más por egoísmo que por compasión, empezaron a inquietarse. La prensa denunció parte de los abusos en las fábricas, donde los niños de hospicios eran las víctimas.

Tan horribles eran estos relatos, y tan generalizada y vehemente la indignación que provocaron, que incluso llegaron a conmover los corazones de piedra de los grandes magnates del algodón. El miedo los volvió misericordiosos cuando ya no pudieron silenciar las acusaciones de sus detractores. Algunos de los peores delincuentes cedieron e incluso abogaron por la intervención legislativa entre ellos y sus trabajadores. Los auténticos defensores de la humanidad los acusaron de fingir esta concesión para ganarse la confianza de sus oponentes y así neutralizar el espíritu que controlaba su avaricia insaciable. Pero fuera cual fuera su intención, aquellos que tanto se esforzaron por lograr la ley de 1802

no parecieron interesados en su cumplimiento. Antes de que terminara el primer año, ya se la consideraba letra muerta. Justo en ese momento, las crueldades en la fábrica de Litton alcanzaron su punto álgido. El exceso de trabajo, la suciedad y el hambre provocaron brotes de fiebres contagiosas entre los niños. Esta calamidad, que a menudo rompía, con muertes prematuras, las cadenas de su vil esclavitud, se extendió tanto que paralizó la producción. Blincoe declaró que, en el peor momento, hubo cuarenta niños enfermos a la vez, la cuarta parte de los empleados en la fábrica. Según el testimonio unánime de varios aprendices, a nadie se lo consideraba enfermo hasta que era imposible, ya fuera con amenazas o golpes, obligarlo a trabajar. El médico que ocasionalmente atendía a los enfermos, consciente de la causa de las muertes, solía decir con sensatez: «No necesitan medicinas, sino comida decente», y recetaba pan fresco, carne de res, sopas y caldo de cordero. Cuando pregunté a Blincoe y otros por qué este médico no denunció su situación a las autoridades, respondió que el cirujano y los magistrados eran amigos del dueño y solían ser invitados a sus festines.

Blincoe estuvo entre los enfermos y recuerda que quemaban brea y tabaco en la habitación, y rociaban vinagre en las camas y el suelo, detalles que revelan la gravedad de la enfermedad y el temor que inspiraba. La mortalidad fue tan alta que el señor Needham optó por repartir los entierros: algunos se hicieron en el cementerio de Tadington, aunque las tarifas fueran el doble que en Tideswell. Y a pesar de esta espantosa tasa de enfermedad y muerte, Blincoe afirma que ¡¡¡los magistrados locales no hicieron absolutamente nada al respecto!!!

Sería arriesgado confiar plenamente en la memoria, la integridad o el juicio de Blincoe, o afirmar que la conducta de los magis-

trados locales fuera realmente tan reprobable. Sin embargo, esta acusación se ve corroborada por el silencio absoluto de los magistrados de esta zona de Derbyshire respecto al carácter y las acciones de los dueños de la fábrica de Litton durante las investigaciones parlamentarias de 1816, 1817, 1818 y 1819. El testimonio coincidente de Blincoe y varios de sus compañeros confirma los hechos: las fiebres contagiosas en la fábrica, las numerosas muertes que provocaron, la consiguiente dispersión de los entierros, los comentarios del clérigo que oficiaba los tristes funerales y, en un caso, ¡la celebración de una investigación forense! Aunque persisten dudas sobre si el cadáver había sido enterrado primero y desenterrado después.

No hubo la más mínima compasión hacia los enfermos, fueran hombres o mujeres. Se les obligaba a trabajar hasta el último momento posible, y cuando ya no podían más, si se desplomaban, se los echaba en una carretilla y se los llevaba a la casa de los aprendices. Según Blincoe, se los dejaba en la sala común o se los arrastraba a sus camas, y allí se los abandonaba a su suerte, vivieran o murieran. En esta situación patética, el único cambio en su dieta era un poco de té de melaza, o sea, agua caliente endulzada con melaza. Rara vez se llamaba al médico hasta que el paciente agonizaba. En general, los moribundos recibían menos atención que una oveja o un cerdo.

El dueño de la fábrica de Litton era más considerado con los animales; porque costaban dinero, y la preocupación de una persona como el señor Needham solo podía ser motivada por la perspectiva de una pérdida de capital. Esta solicitud era proporcional al grado de ese riesgo; y como se podían conseguir niños del hospicio y huérfanos indigentes por un precio menor que el de ovejas o cerdos, para reemplazar a los que morían, se seguía

que eran considerados prescindibles. No deseo exagerar las atrocidades que describo, ni cargar las tintas en este relato. Pero, con cierta reticencia, debo afirmar, basado en testimonios coincidentes, que no se permitían enfermeros ni cuidados, salvo lo que un enfermo pudiera hacer por otro; no se proporcionaban velas ni lámparas por las noches; no había la menor muestra de compasión o lamento. Admito que estos hechos son tan contrarios a la compasión cristiana, que más bien parecen relatos fantaseados o, peor aún, calumnias crueles. Si lo son, la culpa no es mía; pues repetidamente, y de la manera más enfática que me fue posible, advertí a Blincoe y a sus compañeros de sufrimiento que se abstuvieran de falsedad, diciéndoles que esta sería inevitablemente descubierta y los llevaría a la deshonra. También alegué lo que pensé que podría tener más influencia sobre personas como ellos: el triunfo que tal vileza de su parte podría otorgar a los amos algodoneros más notorios por su crueldad y tiranía. Sin embargo, Blincoe y todos sus antiguos compañeros persistieron y se mantuvieron firmes en la veracidad de sus horribles acusaciones, declarando que, si se les solicitara, en cualquier momento confirmarían su testimonio. Estaba obligado a darles publicidad, si es que están fundadas en la verdad.

Si los hechos principales han sido correctamente descritos, ningún lapso de tiempo debería servir de refugio a los culpables. Deberían ser llevados a juicio público; pues las acusaciones abarcan demasiados actos de tortura y asesinato premeditado, así como la indulgencia de instintos tan abyectos que desafían toda incredulidad. Estas atrocidades, cometidas contra niños y niñas pobres y desamparados, no son menos abominables que los peores crímenes atribuidos a esa vergüenza para la condición femenina,

Elizabeth Brownrigg,[10] o más recientemente, al desdichado culpable gobernador Wall.[11] Aún viven, quizás, un centenar de testigos que sufrieron estos feroces castigos. Muchos de ellos, a pesar de hallarse en la flor de la vida, están reducidos a tal estado de decrepitud que convencerían incluso a los más escépticos: solo la crueldad más prolongada y sin precedentes podría haberlos llevado a tal condición.

Del ejercicio continuo e implacable de un despotismo sin límites sobre los seres humanos más vulnerables y desamparados, aquellos para cuya protección especial se había promulgado recientemente una ley que, de haberse aplicado, habría prevenido eficazmente estos crímenes, y si afirmara que sería difícil, si no imposible, encontrar en los registros de sufrimientos infligidos a los esclavos negros ejemplos de atrocidades mayores que las que

[10] Elizabeth Brownrigg (1720–1767), una mujer inglesa conocida por el brutal asesinato de su sirvienta, Mary Clifford. Casada con James Brownrigg, un plomero, y madre de tres hijos sobrevivientes de un total de dieciséis, vivía respetablemente en Londres como partera y supervisora de mujeres y niños en la parroquia de Saint Dunstan. Sin embargo, sometía a sus aprendices a crueles maltratos, en particular a Mary Clifford, a quien azotaba, encadenaba y dejaba morir de hambre. Ante las sospechas de los vecinos y la intervención del hospital Foundling, Clifford fue encontrada en estado crítico y falleció poco después. Elizabeth fue juzgada, declarada culpable de asesinato y ejecutada en Tyburn en 1767. Su caso horrorizó a Inglaterra y contribuyó a reformas en la protección de los aprendices.

[11] Joseph Wall (1737-1802), un oficial militar inglés y gobernador de Gorée (Senegal) en 1779. Durante su mandato, enfrentó un motín por pagos atrasados y respondió con brutalidad, ordenando azotes sin juicio que provocaron la muerte de al menos el soldado Benjamin Armstrong. Tras los hechos, huyó a Inglaterra y luego a Francia, pero en 1801 decidió entregarse. Juzgado en 1802 en el Old Bailey, fue condenado por asesinato y ejecutado en la horca en Newgate. Su caso puso en evidencia los abusos del régimen colonial británico.

he expuesto o estoy por revelar, no estaría exagerando, ni incurriendo en hipérbole, al declarar que el carácter nacional ha sido y sigue siendo gravemente deshonrado por ese sistema de avaricia comercial sin freno del que surgieron estos crímenes detestables. Esta mancha persistirá hasta que se realice una investigación completa e imparcial.

Nunca antes hubo una crisis en el mundo comercial donde la avaricia avanzara con tal rapidez o causara estragos tan extensos en la moral y el bienestar de la sociedad como en el periodo que abarca esta narración; un avance que parece acelerarse en proporción a la creciente influencia maligna que ejerce, y que obtiene impunidad gracias a la riqueza prodigiosa que acumula en manos de unos pocos capitalistas despiadados, a costa de la felicidad, la salud y la moral de millones. Este sistema inicuo es el progenitor de esa inmensa marea de vicios que ha corrompido a la población obrera con la depravación más espantosa. Ha reducido a cientos de miles de tejedores a un estado de indigencia tan extremo que la situación de los más desfavorecidos resulta incomparablemente peor que la de los esclavos en las plantaciones de las Indias Occidentales que tienen la fortuna de pertenecer a un dueño humano.

Este sistema pernicioso y devastador arroja sobre la Corona el odio inmerecido de ser causante o cómplice de estos males terribles que oprimen al pobre tejedor, una impresión que ha anulado la lealtad de miles y los ha convertido, en manos de demagogos sin principios, en fuente de disturbios populares, conspiraciones infames y una deslealtad profunda y radical. Tan arraigado y tan antiguo está el odio y la aversión que una gran parte de los tejedores profesa hacia el gobierno ejecutivo en todas sus ramificaciones, que ha inducido a multitudes a abandonar por com-

pleto el cristianismo, a vilipendiarlo por todos los medios posibles y a degradarlo. No abordo esta denuncia con motivos frívolos, personales o egoístas; pues todo lo que afirmo como hecho positivo conlleva mi responsabilidad moral, y me comprometo públicamente a sustentar mis afirmaciones, presentando no solo las fuentes en que me baso, sino también demostrando la validez de dichas autoridades.

Con esta digresión, cierro el presente capítulo. En los que siguen se encontrará una narración de crímenes que no pueden dejar de provocar, en igual medida, horror e incredulidad: ante el relato de actos de crueldad gratuita, premeditada, flagrante y brutal, difícilmente equiparables a los de los tribunales inquisitoriales de Portugal o España; y sin embargo, todos esos actos de asesinato y crueldad desenfrenada fueron perpetrados por un solo dueño de una hilandería de algodón quien, aunque quizás el peor de su clase, no estaba solo; como lo demostrará evidencia que no podrá ser refutada. Tampoco cabía esperar que la criminalidad de ese hilandero no produjera una depravación correspondiente entre los desdichados aprendices sometidos a su rudo y salvaje dominio. En la azarosa vida de W.Pitt, la profundidad y el alcance de esa depravación se ilustrarán de manera impactante. Se verá que en los alrededores de la fábrica de se cometieron delitos graves por parte de los aprendices del hospicio, no, si estoy bien informado, por intención deshonesta, sino por el deseo de ser deportados a Botany Bay,[12] considerando incluso esa alter-

[12] Botany Bay, una bahía ubicada en la costa este de Australia, cerca de lo que hoy es Sídney, en el estado de Nueva Gales del Sur. En 1770, el explorador James Cook llegó a Botany Bay durante su primer viaje a bordo del Endeavour.

nativa preferible a soportar los horrores de la servidumbre a la que, como aprendices parroquiales, habían sido condenados.

Poco después, el gobierno británico decidió establecer en este lugar una colonia penal debido a la sobrepoblación carcelaria en Inglaterra.

Capítulo V

Volviendo a la descripción que me dio Robert Blincoe sobre el terrible estado de esclavitud en el que él, junto a una multitud de jóvenes compañeros, estaba sumergido en la fábrica de Litton, debo decir que, así como el exceso de trabajo, la falta de tiempo adecuado para descansar y la carencia de alimentos nutritivos provocaron enfermedades contagiosas, un suministro generoso de buenas provisiones y un cese del trabajo devolvieron rápidamente la salud a muchos. Sin embargo, en lugar de tomar advertencia de estos terribles ejemplos, apenas los convalecientes eran enviados de vuelta a la fábrica, el sistema de sobreexplotación, crueldad sin límites, hambruna y tortura se reanudaba de inmediato. No debe pensarse, sin embargo, que se les haya dispensado a los enfermos ningún tipo de manjares. Pan de trigo, trozos burdos de carne hervida en sopa o cordero para caldo, junto con leche o suero de mantequilla repartidos con moderación, constituían el alcance de esos *lujos*. Esta dieta, por muy lujosa que se considerara en la fábrica de Litton, no superaba el estándar ordinario de la alimentación diaria que Blincoe había disfrutado en el hospicio de pobres de San Pancras y, también, durante la última parte de su estancia en la fábrica de Lowdham.

Hasta ahora, apenas he mencionado los golpes, patadas o azotes a los que Blincoe, al igual que muchos otros de sus desdichados compañeros, estuvo expuesto. Según su relato, desde la primera hora en que entró en la fábrica hasta que alcanzó la edad

adulta, fue un ciclo continuo de castigos crueles y arbitrarios. Blincoe declaró que lo golpeaban con tanta frecuencia y desmesura que se acostumbró; y si bien la frecuencia no anuló su capacidad de sentir, sí eliminó el terror que le provocaba al principio aquel antro de ignorancia y crimen. Le pregunté si podía estimar, con cierta seguridad, un número promedio de veces a la semana en que había sufrido castigos corporales. Su respuesta fue invariable: sus castigos eran tan diversos y frecuentes que resultaba imposible dar una cifra siquiera aproximada. Si ha de creérsele, durante sus diez años de dura servidumbre, su cuerpo nunca estuvo libre de moretones y heridas infligidas por el cruel dueño al que servía, por sus hijos o por sus brutales, feroces y despiadados capataces.

Ya se ha mencionado que, a los once años de edad, fue asignado a la parte trasera de un bastidor de estirado, y que, debido a la holgazanería o ausencia del encargado del estirado, con frecuencia debía realizar tanto el trabajo de su principal como el suyo propio. Como el material era muy basto y el movimiento rápido, no lograba alcanzar los extremos a tiempo. Por esto, era castigado sin piedad, a pesar de que quienes lo castigaban sabían que la tarea asignada superaba sus capacidades. En la fábrica había varios encargados del estirado, pero, según el relato de Blincoe, todos eran individuos viles y feroces. Robert Woodward, quien había escoltado a los aprendices desde la fábrica de Lowdham, era considerado el peor de esos déspotas vulgares y brutales. Si le propinaba una patada a Blincoe, su fuerza era tal que solía levantarlo del suelo. Si lo golpeaba, incluso con la mano abierta, lo derribaba; y si lo hacía con un palo, no solo le dejaba moretones, sino que le abría la carne. No bastaba con usar pies o manos: también empleaba palos, porras o el extremo de una cuerda. Él y

otros solían arrojar rodillos, uno tras otro, contra el pobre muchacho, apuntando a su cabeza, que, por supuesto, estaba descubierta mientras trabajaba. Nada deleitaba más a esos salvajes que ver a Blincoe tambalearse y la sangre brotar a borbotones.

Lejos de disuadir a esos monstruos, tales resultados solo los incitaban: mucho antes de que una herida sanara, nuevos actos de crueldad producían otras, hasta que, en muchas ocasiones, su cabeza quedaba tan excoriada y magullada que se volvía repulsiva para sí mismo y para los demás, y el dolor era tan insoportable que le privaba del descanso nocturno, por muy agotado que estuviera. A causa de estas heridas, su cabeza se infestaba de parásitos. Reducido a este estado deplorable, algún curandero le aplicaba una capa de brea o un emplasto en la cabeza. Tras dejarlo actuar un tiempo, cuando se suponía que la adherencia era total, el terrible *doctor* tiraba con fuerza de una esquina y le arrancaba de golpe todo el cuero cabelludo. Este era el remedio habitual. No exagero al afirmar que la agonía que provocaba debía equivaler a cualquier tortura infligida por los salvajes americanos a prisioneros indefensos con sus cuchillos de desollar y hachas de guerra.

Este mismo desalmado, Robert Woodward, que según el testimonio unánime de sus víctimas, poseía ese amor innato por la crueldad que caracterizó a Nerón, Calígula o Robespierre, solía atar a Blincoe por las muñecas a una viga transversal cuando no lograba seguir el ritmo de la maquinaria, dejándolo suspendido sobre los engranajes hasta que su agonía era extrema. Para evitar ser arrastrado por las máquinas, Blincoe debía encoger las piernas cada vez que estas avanzaban o retrocedían. Si no lo hacía a tiempo, recibía golpes brutales en las espinillas, que quedaban al descubierto. No lo liberaban hasta que, ya amoratado y con la cabeza cayéndole sobre el hombro, el verdugo consideraba que su

víctima estaba al borde de la muerte. Tras unos cuantos golpes gratuitos más, lo soltaban y lo obligaban a reiniciar su trabajo de inmediato, como si estuviera en plena fuerza, aunque quedara tan maltrecho que apenas podía mantenerse en pie. Era uno de los *pasatiempos* predilectos de los capataces: agarrar a los aprendices por las orejas, sacudirlos con violencia y arrojarlos al suelo con furia. Blincoe sufrió esto repetidas veces, hasta creer que sus orejas se desgarraban, todo por faltas mínimas. Otra diversión diabólica consistía en limarles los dientes. En una ocasión, Blincoe fue forzado a abrir la boca para recibir este castigo, y Robert Woodward aplicó la lima con entusiasmo. Cuando terminó, el bruto comentó con sorna: «Así afilarás los dientes para disfrutar mejor de la cena dominical».

Blincoe declaró que, en pleno invierno, lo obligaban a trabajar desnudo, salvo por los pantalones, cargando dos pesas de media arroba (aproximadamente 25 kg) colgadas de los hombros. Pronto colapsaba bajo esta tortura; entonces, para prolongar el *espectáculo*, Woodward las reemplazaba por pesas de un cuarto de arroba. Aun así, Blincoe apenas podía levantar los brazos hacia los rodillos. Woodward lo hacía cargar con esos pesos durante horas, sin dejar de trabajar. En otras ocasiones, le ordenaban quitarse la camisa y meterse en una gran caja cuadrada, donde el verdugo, asegurándose de que ningún golpe fallara, lo apaleaba hasta agotarse. O lo subían a hombros de otros muchachos para golpearlo con palos hasta dejarlo cubierto de moretones y heridas, con la piel desfigurada por los hematomas.

En el lenguaje de los hilanderos, lo que llaman un *draw off* en uno de esos bastidores donde trabajaba Blincoe requería unos cuarenta segundos. Woodward solía obligar a Blincoe a limpiar todo el algodón debajo del bastidor completo en un solo movimiento y

salir por el extremo opuesto, bajo amenaza de una paliza brutal. En una de estas ocasiones, Blincoe casi pierde la vida al quedar atrapado entre el *faller* y el *head piece*, con la cabeza aplastada entre ellos. Ambos lados de sus sienes se abrieron, y la sangre brotó a raudales por su rostro, sus cicatrices aún son visibles. Se consideró casi un milagro que escapara con vida. Lejos de mostrar compasión, Woodward lo golpeó cruelmente por no haber sido más rápido. Blincoe calcula que tenía unos doce años cuando ocurrió este accidente.

Es un hecho demasiado notorio para negarse que los hilanderos, estiradores, *rovings* y otros operarios más brutales tenían la costumbre, por maldad, de infligir castigos atroces a los ayudantes, limpiadores, ajustadores de bastidores, bobinas y otros jóvenes bajo su poder. Los obligaban a comer trozos sucios de vela, a lamer escupitajos de tabaco, y a abrir la boca para que estos miserables escupieran dentro. Todas estas bestialidades se practicaban regularmente con los aprendices de la fábrica de Litton. Blincoe sufrió frecuentemente estas humillaciones. Lo más revelador del lado más oscuro de la naturaleza humana es que muchos de estos capataces crueles habían llegado a la fábrica como aprendices del hospicio y, como tales, habían sufrido ellos mismos estos mismos vejámenes.

Sin embargo, existía un *pasatiempo* que, en todas mis investigaciones sobre las diversiones en las fábricas de algodón, nunca encontré que tuviera parangón. Y si no me equivoco, el crédito por esta invención corresponde originalmente al propio Robert Woodward. Se ejecutaba de la siguiente manera. Se colocaba una lata o cilindro de hojalata de aproximadamente un metro de alto (para almacenar las mechas de hilado) y unos 23-25 cm de diámetro en medio del pasillo o sala de máquinas, como se llama al

espacio por donde se desplazan los bastidores en cada jalón, muy cerca del mecanismo de transmisión. Sobre este cilindro hueco, Blincoe tenía que subirse y permanecer en un solo pie, sosteniendo un cepillo largo con la mano opuesta extendida, hasta que el bastidor avanzaba (unas tres veces cada dos minutos), lo que invariablemente derribaba el cilindro haciéndolo caer al suelo. El canalla colocaba el cilindro tan cerca del mecanismo que existía un grave peligro de que Blincoe cayera sobre él, lo que probablemente lo habría lisiado de por vida si no lo mataba en el acto. En fracciones de segundo, el muchacho tenía que arrojarse al suelo para que el bastidor pasara por encima de él. Durante este breve intervalo, los *aficionados*, es decir, Robert Woodward, Charnock, Merrick y compañía, volvían a colocar el cilindro en posición vertical, requiriendo no poca habilidad para mantener el ritmo. Cuando el bastidor retrocedía, el pobre Blincoe tenía que levantarse rápidamente y volver a subirse ágilmente al cilindro de hojalata, extender otra vez el brazo con el cepillo, y sufrir otra caída entre los gritos y alaridos de estos demonios. Así continuaban estos villanos persiguiéndolo y atormentándolo hasta cansarse, aunque el *juego* pudiera costarle la vida. Cada caída representaba el riesgo de fracturas o dislocaciones, y el tiempo que estos monstruos malgastaban lo recuperaban después arrancando horas adicionales de trabajo a sus desdichadas víctimas.

Otro de sus *pasatiempos* consistía en atar las manos de Blincoe a la espalda y amarrarle una pierna a las manos. Así, solo le quedaba una pierna libre para saltar, sin poder usar las manos para protegerse si caía. Si no se movía con agilidad, el capataz le propinaba un puñetazo o le abría la cabeza arrojándole rodillos. Cada caída podía terminar en piernas rotas o brazos dislocados. Cualquiera familiarizado con la maquinaria textil conoce el peli-

gro de estos *juegos*, y cualquiera puede juzgar su crueldad. Parecía existir un espíritu de emulación, mejor dicho, un espíritu infernal, entre los capataces de la fábrica de Litton por inventar los castigos más novedosos y brutales. Para torturar mejor a sus víctimas, algunos dejaban crecer exageradamente las uñas de sus pulgares e índices, hasta poder clavarlas completamente en las orejas de los aprendices cuando los pellizcaban, las cicatrices aún son visibles. El propio Needham, dueño de la fábrica, incurría frecuentemente en esta práctica, hasta hacer correr la sangre por el cuello de los muchachos. Era tan común este *juego* que casi pasaba desapercibido. En el caso de Blincoe, un conjunto de heridas no solía sanar antes de que le infligieran otras nuevas. Su único remedio era el aceite que se usaba para lubricar las máquinas.

Estos miserables, que se deleitaban en actos de opresión arbitraria, a menudo arrojaban rodillos contra la cabeza de los niños por puro capricho, causándoles profundas heridas sin motivo alguno. Otras veces, si los aprendices estaban en posición vulnerable, los capataces los azotaban con ramas o látigos con toda su fuerza, para luego reírse a carcajadas y llamarlo «un buen golpe!». Blincoe declaró haber sufrido estos ataques incontables veces, recibiendo graves heridas en la cabeza sin atreverse a quejarse. Woodward y otros capataces solían golpearlo con gruesas correas de cuero ablandadas con aceite y rematadas con hebillas de hierro, que casi siempre le sacaban sangre o le causaban severos moretones con cada latigazo.

Entre los compañeros de desgracia de Blincoe se encontraba un niño huérfano procedente del hospicio de pobres de San Pancras, llamado James Nottingham, aunque todos lo conocían como *Negrito*, apodo que le pusieron por su cabello, ojos y tez oscuros. Según el testimonio de Blincoe, este pobre muchacho sufrió cru-

eldades aún mayores que las que él padeció. Golpes incontables, principalmente en la cabeza, dejaron su cráneo tan hinchado y magullado que acabó en un estado de estupidez. Usando la expresiva frase de Blincoe: «su cabeza estaba tan blanda como un nabo hervido», con el cuero cabelludo tan dañado que se hundía al menor tacto. Reducido a esta condición lastimosa por la crueldad desenfrenada, el pobre *Negrito* sufrió incontables vejaciones. Incapaz de trabajar y frecuentemente despojado de su comida, se arrastraba melancólico a esconderse en rincones para escapar de sus torturadores. La extrema debilidad le provocó incontinencia fecal y urinaria. Como castigo, según declaró Blincoe, por orden expresa de Ellice Needham, el dueño de la fábrica le quitaban su ración de caldo, suero de mantequilla, gachas y otros alimentos. En verano lo azotaban sin piedad. En invierno, lo desnudaban por completo y, atándole una cuerda a los hombros, lo sumergían en el embalse, arrastrándolo de un lado a otro hasta casi ahogarlo. Luego lo sacaban y lo sentaban sobre una piedra bajo una bomba de agua, dejando caer un chorro copioso sobre su cabeza mientras algún matón le arrojaba cubos de agua al rostro con toda furia. Lo más abyecto: cuando estas torturas redujeron al niño a un estado de idiotez, su lamentable condición, lejos de generar compasión, divertía aún más a estos brutales opresores. Su cuerpo demacrado rara vez estaba libre de heridas, y su cabeza, cubierta de llagas supurantes e infestada de piojos, era un espectáculo repulsivo. Como consecuencia de este estado de suciedad y enfermedad, el pobre Nottingham sufrió repetidas veces la tortura de la capa de brea y el arrancado de cuero cabelludo antes descrito.

En 1822, al enterarme de que este desdichado joven trabajaba en una fábrica de algodón cerca de Oldfield Lane, fui en su búsqueda y lo encontré. Al principio pareció turbado, y cuando le

pregunté sobre su tratamiento en la fábrica de Litton, para mi sorpresa, me respondió: «No recuerdo nada de eso». Entonces le relaté lo que Blincoe y otros me habían contado sobre los horribles tormentos que sufrió. «No dudo que digan la verdad», respondió con dulzura, «pero no tengo recuerdos claros de lo que ocurrió durante la mayor parte de mi estancia allí. «Creo», añadió, «que mis sufrimientos fueron terribles y que casi pierdo la razón». Por su aspecto, deduje que no había sido explotado tan brutalmente como otros pobres niños lisiados que había visto. Según recuerdo, sus rodillas no estaban deformadas, o si lo estaban, era muy levemente. Es de estatura bastante por debajo de la media. Su rostro redondo, con facciones pequeñas y regulares, mostraba tanto las huellas de antiguos padecimientos como una actual serenidad de espíritu. Durante mis indagaciones sobre este joven, me conmovió gratamente escuchar los elogios que recibía en su vecindario. Varias personas lo describieron como una persona seria y de buenos principios, cuya vida y conducta eran irreprochables.

Frecuentemente la mejor cena de la semana era los domingos, que generalmente consistía en caldo, carne y nabos, con un poco de torta de avena. La carne era de la peor calidad que se pudiera comprar. Como esta era nuestra cena especial, no queríamos deshacernos de ella demasiado pronto, así que era una práctica común entre los aprendices guardar algo para el lunes bajo el cuidado del encargado de la casa de los aprendices, y cada uno sabía cuál era su porción. La costumbre era hacer alguna marca en su torta de avena y dejarla en sus platos de madera.

Ocurrió que un domingo tuvimos nuestra cena de caldo de tocino, nabos y un poco de torta de avena. Ese domingo un tal Thomas Linsey, un compañero aprendiz, pensó que le gustaría un bo-

cadillo temprano en la mañana, así que tomó una rebanada de tocino entre dos trozos de torta de avena y se la llevó a la cama, colocándola bajo su cabeza (no puedo decir *bajo su almohada*, porque nunca se nos permitía tener una). A la mañana siguiente, alrededor de las tres o cuatro de la madrugada, como era habitual en verano, cuando escaseaba el agua, que algunos comenzaran a trabajar antes para cumplir con el horario completo, Linsey fue encontrado muerto en su cama. En cuanto algunos de los aprendices se enteraron de su muerte, dormían alrededor de cincuenta en una habitación, hubo una gran pelea por quién se quedaría con el tocino y la torta de avena que estaba bajo su cabeza. Algunos comenzaron a registrar sus bolsillos en busca de la lata que usaba para comer, ya que no se permitían cucharas y algunos tenían trozos de ollas rotas. No se realizó ninguna investigación forense para determinar la causa de la muerte de Linsey. Dejo al lector que juzgue por sí mismo esta escena desgarradora a tan temprana hora de la mañana. Esto ocurrió en la fábrica de Litton.

Podría suponerse que estos horribles castigos se practicaban en esta fábrica de algodón sin el conocimiento del dueño y propietario de la fábrica Litton. Sin embargo, el testimonio no solo de Blincoe, sino también de muchos de sus antiguos compañeros, sin que se conocieran entre sí, coincidía en describir a Ellice Needham, el dueño, como igual o peor que los más crueles de sus sirvientes. Lejos de intentar detener estos abusos, los animaba con su propio ejemplo, permitiéndoles infligir castigos de cualquier manera que desearan. Se acusa al señor Needham de golpear a los aprendices con los puños, patearlos cuando caían, azotarlos brutalmente con palos o látigos, agarrarlos de las orejas, levantarlos del suelo y estrellarlos contra el piso, o pellizcarlos hasta que sus uñas se clavaban. Blincoe declaró que sus opresores

lo agarraban del cabello y se lo arrancaban a puñados, hasta que la coronilla de su cabeza quedaba tan calva como el dorso de su mano. John Needham, siguiendo el ejemplo de su padre y teniendo poder ilimitado sobre los aprendices, fue acusado de crímenes atroces contra esos desdichados, cuyo trabajo agotador financiaba el lujo y la pompa en que vivía. Con los niños, era un tirano y un opresor; con las niñas, lo mismo, pero con el agravante de tratarlas con una indecencia tan repugnante como su aterradora crueldad. Esas infelices eran víctimas tanto de su ferocidad como de su lujuria.

Por una falta trivial, Robert Woodward una vez golpeó y pateó a Robert Blincoe hasta que su cuerpo quedó cubierto de moretones y verdugones. Cansado, o quizás deseando que su joven amo también disfrutara del *espectáculo*, llevó a Blincoe a la oficina y lo acusó de estropear su trabajo a propósito. Sin siquiera dejar que Blincoe se defendiera, el joven Needham buscó ansiosamente un palo para azotarlo. Al no encontrar uno a mano, envió a Woodward a un bosquecillo cercano, llamado Twitchell, a cortar unos cuantos. Mientras tanto, le ordenó a Blincoe, entre risas, que se desnudara y se preparara para una buena azotaina. Blincoe obedeció, pero para su sorpresa, el joven Needham no cumplió su amenaza. La razón fue que el cuerpo del pobre muchacho estaba tan magullado e inflamado que su aspecto aterrorizó al joven déspota, que temió que, si lo golpeaba más podría provocar la gangrena o la muerte. Así que, inesperadamente, le ordenó que se vistiera. No quedaba un solo lugar en su cuerpo sin heridas: sus orejas estaban hinchadas y llagadas, su cabeza en un estado deplorable, muchos de sus moretones supuraban, y el dolor era tan intenso que solo podía dormir boca abajo, si es que lograba dormir en tal estado.

Una vez a la semana, generalmente después de dieciséis horas de trabajo ininterrumpido, las chicas mayores tenían que peinar las cabezas de los niños. Era una tarea tan dolorosa para ellos como repulsiva para las chicas, por lo que se hacía a regañadientes y de manera ineficiente. Esto provocaba frecuentes casos de tiña, que luego se trataban con el terrible remedio del escalpado. En promedio, los niños trabajaban dieciséis horas al día, y en muchos casos incluso más. El resultado de este exceso de trabajo, sumado al hambre y los maltratos, fue la muerte de muchos aprendices y la condena de otros a cojeras y enfermedades incurables.

Los cerdos de la granja y los aprendices solían comer casi lo mismo, pero cuando los cerdos tenían hambre, gruñían tan fuerte que recibían su comida primero, solo para calmarlos. Los aprendices, en cambio, podían ser intimidados y obligados a callar. Los cerdos de engorde vivían mejor que ellos: a menudo se les daban bolas de harina amasadas, como albóndigas. Blincoe y otros, que trabajaban en una parte de la fábrica desde donde veían cómo alimentaban a los cerdos, solían decirse: «Ya les dieron a los cerdos, pronto nos tocará a nosotros». Algunos aprendices, como Blincoe, que trabajaban cerca de los corrales, vigilaban atentamente a los cerdos y sus albóndigas. En cuanto el porquero se iba, bajaban sigilosamente, metían la mano por los agujeros del comedero y robaban tantas albóndigas como podían. Esa comida, arrebatada del mismo lugar donde comían los cerdos, y quizás contaminada por sus hocicos sucios, la devoraban con más gusto que los propios animales. Pero los cerdos, aunque considerados tontos, pronto idearon una estrategia: en cuanto les ponían las albóndigas en el comedero, las arrojaban al barro, fuera del alcance de los niños. Además, aprendieron a estar alerta, y si veían acercarse a los hambrientos aprendices, gruñían tan fuerte que el porquero

salía corriendo con un látigo. Así, esta fuente accidental de alimento pronto se acabó. Tal era la lucha que se libraba en la fábrica Litton, los aprendices medio muertos de hambre contra los cerdos bien alimentados. Le comenté a Blincoe que no parecía muy lógico robarles a los cerdos, ya que tarde o temprano serían sacrificados para alimentarlos. «¡Oh, se equivoca!», me respondió. «Estos cerdos se engordaban para la mesa del amo o se vendían en Buxton. A nosotros solo nos daban el tocino más barato y de peor calidad, traído de Irlanda».

En la fábrica de Litton había una pequeña lechería, pero toda la mantequilla se enviaba a la casa del amo. A los aprendices solo les daban suero de leche, y en cantidades miserables. Una vez a la semana, se les repartía una cucharada de harina para lavarse, en lugar de jabón, pero en nueve de cada diez casos, se la comían de hambre y usaban barro o arena para limpiarse. Así de terrible era el hambre que sufrían estos niños en la fábrica. Sería arriesgado intentar calcular cuántas veces Blincoe tuvo que trabajar desde las cinco de la mañana hasta medianoche durante su servidumbre. Según su testimonio, corroborado por otros, esto ocurría con frecuencia, especialmente los sábados. En la mayoría de las fábricas, los hiladores adultos terminaban ese día a las cuatro de la tarde, pero donde había aprendices de hospicio, el trabajo se extendía no solo hasta la medianoche, sino hasta las seis de la mañana del domingo. Un esfuerzo tan incesante dejaba a la mayoría de los aprendices en un estado de agotamiento extremo, incapaces incluso de aprovechar las rudimentarias lecciones del analfabeto que hacía de maestro los domingos, o de concentrarse en el culto religioso cuando se les permitía asistir. Nada era más desolador que el aspecto de estos niños sufrientes, estos desamparados, ni más desgarrador que los lamentos de los más peque-

ños, a quienes ni siquiera la familiaridad con el vicio y la miseria había endurecido del todo.

Un herrero llamado William Palfrey, que trabajaba en una habitación bajo la de Blincoe, solía escuchar los gritos de los niños, castigados casi sin cesar por los capataces. Según Blincoe y otros testigos, la sangre humana a veces corría del piso superior al inferior, derramada por estos crueles amos. Incapaz de soportar los alaridos, Palfrey golpeaba el techo con tanta fuerza que levantaba las tablas y gritaba: «¡Qué vergüenza! ¿Están asesinando a los niños?» Palfrey llegó a advertirle al señor Needham: «No seguiré en esta fábrica si permiten estas crueldades». Mientras estuvo allí, su humanidad frenó en parte la brutalidad de los capataces. Pero a las siete de la tarde se iba a su casa, y en cuanto Woodward, Merrick y Charnock se aseguraban de su ausencia, descargaban su furia sin control: ojos morados, cabezas sangrantes, golpes sin motivo. «¡Ahora veréis que el viejo Palfrey no está aquí para protegeros!», les decían. Para retrasar el castigo, los niños a veces inventaban que «Palfrey y el carpintero trabajarán toda la noche», y con esta artimaña lograban escapar alguna que otra vez. Pero al final, la tiranía siempre volvía en cuanto el herrero se marchaba.

Ocurrió un día, cuando Blincoe tenía unos doce años, que fue a la oficina, como era costumbre cada vez que se terminaba una tanda, y mientras estaba allí, llegó otro aprendiz llamado Isaac Moss. En el suelo había una lata de melaza con unos 14 kilos del dulce líquido. La vista llamó la atención de Blincoe, que susurró: «Moss, ¡ahí está la lata de melaza que trajeron de Tideswell!». «¡Ah, sí!», exclamó Moss. «No tengo cuchara», dijo Blincoe. «Yo tengo dos», respondió Moss, metiendo la mano en su pecho y sacando el cuenco de una cuchara de hierro y otra que guardaba

para un compañero. Sin pensarlo dos veces, se sentaron en el suelo, frente a frente, con la lata entre ellos, y comenzaron a devorar la melaza a toda velocidad. Blincoe tenía una boca grande y en buen estado, pero el capataz William Woodward, hermano del cruel Robert Woodward, había golpeado a Moss en la boca con un palo grueso, dejándole la cara tan hinchada que apenas podía abrirla. Así que Blincoe tragaba al menos tres cucharadas por cada una de Moss. Mientras los dos muchachos, absortos en su festín, seguían llenándose la boca, el enemigo se acercó sigilosamente, sin que lo oyeran. Era una noche oscura, pero el fuego de la oficina iluminaba el lugar, y a través del cristal sobre la puerta, Woodward, ese espectro siniestro, el terror de los aprendices, lo vio todo. Se quedó observándolos un rato y, de repente, se abalanzó sobre ellos como un gato sobre ratones robando queso. Blincoe, más ágil con los pies que con la cuchara, tras recibir unos cuantos golpes y patadas, logró escapar corriendo hacia la fábrica, dejando a Moss a merced del furioso William Woodward.

A las diez de la noche, la campana de la fábrica sonó y Blincoe se dirigió a la casa de los aprendices, temblando de miedo, buscando con la mirada entre los demás a su compañero Moss. Pero Moss no estaba. Poco después, llegó una orden de Woodward: el encargado de los aprendices debía llevar a Blincoe ante él. Richard Milner, el entonces supervisor, un hombre corpulento y mayor, le preguntó: «¿Qué has hecho, *Párroco*?», así le llamaban a Blincoe. «Nada», respondió el muchacho, pero su voz temblorosa y sus piernas quebradizas desmentían sus palabras. Y allá fueron. Al llegar a la oficina, encontraron a Moss plantado en un rincón, con la boca y mejillas embadurnadas de melaza. Woodward, con voz ronca, espetó: «¿Así que tú también has estado comiendo esta melaza?, «Solo un poco, señor», balbuceó Blincoe.

Y entonces comenzó la paliza. Woodward, un hombre de dos metros de altura, con brazos largos, manos gigantescas y una fuerza brutal, le soltó una bofetada tras otra, hasta que Blincoe gritó pidiendo clemencia, prometiendo no volver a robar melaza jamás. Cuando por fin se cansó de golpearlo, Woodward rugió: «¡Malditos granujas! Si no se terminan toda esta melaza ahora mismo, ¡los mato aquí mismo!». Para Blincoe, aquello fue música para sus oídos. Nunca antes le habían dado una orden tan dulce. Milner mandó traer dos cucharas largas de su cocina y, entre maldiciones, Woodward les ordenó empezar. Moss, que ya había sido golpeado salvajemente en ausencia de Blincoe, salió arrastrándose de su rincón. Los dos muchachos se arrodillaron de nuevo frente a la lata, cada uno a un lado. Blincoe llevaba ventaja: la boca de Moss, aún hinchada y dolorida por la paliza anterior, apenas podía abrirse, mientras que él devoraba cucharadas enteras sin parar. Moss, frustrado, miraba con resentimiento a su compañero, como temiendo que se lo comería todo.

Mientras tanto, Milner y Woodward se reían junto al fuego, observando la escena y esperando que los chicos pidieran piedad por el empalago. Pero Blincoe seguía comiendo con maestría, mientras que a Moss se le escurría la melaza por la barbilla. Woodward, exasperado, rugió: «¡Si no abres más el hocico, te lo abro yo, maldito!». Moss tembló, pero no dijo nada. Y Blincoe, aprovechando el momento, parecía ganar energía con cada cucharada, en lugar de aflojar. Woodward, cada vez más frustrado, se levantó para inspeccionar y, para su asombro, ¡vio que el pequeño *Párroco* casi había vaciado la lata! El muchacho, que no era mucho más alto que el recipiente, no mostraba ni un ápice de saciedad. Woodward no podía creerlo. Su castigo se estaba convirtiendo en un festín.

Indescriptiblemente furioso por haber sido burlado así delante del supervisor, Woodward rugió con voz tremenda: «¡Maldita su sangre, se van a comer todo! ¡Alto, malditos granujas, o los mato aquí mismo!». En un instante, Blincoe interrumpió su banquete y se lamió los labios y la cuchara, como demostrando que aún tenía apetito. Milner y Woodward revisaron entonces la lata y descubrieron que, de las catorce libras originales, ¡no quedaban ni tres! Milner se rió descontroladamente de Woodward, burlándose del *delicioso castigo* para los ladrones de melaza. Woodward, exasperado, ordenó a Samuel Brickleton, otro capataz, que esposara a Moss y Blincoe juntos, había grilletes y cadenas de sobra en la fábrica Litton, y los obligó a cargar la lata de vuelta a la casa de los aprendices.

Sin embargo, al llegar a la puerta, Blincoe, de manos pequeñas, logró zafarse astutamente de las esposas y escapó corriendo hacia el dormitorio, dejando a Moss solo con la lata. Brickleton, sin darse cuenta al principio, entró en la cocina donde vivía el supervisor y, al ver solo a un prisionero, gritó: ⟪¡Eh! ¿Dónde está el *Párroco*?». Moss, resignado, respondió: «Creo que se fue al dormitorio». Brickleton examinó las esposas, perplejo al ver que seguían cerradas y sin entender cómo diablos Blincoe había escapado. Entonces, la bondadosa señora Milner, sabiendo que a Blincoe le debían un cuarto de penique por trabajar durante la hora de comer, propuso descontarle ese dinero para pagar la melaza que Woodward lo había obligado a tragar bajo amenaza de muerte. ¡Tal era la *justicia* que reinaba en la fábrica Litton. Esa noche, como castigo por su suntuosa cena de melaza robada, a Blincoe se le prohibió acostarse en su cama. Y así, en pleno invierno, tuvo que pasar la noche tendido en el frío suelo de piedra, con el estómago pesado pero el cuerpo helándose.

Este aspecto requiere una explicación sobre la compensación que el dueño daba a los aprendices por trabajar durante su hora de comida. Esta hora solía consistir en cuarenta minutos, cuando no más. Para convencerlos de trabajar sin pausa, el patrón les prometía tres peniques por semana si trabajaban durante todo ese tiempo. Así, tenían que comer sobre la marcha, sin cuchara, cuchillo ni tenedor, usando sus dedos sucios y manchados de aceite. Se les obligaba a permanecer de pie desde las cinco de la mañana hasta las nueve, diez, e incluso las once de la noche. Los sábados, a veces hasta la medianoche, porque el domingo era día de descanso, ¡como si un solo día bastara para recuperarse!. A menudo, aunque muriéndose de hambre, ni siquiera encontraban tiempo para comer y llevaban su comida de vuelta por la noche, cubierta de suciedad y residuos de algodón. Pero esta *generosidad* no duró mucho. El medio penique se redujo a un cuarto, y ese cuarto se retenía hasta acumular varios chelines. Luego, cuando al amo le parecía, soltaba un chelín o dos, y nadie se atrevía a reclamar más. Algunos, si los capataces así lo decidían, trabajaban la hora de comida sin pago alguno, y sus compañeros les traían la comida, cuando no les robaban una parte.

Con las pocas monedas que lograban juntar, los pobres aprendices compraban panecillos de trigo y arenques salados, que para ellos eran manjares exquisitos. Tan miserable era su alimentación habitual que, cuando le daban unas monedas a Palfrey (el herrero) para que les trajera esos ansiados alimentos, decían a sus compañeros: «El viejo Palfrey me traerá un panecillo y un arenque por la mañana. ¡Oh, cómo los devoraré!». Soñaban con esos festines imaginarios y hasta hablaban de ellos en voz alta mientras dormían. Cuando Palfrey llegaba, si se atrevían, salían a recibirlo en las escaleras o lo seguían hasta su taller, preguntando en

un susurro ansioso: «¿Trajiste mi panecillo y mi arenque?». «Sí, muchacho», respondía Palfrey, extendiendo los ansiados alimentos. Los arrebataban con avidez, el primer bocado se llevaba la cabeza o la cola del arenque, según lo que tocara primero, mientras escondían el panecillo en el pecho, al trabar con la camisa abierta y sin chaqueta. Los más pobres, sin un penique que gastar, intentaban arrebatar un trozo a escondidas o mendigar una porción. Si el afortunado accedía a compartir, apretaba el arenque con tanta fuerza que solo se podía morder un bocado minúsculo sin llevarse también los dedos del dueño. Así, el festín terminaba rápido, sin saciar ni remotamente su hambre.

Una vez, por un golpe de suerte extraordinario, Blincoe consiguió un chelín y decidió darse lo que él llamó «un banquete de verdad». Le pidió a Palfrey seis panecillos de trigo y media libra de mantequilla; como trabajaba como *stretcher* (estirador), tenía más libertad para comer sin ser visto. Uno a uno, sacó los panecillos de su pecho, los colocó sobre el marco de la máquina y untó la mantequilla con un trozo de hierro plano. Después de darles una pequeña porción a dos compañeros, devoró el resto. Pero la cantidad y la calidad inusuales casi lo enfermaron. Ese día, no tuvo apetito para la cena, así que se la cedió a otro aprendiz, que prometió devolverle el favor «cuando a él se le quitara el hambre». Así eran los *acuerdos* que estos niños miserables hacían sobre su comida, negociando futuras raciones como si fueran monedas de cambio en un mundo donde hasta el hambre era un bien escaso.

Si Blincoe llegaba a ver hojas frescas de col, cáscaras de papa o nabos tiradas en el estercolero, bajaba corriendo con un cubo lleno de basura como excusa y, mientras arrojaba la suciedad al montón, recogía ávidamente los desperdicios, los guardaba en su

camisa o en el cubo y los llevaba a la fábrica. Allí los limpiaba lo mejor que podía y se los comía con avidez. En otras ocasiones, cuando les servían pudines de arroz hervidos en bolsas para la cena —el arroz era de muy mala calidad y estaba lleno de gusanos grandes—, Blincoe, incapaz de soportar esa comida, solía adentrarse en uno de los bosques cercanos a la fábrica y recoger lo que los niños llamaban *pan y queso*, es decir, escaramujos y sus hojas, trébol u otras hierbas. Llenaba su pecho, volvía corriendo a la fábrica y se comía aquella basura en lugar del asqueroso arroz, al que no se le añadía suero de leche, leche, melaza ni siquiera un poco de sal.

Entre los castigos más singulares que se infligían a Blincoe estaba el de atornillar pequeños tornillos de banco de aproximadamente una libra de peso a su nariz y orejas, uno en cada parte. Estos instrumentos permanecían sujetos mientras trabajaba, a veces durante horas seguidas. Los principales responsables de esto eran Robert Woodward, Merrick y Charnock. De estos pequeños déspotas, Merrick era el más imperdonable, pues él mismo había sido un aprendiz del hospicio y debería haber tenido más compasión. Este Merrick era un estirador, y Blincoe, cuando tenía unos 11 o 12 años, solía trabajar en su lugar mientras Merrick comía. Por amabilidad, o porque no podía terminárselo, Merrick a veces dejaba una pequeña parte de su ración y le decía a Blincoe que fuera a comerla.

Los lunes, era costumbre darles a los niños pan con melaza y un caldo de nabos hecho el día anterior, que generalmente apestaba tanto que la mayoría de los pobres muchachos solo podían comer el pan de avena, pues el caldo era repugnante. Cada vez que Merrick dejaba un trozo de pan con melaza en la ventana, Blincoe corría ansioso hacia el premio y lo devoraba vorazmente.

Un lunes, este capataz, un explotador despiadado, envió a Blincoe a la sala de cardado a buscar una cesta de mechas, un trayecto de cuatro o cinco pisos de altura y con una carga bastante pesada. Mientras Blincoe estaba fuera, Merrick untó alquitrán en el pan de avena y lo dejó en la ventana, como de costumbre. Cuando Blincoe regresó, el bruto le dijo: «Ve y come lo que está en la ventana». Blincoe, al ver lo que creía que era mucha melaza en el pan, se sorprendió, pues Merrick solía lamerlo hasta dejarlo limpio, y para su amarga decepción, descubrió que no era melaza, sino alquitrán. Incapaz de soportar el asqueroso bocado, Blincoe lo escupió, mientras Merrick se reía de él y le decía, «¿Por qué diablos lo escupes?». El pobre Blincoe, sacudiendo la cabeza, respondió, «Ya lo sabes». Dejó el resto del pan embreado en la ventana, y su compañero, Bill Fletcher, un pobre muchacho ya fallecido que venía de Peak Forest, lo tomó, raspó el alquitrán lo mejor que pudo y se lo comió, aparentemente con buen apetito. Hasta tales extremos los llevaba el hambre, se sabía que los aprendices sacaban nabos del retrete, donde otros, que los habían robado, los escondían, y después de lavarlos, se los comían enteros, considerando incluso un desperdicio pelarlos.

El herrero Palfrey, tenía la tarea de colocar grilletes a los aprendices que los amos ordenaban, y eran muy similares a los que usualmente se ponían a los criminales. Incluso a las jóvenes, si se sospechaba que intentaban huir, se les colocaban grilletes en los tobillos, unidos por largas cadenas y anillos que llegaban hasta las caderas, y con estos debían caminar desde y hacia la fábrica para trabajar y dormir. Blincoe afirma que conoció a muchas chicas tratadas de esta manera. Una joven de buena apariencia, de unos veinte años, originaria de los alrededores de Cromford y llamada Phebe Rag, llevada a la desesperación por los malos tra-

tos, aprovechó un momento durante la hora de la comida, cuando estaba sola y creyó que nadie la veía, para quitarse los zapatos y arrojarse al embalse, al final del puente, cerca de la casa de los aprendices. Alguien que pasaba por allí, al ver un par de zapatos, se detuvo. La pobre chica ya se había hundido una vez, y justo cuando salió a la superficie, la agarró por el cabello. Blincoe cree que fue Thomas Fox, el supervisor que sucedió a Milner, quien la rescató. Estaba casi sin vida, y costó bastante salvarle. Cuando el señor Needham se enteró, y temiendo que el ejemplo pudiera ser contagioso, ordenó a James Durant, un hilandero que también había sido aprendiz allí, que la llevara con sus familiares en Cromford, ¡así logró escapar!

Cuando el tiempo de servidumbre de Blincoe estaba por terminar, él y otros tres, William Haley, Thomas Gully y John Emery, los supervisores, tomaron la decisión de salir de la fábrica a una hora fija, con la intención de no trabajar tantas horas. Sin embargo, según el relato de Blincoe, ni él ni sus compañeros habían oído hablar hasta entonces de ninguna ley que regulase las horas de trabajo de los aprendices en las fábricas de algodón, ¡ni siquiera sabían lo que significaba una *ley del parlamento*, tal era la ignorancia en la que habían crecido! Blincoe y sus compañeros rebeldes, tras abandonar el trabajo después de catorce horas de labor, se dirigieron a la casa de los aprendices. Ante esto, el gerente, William Woodward, envió un mensaje urgente al amo, el señor Needham, que se encontraba en Highgate Wall,[13]

[13] Hargate Wall Hall, la mansión construida por el padre de Ellice Needham, dueño de la fábrica de Litton, cerca de Tideswell. Cuando los Needham enfrentaron dificultades financieras, a principios del siglo XIX, la familia perdió la propiedad debido a la bancarrota.

una mansión solitaria a unas cuatro millas de distancia. Las órdenes que llegaron fueron expulsar a los cuatro de la casa esa misma noche, ¡sin darles provisiones!

Una vez expulsados, Blincoe consiguió alojarse con Samuel Brickleton. Uno o dos de sus compañeros durmieron en el bosque, que por suerte estaba en época de heno. Sin embargo, la hospitalidad de Brickleton no incluía comida, y como Blincoe no había comido desde el mediodía del día anterior, amaneció con un hambre feroz, y no tenía qué llevarse a la boca. Alrededor de las nueve, los cuatro, siguiendo las órdenes recibidas la noche anterior, se presentaron en la oficina de la fábrica. El señor Needham estaba de un humor terrible. En cuanto vio entrar a Blincoe, le arrancó el chaleco y la chaqueta y comenzó a golpearlo con su grueso bastón, que pronto se rompió por los fuertes golpes que descargó sobre la cabeza y los hombros del pobre muchacho, mientras juraba, «Te echaré a patadas, maldito granuja». En cuanto pudo escapar, Blincoe corrió a su puesto de trabajo, mientras que Haley y Emery, que también eran aprendices como él, recibieron su parte de la furia del amo.

Al mediodía, Blincoe fue corriendo a la casa de los aprendices, pues llevaba veinticuatro horas sin comer. Tras devorar su ración en minutos, salió a toda velocidad, sin sombrero, chaqueta ni chaleco, con la cabeza y el cuerpo llenos de moretones, hacia la residencia de un magistrado llamado Thornelly, que vivía en Stanton Hall, un lugar a unas seis millas más allá de Bakewell y once de la fábrica Litton. Por aquel entonces, vivía en Ashford, a unas cuatro millas de la fábrica, un hombre llamado Johnny Wild, un tejedor de medias que había sido supervisor de Blincoe cuando este llegó por primera vez a la fábrica Lowdham.

Lleno de la dulce esperanza de convertirse de inmediato en un caballero, el pobre Blincoe, que ahora tenía veinte años, se dirigió hacia allí. Johnny Wild estaba sentado en su telar, tejiendo medias, y se sorprendió al ver a Blincoe llegar corriendo a la puerta como una fiera, con el terror reflejado en su rostro y empapado en sudor, sin sombrero, chaqueta ni chaleco. Blincoe le contó el trato cruel que había recibido y las heridas y moretones que acababa de sufrir, que eran claramente visibles. Wild y su esposa parecieron conmovidos por la penosa situación de Blincoe: le dieron un tazón de leche con pan, le prestaron un sombrero y le indicaron el camino. Así, repuesto, el fugitivo partió de nuevo, corriendo tan rápido como podía, mirando con frecuencia hacia atrás. Al pasar por Bakewell, Blincoe consideró que era mejor reducir la velocidad, por temor a que algún miserable codicioso, sospechando que era un aprendiz escapado de la fábrica Litton, lo capturara con la esperanza de recibir una recompensa de media corona y lo devolviera a su prisión. Mientras avanzaba, muchos parecían observarlo con atención, pero nadie lo detuvo.

Alrededor de las seis de la tarde, exhausto y fatigado, llegó a la casa del señor Thornelly. Ocurrió que el magistrado estaba cenando, pero una persona a su servicio, al enterarse de que Blincoe buscaba reparación por la violencia sufrida, se acercó al suplicante en el patio y le preguntó: «—¿A quién buscas? —Al señor Thornelly. —¿Para qué? —Soy un aprendiz de la fábrica Litton. Mi amo me ha golpeado brutalmente. ¡Mire mi camisa! —No importa, no importa, no puedes ver al señor Thornelly hoy, está cenando. Mañana habrá una sesión de magistrados alrededor de las once en la mañana, en la posada Bull's Head, frente a la iglesia en Heam. Debes ir allí». Este lugar quedaba a unas cinco millas de la fábrica Litton, en el camino a Sheffield. Al ver que no podía hacer

nada en Stanton Hall, el pobre Blincoe comenzó a retomar sus cansados pasos de regreso a la fábrica Litton. De vuelta, pasó por la casa de Johnny Wild, quien le permitió descansar, pero no pudo ofrecerle comida, pues, al tener una familia numerosa y ser pobre, no tenía nada que sobrara. Blincoe le devolvió el sombrero y llegó a la casa de los aprendices entre las nueve y las diez, justo cuando estaban dando por terminada la jornada.

William Woodward, el administrador, cuyos golpes y bofetadas habían caído incontables veces sobre el pobre Blincoe, fue el primero en abordarlo. Con un tono apenas más amable que el de un oso acorralado y una expresión mucho más salvaje, le dijo: «—¿Dónde has estado? —Con el señor Thornelly. —"Mañana te daré tu Thornelly», dijo, y se alejó. Sin saber qué le depararía el día siguiente, Blincoe pidió su ración de gachas aguadas, que, después de un viaje de veintidós millas, le supo a manjar. Luego se retiró a su cama, rogando a Dios que acabara con su vida o aliviara su sufrimiento, una plegaria común en la fábrica Litton. A pesar del dolor, logró dormir, pero boca abajo, ya que su espalda, demasiado magullada, no soportaba estar de espaldas ni de costado. Por la mañana, se levantó y volvió al trabajo de estiramiento.

Entre las siete y las ocho de la mañana, Blincoe vio desde la ventana de la fábrica a Woodward dirigirse a la casa de los aprendices. Aprovechando esta oportunidad, sin esperar a desayunar, Blincoe emprendió de nuevo la marcha, aún sin sombrero, chaleco ni chaqueta, hacia Heam, para exponer a los magistrados los maltratos que había sufrido. El día estaba despejado. El heno cubría los campos y, por miserable que fuera el pobre Blincoe, no pudo evitar deleitarse con el aire puro y el paisaje pintoresco. Gracias a su rapidez, llegó a Heam con hora y media de antelación. Para distraerse, entró en el cementerio.

Cuando por fin llegaron los magistrados, a cuyas manos acudía en busca de justicia, Blincoe se presentó en el Bull's Head. El secretario era un abogado llamado Cheek, residente en Whetstone-Hall, una mansión a media milla de Tideswell. Blincoe comenzó a desahogar sus penas con este hombre, y en el ardor de su discurso, temiendo que el abogado no captara cada palabra, el semidesnudo Blincoe se acercó cada vez más. Pero el señor Cheek, repelido por el denso olor a aceite, grasa y suciedad que emanabal, exclamó, «Basta, basta, te oigo bien. No hace falta que te acerques tanto. ¡Retrocede». El pobre Blincoe, no poco mortificado, obedeció. Para cuando terminó su triste relato, la mayoría de los magistrados ya habían llegado. El señor Cheek, secretario del tribunal, les leyó el documento que, supuso Blincoe, contenía su declaración. Acto seguido, lo tomaron juramento. Uno de los magistrados, Blincoe cree que fue un tal señor Middleton de Leam Hall, preguntó, «¿Dónde está el señor Needham? —Hoy martes ha ido al mercado de Manchester», respondió Blincoe. Esto evitó que enviaran a un mensajero a caballo a buscarlo. Entonces, otro magistrado le ordenó, «Vuelve directamente a la fábrica, a tu trabajo. ¡Oh, señor! él me *curtirá*—es decir, que el señor Needham lo volvería a golpear— ¡Oh, no! No se atreverá, no se atreverá—repuso el magistrado». Alguien sugirió entonces enviar una carta al señor Needham, cuya temida presencia Blincoe no deseaba volver a enfrentar. Blincoe no recuerda quién la escribió, pero cree que fue el señor Middleton, que añadió: «Si te *curte*, ven a verme». Este caballero vivía a unas ocho millas de la fábrica Litton.

Con este poderoso talismán en su poder, Blincoe regresó directamente a la fábrica y, acercándose con determinación a Woodward, el administrador, anunció: «Aquí hay una carta para

el señor John Needham», refiriéndose al hijo del antiguo amo, que ahora residía en Tideswell. Blincoe informó a Woodward que había estado en una audiencia con los magistrados en Heam y que, como uno de ellos había enviado la carta, Woodward no se atrevió a ponerle las manos encima. Ese día, el pobre Blincoe tuvo que ayunar hasta la noche, completando así otra jornada entera de hambre.

El miércoles, John Needham regresó del mercado de Manchester y se presentó, como de costumbre, en la fábrica Litton. La carta, de la que Blincoe esperaba resultados favorables, fue entregada al joven patrón por William Woodward. Needham rompió el sello, la leyó y ordenó que llamaran a Blincoe fuera de la fábrica. Obediente pero temblando de miedo, Blincoe se presentó ante su amo, cuyo rostro salvaje delataba sus intenciones antes de que hablara. Sus primeras palabras fueron, «¡Quítate la camisa, maldito granuja». Blincoe obedeció, aunque su cabeza y espalda aún estaban llenas de heridas. John Needham comenzó entonces a azotarlo con un fuerte látigo de caballo, descargando golpes con toda su fuerza dondequiera que pudiera alcanzar. Fue inútil que Blincoe suplicara clemencia, inútil que prometiera nunca más acudir a un magistrado por ningún motivo. John Needham continuó azotándolo, blasfemando horriblemente y amenazando con furia, haciendo pausas entre golpes hasta que quedó plenamente satisfecho con su sentido de justicia. Luego abrió la puerta y, diciendo: «¿Así que volverás a hacerlo?», ordenó a Blincoe que se pusiera la camisa y regresara al trabajo. Blincoe se fue, apenas capaz de mantenerse en pie y cubierto de nuevos moretones de pies a cabeza. Ni siquiera esta horrible paliza logró quitarle el apetito a Blincoe, ni su determinación de buscar justicia ante los magistrados.

Así, la noche del domingo siguiente, cuando algunos de los aprendices tenían permiso para salir del recinto, Blincoe aprovechó la oscuridad para escabullirse. Agachado casi a gatas, salió arrastrándose sin ser visto. Poco después, se dio la orden de cenar. Cada aprendiz, hombre o mujer, conocía su lugar. En dos minutos, doscientos seres medio famélicos estaban sentados. Se pasó lista para comprobar que nadie faltaba, y entonces notaron la ausencia del pequeño *Párroco*. El supervisor Thomas Fox, al enterarse, llamó al guardián de la puerta, que juró vehementemente que no había dejado salir a Blincoe y que este no había pasado por allí. Se realizó una búsqueda exhaustiva por todas las habitaciones y dependencias, pero no hubo rastro del muchacho. Mientras tanto, Blincoe, una vez fuera de los odiados muros, subió corriendo por Slack, una empinada colina cercana a la fábrica, y se dirigió a toda prisa a Litton. Fue a la casa de Joseph Robinson, un carpintero que trabajaba en la fábrica Litton y que lo conocía desde la fábrica Lowdham. Robinson, consciente de las crueldades que Blincoe había sufrido y compadeciéndose de su estado, le dio una buena cena y lo dejó dormir con sus hijos. Por la mañana, Robinson, un hombre realmente humano y amigo de los niños pobres,le dio pan y carne, advirtiéndole que no revelara dónde había dormido.

A las seis de la mañana, Blincoe partió hacia la casa del señor Middleton. La mañana era lluviosa, y Blincoe iba sin sombrero, chaqueta ni chaleco, con ocho millas por delante en busca de justicia. Llegó mucho antes de la hora en que el magistrado solía recibir. Finalmente, el señor Middleton se levantó, y Blincoe, acercándose arrastrándose como un perro apaleado, dijo, «Señor, he vuelto. El señor Needham me ha golpeado peor que nunca en cuanto leyó su carta». Al ver el estado miserable de Blincoe, em-

papado por la lluvia y semidesnudo, el señor Middleton dijo, «Ve a la cocina y descansa. No deberías haber venido aquí primero; debiste ir a ver al señor Cheek, en Whetstone Hall, y él te habría dado una citación». El pobre Blincoe respondió con tristeza, «Ay, señor, él no hará nada por mí. Es muy cercano a mi amo, a menudo beben juntos». «¡Bah, bah!—dijo el magistrado—. Tiene que escucharte, está obligado». Pero luego, como recordando algo, añadió, «Espera, te escribiré una carta para el señor Cheek». En la cocina del magistrado, Blincoe recibió pan y queso, un verdadero lujo, aunque sin cerveza. Así repuesto, emprendió de nuevo el camino hacia la casa del señor Cheek, a unas once o doce millas de distancia, todavía sin sombrero y vestido solo con pantalones y zapatos, bajo una lluvia torrencial.

Cuando Blincoe llegó a Whetstone Hall, una de las primeras personas que vio fue una mujer llamada Sally Oldfield. Su difunto esposo, Thomas Oldfield, había sido supervisor de los aprendices en la fábrica Litton. Ahora ella era ama de llaves de los señores Shoro y Cheek. Estos caballeros eran amigos íntimos y visitantes frecuentes del señor Needham. Sally, al conocer a Blincoe, exclamó, «¡Eh, *Párroco*! ¿Qué haces aquí? —Tengo una carta del señor Middleton para el señor Cheek. —¡Eh!— repitió la pequeña Sally— ¿Vas a ir contra tu amo?». Blincoe le contó que sí y lo cruelmente que lo habían tratado. Sally no entendía por qué tenía derecho a quejarse y dijo, «¡Eh! No deberías ir contra tu amo». Diciendo esto, lo llevó a la cocina, le dio pan, queso en abundancia y buena cerveza, y luego añadió, «*Párroco*, nunca debes ir contra tu amo. ¿Qué os dan de comer los lunes? ¿Ahora tenéis melaza? —No, solo pan seco y caldo. —¡Ah! —continuó—. La melaza es muy cara». Blincoe apenas pudo evitar sonreír al recordar el festín de la lata de melaza, pero no dijo nada. Y nadie más se acercó a él.

Allí permaneció Blincoe hasta la noche, cuando empezó a pensar que los magistrados se estaban burlando de él. Llegó a la conclusión de que no había utilidad en esperar justicia ni posibilidad de obtener reparación. Jamás volvería a quejarse. Siete horas estuvo Blincoe sentado en la cocina del abogado Cheek sin que nadie le prestara la menor atención a él o a su carta. Finalmente, emprendió el solitario camino de regreso a la fábrica y llegó justo cuando terminaba la jornada. Se dirigió directamente a Woodward y le contó adónde había ido, ocultando la convicción que ahora sentía: que era imposible obtener justicia. Con lágrimas y lamentos, le suplicó al tirano que intercediera para evitar que lo azotaran nuevamente, prometiendo que nunca más intentaría escapar. «Si puedo, lo haré bajo estas condiciones», dijo Woodward.

Y desde ese día, Blincoe no recordó haber recibido ni azotes ni golpes. Sin embargo, seguía sin saber que existiera una ley del Parlamento para proteger a huérfanos pobres como él. Sabía que los magistrados visitaban la fábrica, pero no tenía idea clara de que fueran allí para escuchar quejas. El terror entre los ignorantes aprendices era tan grande que nadie se atrevía a protestar, y Blincoe no recordaba que los magistrados se tomaran ninguna molestia más allá de recorrer superficialmente la fábrica. Todo estaba cuidadosamente preparado de antemano: los lisiados más graves eran escondidos, los magistrados no los veían, y nunca lograban descubrir nada malo ni escuchar a una sola persona con quejas.

Cuando Blincoe tenía unos doce o trece años, recordaba claramente a un aprendiz casi adulto que perdió la vida intentando escapar. Había atado varias mantas o sábanas para descolgarse desde la ventana de su dormitorio, a tres o cuatro pisos de altu-

ra, pero la cuerda se rompió, cayó al suelo y quedó tan malherido que murió poco después. Blincoe creía que algún cirujano o médico lo atendió, pero no recordaba en absoluto que se hubiera realizado una investigación forense.

Además de los castigos ya mencionados, Robert Woodward y otros supervisores lo habían pateado escaleras abajo en más de una ocasión. Otras veces, lo agarraban del pelo y lo arrastraban por toda la habitación, arrancándole mechones de cabello a puñados hasta dejarlo casi calvo. Todos los castigos que sufrió también se infligieron a otros, en algunos casos con mayor severidad. Incluso consideraba que él había salido relativamente bien librado en comparación con muchos compañeros que, estaba convencido, habían perdido la vida en la casa de los aprendices a causa de los malos tratos, la comida escasa y podrida, y el trabajo excesivo.

Capítulo VI

Blincoe permaneció en la fábrica de Litton un año después de recibir sus documentos de emancipación, no por gusto, sino para juntar algo de dinero antes de partir. Sus salarios eran de apenas cuatro chelines y seis peniques por semana, que debían pagarse mensualmente; pero mes tras mes pasaba sin que hubiera un pago honesto, solo evasivas y engaños. El primer dinero que recibió fue de dieciocho chelines y seis peniques, y al tener esa suma en sus manos, ¡se sintió increíblemente rico. No sabía muy bien qué hacer con ella. Hasta le quitó el hambre el nerviosismo. Cuando se calmó un poco, dedicó unos pocos chelines a comprar algunos manjares, como panecillos de trigo y arenques. Luego siguió trabajando y viviendo como los demás, hasta que su patrón le debía casi medio año de salario. Cuando llegó el día de pago, recibió cerca de treinta chelines, pero el resto fue retenido. Al ver que su futuro no ofrecía más que esclavitud perpetua para un amo despiadado, Blincoe decidió marcharse.

Y así, durante la feria de Tideswell, que se celebra el quince de mayo, puso su plan en acción. No sabía adónde ir, pero a la mañana siguiente partió sin rumbo fijo. Cuando llegó a Chapel-en-le-Frith, decidió visitar a una famosa adivina llamada la vieja Beckka. Vivía en una humilde casa trasera, una criatura demacrada, de tez oscura y aspecto horrendo, sumamente anciana, con una larga barba y vestida como alguien de tiempos remotos. Su nombre era muy influyente en todo Derbyshire. Tan famosa era la vieja Beckka que la gente acudía desde lejos, y se rumoreaba

que poseía tierras y casas. Nunca aceptaba menos de un chelín, ni siquiera de los más pobres de sus devotos. En la fábrica de Litton todos la conocían. Si algo era robado, Woodward, el administrador, o Gully, o uno de los supervisores, solían ir a Chapel-en-le-Frith a consultar a la vieja Beckka.

A esta sibila acudió Blincoe, sosteniendo un chelín entre el pulgar y el índice. Ella, comprendiendo al instante el motivo de su visita, primero tomó el chelín y luego dijo, «Siéntate». Blincoe estaba realmente aterrorizado. Hasta habría hecho equilibrio sobre su cabeza si se lo hubiera ordenado. Le habían contado que ella había hechizado a quienes intentaron engañarla u ofenderla, haciendo que perdieran el camino y atrayendo sobre ellos toda clase de desgracias. También le dijeron que damas y caballeros de alta alcurnia llegaban en carruajes desde Londres solo para conocer su destino. Todas estas historias agitaban su mente sencilla.

Apenas se hubo sentado, la bruja de Chapel-en-le-Frith puso en sus manos una taza de té común con algunos posos. «Agítala bien», ordenó Beckka. Blincoe obedeció. Luego, la oráculo escurrió el agua y, girando la taza una y otra vez, fingió leer su futuro en los sedimentos del fondo. Con una mirada salvaje, erguida sobre él, sus ojos parecían a punto de saltar de sus cuencas cuando exclamó con voz hueca y sepulcral, «Vienes de las afueras de Londres, ¿no es cierto? «Sí», respondió el asombrado Blincoe, «así es». «Llegaste en un carromato y has estado en un lugar rodeado de altos riscos y grandes aguas, donde te han tratado peor que a un canto rodado». La boca, los ojos y los oídos de Blincoe parecieron abrirse al unísono ante estas palabras. «Sí, sí, es verdad». Entonces ella continuó, «Tus penas están por terminar. Te elevarás por encima de quienes te han humillado. Verás su caída, y tu cabeza estará más alta que las suyas. ¡Pobre muchacho! Te-

rribles han sido tus sufrimientos, pero ascenderás en el mundo. Irás a otro lugar donde habrá una gran agua. Ve en paz, y que Dios prospere tus pasos».

Lleno de asombro y de una esperanza renovada, Blincoe se levantó y se marchó, haciendo al Sali una profunda reverencia a la vieja Beckka. Quedó convencido de que era una verdadera hechicera. El ingenuo no cayó en cuenta de que su vestimenta, su semblante pálido y salvaje, y el olor a fábrica de algodón que impregnaba sus ropas eran más que suficientes para que la adivina dedujera su pasado y presente, con los que fabricó fácilmente un futuro para su crédulo visitante. Blincoe pensó que había conseguido una historia muy corta a cambio de su chelín. Sin embargo, quedó más que satisfecho con su contenido, ya que le prometía, en términos categóricos, que se elevaría por encima de sus crueles opresores y se convertiría en un gran hombre. Lleno de estos pensamientos, caminó con paso ligero, sin cargar con mucho equipaje, todo su guardarropa lo llevaba puesto.

Al llegar a un cruce de caminos llamado Orange End, se encontró perplejo ante la disyuntiva de qué ruta tomar. La oráculo de Chapel-en-le-Frith no lo había preparado para este dilema ni le había indicado qué dirección seguir. Pero, sintiéndose aún bajo el influjo del oráculo y feliz de haberse alejado tanto de Litton, estaba convencido de que, fuera donde fuese y le ocurriese lo que le ocurriese, no podría topar con un lugar peor ni con una suerte más despiadada. Así que lanzó al aire un penique, haciéndolo girar sobre su eje, y decidió seguir la dirección en la que rodara.

La moneda lo guió hacia New Mills, en Derbyshire, pero allí no encontró trabajo. Siguió caminando hasta llegar a la fábrica de algodón del señor Oldknow, en Mellor. Se acercó con humildad a la oficina y preguntó con voz sumisa, «Por favor, señor, ¿podría

darme trabajo?». El encargado, el señor Clayton, un hombre que no carecía de amor propio, le espetó con brusquedad, «¿De dónde vienes?, —De la fábrica de Litton, señor. —¿Dónde están tus documentos de aprendizaje? —Aquí están, señor», dijo Blincoe, alzando los papeles. En la oficina, varios caballeros examinaron con atención los documentos y luego a Blincoe. Uno comentó, «¿Vienes del asilo de Pancras? —Sí, señor —¡Vaya, nosotros también somos de allí. Hace poco trajimos a varios niños a esta fábrica». Blincoe, compadeciéndose en silencio de esos pobres seres, pensó que habría sido más misericordioso matarlos allí mismo que enviarlos a un lugar como la fábrica de Litton, tal como él lo había vivido.

Mientras revisaban los nombres de los funcionarios y supervisores firmantes, uno de los oficiales de la parroquia de Pancras le dijo al señor Clayton, «Algunos de estos funcionarios ya han fallecido». Blincoe volvió a exclamar, «¡Vaya, señor!». Recordó las atroces mentiras y crueles engaños que aquellos hombres habían urdido en sus años de infancia, haciéndole creer que, al enviarlo a una fábrica de algodón, se convertiría de inmediato en un caballero, comería rosbif y pudín de ciruelas, montaría los caballos de su amo, llevaría un reloj en el bolsillo, tendría dinero de sobra y ¡nada que hacer! El pobre Blincoe no pudo evitar reflexionar, «¿Dónde habrán ido a parar las almas de esos hombres que, sabiendo la falsedad absoluta de sus seductoras promesas, me entregaron a un destino mucho más cruel que el destierro?».

Los supervisores, al observar las extremidades deformadas de este mártir de la economía parroquial, le preguntaron, «¿Cómo quedaste tan lisiado? No estabas así cuando saliste de Londres, ¿verdad? —No, señor. Me transfirieron, junto con los otros aprendices de la fábrica de Lowdham a la de Ellice Needham en la

fábrica Litton. —¿Cómo te trataban? ¿De qué vivías? —Gachas aguadas, una vez al día, a veces dos. Algunas noches solo patatas con sal. Nunca era suficiente, y la comida pésima. —¿Cuántas horas trabajabas? —Desde las cinco o a veces las seis de la mañana hasta las nueve, diez y media, incluso once. Los sábados hasta medianoche». Uno de los presentes anotó estas respuestas, pero sin comentar ni prestar atención a los hechos cruciales: que a Blincoe nunca le enseñaron el oficio prometido y que los funcionarios de Pancras lo habían abandonado a él y a sus desdichados compañeros cuando cerró la fábrica de Lowdham. El encargado ordenó que le indicaran a Blincoe dónde alojarse y le dijo que empezaría a trabajar al día siguiente. Temeroso de ofender con más preguntas, Blincoe no se atrevió a indagar sobre sus orígenes. Pero al instalarse en su alojamiento, intentó localizar a los funcionarios para interrogarlos., y al enterarse que ya se habían marchado, perdió la oportunidad. Esa noche, abrumado por amargas reflexiones, lloró a solas.

Al día siguiente comenzó a trabajar. El esfuerzo era tan extenuante como en Litton, pero la jornada era más corta: de seis de la mañana a siete de la tarde. Los aprendices que vio parecían contentos y saludables comparados con los de Litton. Desayunaban gachas de leche y pan de trigo, y todas sus comidas eran abundantes y nutritivas. Iban limpios, bien vestidos, y cada domingo acudían dos veces a la iglesia de Marple encabezados por el señor Clayton, su subdirector. A Blincoe le pareció que aquellos niños vivían en un paraíso comparado con los desgraciados de la fábrica Litton. Albergó la esperanza de que los recién llegados de Londres evitarían los horrores que él sufrió. Pero el oficio que supuestamente aprendió durante catorce o quince años no era tan lucrativo como la labranza. Mientras un buen peón agrícola

ganaba de dieciséis chelines a una libra semanal, el señor Oldknow solo le ofrecía once chelines.

Tras varios meses en la fábrica, Blincoe descubrió que, pese a realizar el mismo trabajo que cientos de aprendices con igual eficiencia, el señor Clayton le pagaba tres o cuatro chelines menos que a los demás. Solo podía atribuirlo a que, dado su estado lisiado, creían que no se atrevería a exigir igual salario. Así opera la mezquindad que gobierna estos establecimientos. Cuando un pobre desdichado llega lisiado de una fábrica y solicita trabajo en otra, en lugar de compadecer su estado y asignarle las labores más sencillas con mejor salario, la costumbre general es tratarlo con el mayor desprecio. Aunque puedan trabajar tan bien como cualquiera para sus amos —aunque no con la misma facilidad que quienes escaparon a la deformidad—, los patrones suelen reducirlos al nivel más bajo de explotación, y en muchos casos les pagan solo la mitad del salario normal.

Bajo este principio actuaron con Blincoe en la fábrica de Mellor. Pero como la miserable dieta de Litton lo había acostumbrado a vivir con tres chelines semanales, lograba ahorrar algo cada semana. Poseyendo un espíritu independiente y negándose a ganar menos que sus compañeros, una tarde se presentó en la oficina y, quitándose respetuosamente el sombrero, dijo al señor Clayton, «Señor, ¿tendría la bondad de aumentarme el salario?», Clayton se volvió bruscamente, «¿Aumentarte el salario? ¡Si solo te acepté por caridad! —Sin duda fue muy generoso de su parte, señor», respondió Blincoe, sabiendo perfectamente que trabajadores como él escaseaban, y que aquella *caridad* empezaba por conveniencia propia. Al oír el tono humilde pero irónico de Blincoe, pues poseía un agudo sentido del sarcasmo, Clayton contestó, «Bien, vuelve al trabajo. Lo consideraré».

En la fábrica pagaban quincenalmente. La siguiente noche de pago, Blincoe recibió trece chelines, ¡aún dos chelines menos que los demás obreros! Esto continuó unas semanas, hasta que un antiguo empleado solicitó su reincorporación. Entonces, el viernes de pago siguiente, le entregaron a Blincoe su salario con una orden de despido, a esto lo llamaban *recibir el costal*. Sorprendido y dolido, pues había trabajado impecablemente sin perder un minuto, Blincoe indagó y supo por fuentes confiables que lo despedían por haber solicitado un aumento y porque Clayton consideró que *se estaba aprovechando*. ¡Curiosa lógica! El señor Clayton parecía olvidar por completo la ventaja que él mismo había sacado inicialmente del pobre Blincoe. Herido en su orgullo cuando el joven reclamó justicia, aprovechó esta oportunidad para descargar su ira de mezquina manera. Y aunque la fábrica del señor Oldknow era un paraíso comparada con la de Ellice Needham en Litton, estas sombras demuestran cuán corrupto y vil es el espíritu del comercio, incluso en su mejor versión no puede resistir la tentación de aprovecharse de la miseria ajena.

Aunque el trato dado a los aprendices pobres de la parroquia era muy liberal en comparación con lo que habían sufrido en la fábrica Litton, los oficiales los controlaban de una manema muy estricta. Si llegaban solo dos o tres minutos después de que el reloj hubiera dado la hora, se les cerraba la puerta; y los que estaban dentro quedaban encerrados hasta la hora de comer. No solo se cerraban con llave las puertas exteriores de abajo, sino también todas las habitaciones de arriba. Había un portero cuyo deber era, unos minutos antes de las respectivas horas de salida, abrir las puertas, que volvían a cerrarse con llave en cuanto los trabajadores llegaban. En cada puerta había una pequeña abertura, lo suficientemente grande como para pasar una jarra de un

cuarto de galón, de modo que la comida traída por padres y familiares pudiera entregarse a los que estaban dentro, sin que a nadie se le permitiera entrar o salir. Y, por supuesto, los servicios higiénicos, estaban dentro de la misma sala donde trabajaba la gente. Tal era el rígido orden y la severa disciplina de uno de los patronos hilanderos de algodón más indulgentes.

El Sr. Oldknow hizo construir un camino desde la caseta de peaje hasta su fábrica, lo que acortaba un poco la distancia, y todo extraño o persona que no trabajara directamente en la fábrica y que lo usara tenía que pagar medio penique. Como el camino llevaba a New Mills y Mellor, esos trabajadores, al igual que todos los demás, también tenían que pagar medio penique. Se construyó una caseta de peaje y una barrera, y se dice que esta especulación, poco agradable con los vecinos, fue muy rentable.

Cuando Blincoe dejó este establecimiento, que parecía rivalizar con algunas de las fábricas más grandes de Manchester, tanto en su apariencia exterior como en magnitud, había logrado ahorrar la mayor parte de su salario. Con unas pocas libras en el bolsillo, sintió menos temor ante este trato duro e inesperado que si hubiera sido menos prudente y estuviera en la indigencia. Había servido fiel y diligentemente durante más de medio año, y una recomendación de un empleador tan respetable podría serle útil. Por lo tanto, se presentó una vez más ante el Sr. Clayton y, quitándose el sombrero y adoptando una actitud humilde y respetuosa, dijo con su habitual tono lento y lastimero, «¿Podría darme una recomendación, señor? —¡Oh no, no! —respondió el administrador con un gesto hostil—. Aquí nunca damos recomendaciones».

Blincoe pensó que era mejor irse y buscar fortuna en otro lugar que quedarse a discutir. Este hecho refleja claramente el carácter opresivo de estos establecimientos. Está claro que el señor

Clayton no quiso contratar a Blincoe sin una recomendación o algo equivalente, como exigir ver sus contratos de aprendizaje; y, después de que el joven les hubiera servido con diligencia y honestidad durante seis meses, debería haberle dado por escrito una constancia de ello. Esta negativa podría haberle impedido conseguir otro empleo. Más allá de cómo estuviera la ley en ese momento, en cualquier futura medida legislativa debería incluirse una cláusula que obligue a todo patrón a dar una recomendación por escrito, excepto cuando algún acto grave de mala conducta anule ese derecho.

Desde la fábrica de Mellor, Blincoe caminó hasta Bollington, un pueblo en Cheshire no muy lejos de Macclesfield, a unas 18 millas de distancia. Llevaba un hatillo colgado de un palo al hombro. Pasó por varias posadas junto al camino, saciando su sed en fuentes naturales y calmando el hambre con un panecillo de un penique. Así viajó hasta llegar a Bollington, donde consiguió trabajo en una fábrica propiedad de un tal señor Lomax, situada en el camino a Macclesfield. Lo colocaron en la sala de cardado, considerada la más agotadora e insalubre de la fábrica debido a la gran cantidad de suciedad y polvo, aunque el señor Lomax le prometió cambiarlo a un *stretching frame* al cabo de dos semanas.

Pasadas las dos semanas, Blincoe no vio señal alguna de que lo fueran a sacar de la tarea de desprender el algodón de las cardas. Decidió marcharse y dirigirse hacia Staley Bridge con la esperanza de mejorar su situación. Mientras atravesaba unos campos como atajo, se topó con un par de individuos de aspecto sospechoso que, acercándose con descaro, le preguntaron con voz severa, «¿Qué llevas en ese hatillo? —No sé, señor, pero si le pregunta al caballero que viene a caballo por el camino, al otro lado del seto, él se lo dirá». Al oír esto y notar la calma indiferencia de Blincoe,

los interrogadores echaron a correr sin mirar atrás, según pudo percibir. Así, el pequeño y pobre vagabundo burló a los maleantes y salvó su camisa y medias, y quizá también el dinero ganado con tanto esfuerzo que llevaba en el bolsillo.

Habiendo escapado astutamente de los ladrones, Blincoe se apresuró hacia el camino principal y caminó lo más rápido que pudo hasta avistar algunas casas, donde se sintió a salvo. Al llegar a Staley Bridge, ubicado junto a un río que separa Cheshire de Lancashire y donde había muchas fábricas de hilado, recurrió a un hombre llamado William Gamble, que había vivido en Yorkshire. Doce o trece años antes, este hombre había sido uno de los supervisores en la fábrica Lowdham y se distinguía por patear a los aprendices, arrastrarlos del pelo por las salas y arrojarlos al suelo, motivo por el que fue reprendido y despedido cuando llegaron los supervisores de la parroquia de Pancras. De hecho, él y un tal Smith eran el terror de los pobres niños. Pero Blincoe, necesitando trabajo y sabiendo que Gamble era supervisor en la fábrica del Sr. Harrison, apodada, por su notoriedad, la Bastilla, no se intimidó fácilmente, pues tras tantos años en Bastillas, ya estaba acostumbrado.[14]

Acudió a Gamble, quien, a pesar de haberle infligido tantas *muestras de afecto paternal* en el pasado, lo reconoció de inmediato y, con extraña amabilidad, le consiguió trabajo por diez chelines a la semana. Durante unas semanas, Gamble cobró el salario

[14] A algunas de estas fábricas se las llamaba *la Bastilla* como una forma simbólica para expresar las condiciones opresivas y represivas que vivían los trabajadores, prisioneros sin libertad ni derechos, obligados a trabajar en condiciones inhumanas para sobrevivir, en referencia a la famosa prisión francesa tomada durante la Revolución Francesa en 1789, símbolo de represión, injusticia y poder autoritario.

en nombre de Blincoe, actuando como su proveedor y asignándole una cama, de modo que Blincoe solo tenía que trabajar, una tarea moderada, al menos comparada con la fábrica Litton. A pesar del ominoso apodo de la fábrica, los trabajadores no estaban encerrados en las salas como en Mellor. El dueño tenía otro método para impedir que sus trabajadores salieran, y que, de paso, ahorraba el sueldo de un portero: situó la oficina de tal forma que nadie podía entrar o salir sin ser visto. Allí trabajó Blincoe durante algunos meses, pero, no estando del todo satisfecho con las condiciones que le imponía la *generosa administración* de William Gamble, decidió abandonar su hospitalario techo. El resultado fue que, una vez libre, podía vivir e incluso ahorrar la mitad de su salario.

Los jornales en esta fábrica eran miserables, y el trabajo, agotador: consistía en desprender el algodón de las cardas superiores. La cantidad fijada diariamente era de seis libras de algodón, una tarea extenuante. Pero luego el patrón se acercó a Blincoe y a otros mientras trabajaban y les anunció que, a partir de entonces, debían desprender más peso de algodón de las cardas o serían despedidos. Blincoe, negándose a hacer más trabajo por el mismo sueldo, reclamó sus pagas y abandonó ¡la Bastilla!

De allí, se dirigió a la fábrica de un tal señor Leech, también en Staley Bridge, quien lo contrató por nueve chelines a la semana. Pero el algodón era tan sucio y el trabajo tan duro que no duró mucho. Además, el dueño solo pagaba cada tres semanas, lo que obligaba a pasar privaciones antes de recibir un solo penique. Tras tres días de esfuerzo, Blincoe se acercó a su patrón y le pidió un adelanto equivalente a lo ganado. Una vez conseguido, desertó sin avisar, a la francesa, lo que indignó al empleador. Aunque ahora sin trabajo, Blincoe permaneció en Staley Bridge. Pronto

encontró empleo en la fábrica de un señor Bailey, cuyo padre había muerto hacía poco horas después de que el *blower* le arrancara un brazo. Allí, Blincoe se quedó varios meses desprendiendo algodón de las cardas por once chelines a la semana. Cuando logró ahorrar unas pocas libras, decidió probar suerte en Manchester, la célebre ciudad que se encontraba a solo siete u ocho millas de distancia.

De Londres, Blincoe solo conservaba un vago recuerdo, y pensaba que Manchester era el lugar más grande y espléndido del mundo. Se alojó en San George's Road, atraído por la residencia de James Cooper, un aprendiz de la misma casa de caridad que él, que había sido azotado cruelmente en la fábrica Litton. Este joven lo recibió amablemente y le ofreció alojamiento en su casa cerca de Shudehill. Blincoe llegó a Manchester en un mal momento, justo al regresar la paz tras la guerra, y le costó encontrar trabajo.[15] Su primer empleo fue en la fábrica del señor Adam Murray, donde las máquinas funcionaban solo cuatro días y medio a la semana, por lo que ganaba no más de siete chelines y un penique. Ya había sufrido el calor en las fábricas de Staley, pero en la del señor Murray lo encontró casi asfixiante. Si en Litton hubiera hecho tanto calor, sumado a las largas jornadas y la escasa y mala comida, probablemente no habría sobrevivido al primer año de servidumbre.

Pensando que era prudente arriesgarse a mejorar su suerte, Blincoe dejó la gigantesca fábrica de Adam Murray al final de la semana y se fue a trabajar a la fábrica de Robinson, como se la conocía, propiedad del señor Marriet, donde lo contrataron para

[15] Final de las guerras napoleónicas el año 1815, tras la batalla de Waterloo, ganada por los británicos.

desprender cardas por media guinea a la semana. Trabajó allí varios meses, viviendo con frugalidad, sin frecuentar tabernas ni malas compañías. Al ser contratado, los supervisores lo obligaron a pagar dos chelines como *derecho de entrada*. Esto lo llevó a una taberna en Bridge Street, donde esa costumbre absurda y perjudicial lo arrastró a su primer y único acto de embriaguez, que lo dejó enfermo varios días. Muchos de sus compañeros, que también habían contribuido con dinero, terminaron igual de borrachos. Este gasto fue contra los deseos de Blincoe, que lamentó tener que beber cerveza. Si se hubiera negado, lo habrían despreciado y quizás perdido el trabajo. Era una costumbre perniciosa que debía abolirse. Blincoe siguió varios meses en esa fábrica, viviendo como un solitario entre la multitud, sin mezclarse mucho con sus compañeros.

Luego se trasladó a una fábrica en Bank Top, llamada la antigua fábrica de Young, entonces ocupada por el señor Ramsbottom. Allí, con el tiempo, lo contrataron como fogonero o ayudante del técnico, realizando trabajos pesados. Permaneció tres años, durmiendo gran parte del tiempo sobre una piedra plana en el cuarto de calderas. Si llovía de noche, acababa empapado. Pero, habiendo sufrido tanto antes y con un salario tan bajo, decidió ahorrar lo suficiente para intentar vivir como comerciante de desperdicios de algodón, un humilde oficio del que muchos de los más prósperos industriales de Manchester habían surgido. Su patrón, satisfecho con él, le subió el sueldo a trece chelines semanales. Aunque Blincoe estaba tan negro como un deshollinador, la esperanza de independencia lo motivó a soportarlo. Sin embargo, en 1817, artimañas del gerente y un intento de reducir su salario, por 16 horas diarias de trabajo, lo llevaron a renunciar a esa servidumbre dura, incesante y poco rentable.

A partir de entonces, se convirtió en comerciante ambulante. Tras el primer año, su pequeño capital se había reducido a la mitad, pero la experiencia ganada valió más que el dinero perdido. Ya iniciado en los misterios del comercio y con buen conocimiento del algodón en bruto y los desperdicios, comenzó su segundo año con mejor estilo. Para el final de ese año, no solo había recuperado su capital, sino que le había añadido £5.

Blincoe alquiló un almacén y vivió en una pensión. En el año 1819, el domingo 27 de junio, ocurrió que se encontraba, junto con otras personas, en el bautizo del hijo de un vecino, donde había varias mujeres presentes. Un carnicero alegre, conocido del señor Blincoe —que ya no era el *pobre* Blincoe de antes— comenzó a bromear y a burlarse de su soltería. Entre los presentes se encontraba una amiga cuya edad, aunque no podía considerarse anciana, sí era mayor que la de Blincoe. Las bromas pronto se dirigieron hacia ella, y algunos de los invitados exclamaron entre risas: «¡Blincoe, cásate mañana y así celebramos una buena boda además de la fiesta!».[16] A lo que Blincoe, lanzando una mirada de reojo a la dama, respondió, «Bueno, si Martha me acepta, la tomaré por esposa y me casaré con ella mañana». Ella, con modestia, contestó, «Sí». Entonces Blincoe, aunque pillado por sorpresa, declaró, «Ahora bien, si cumples tu palabra, yo cumpliré la mía. —No me echaré atrás, replicó ella, siempre que tú tampoco lo hagas». Al oír esto, estalló un gran alboroto, y cuando se calmó, el carnicero apostó una pierna de cordero a que Blincoe no se casaría el lunes 28 de junio. Otros se sumaron a la apuesta, pero

[16] Blincoe tenia 27 años, no conocemos la edad de Marta, que debía ser solo unos pocos años mayor, «not approaching old age», porque ya se consideraba una persona cercana a la vejez.

Blincoe, decidido a ganar tanto las apuestas como una esposa, les dijo a sus compañeros, «Para que no haya decepciones, iré esta misma noche a buscar la licencia matrimonial».

Dos de los presentes se ofrecieron a acompañarlo para asegurarse de que todo fuera en serio. Sin embargo, a mitad del camino, temiendo que Martha le estuviera tendiendo una trampa, Blincoe ideó un ardid: se detuvo y le dijo que no podía obtener la licencia sin su presencia. Cuando ella accedió a ir, para asegurarse aún más de no quedar en ridículo, añadió, «No llevo suficiente dinero encima. Martha, ¿me prestarías dos libras?». En un instante, ella sacó el dinero y se lo entregó. Así, prosiguieron. Blincoe, tan tímido que ni siquiera le tomó la mano o la besó, se dirigió directamente, y acompañado por dos de los apostadores, a la casa del famoso, aunque no muy reverendo, Joshua Brookes, recientemente fallecido.

A la mañana siguiente, partieron en un carruaje desde su alojamiento en Bank-Top y se casaron en la Old Church. Blincoe ganó sus apuestas y una esposa. Desde entonces, han vivido con una tranquilidad conyugal comparable a la de muchas parejas consideradas felices, y su prosperidad material no ha dejado de crecer. Con el tiempo, Blincoe llegó a ver a su antiguo amo tirano reducido a la indigencia, azotado por calamidades tan terribles que parecían obra de la justicia retributiva, cuya mano férrea se había posado sobre él y su familia. ¿En cuánto tiempo se cumplirá la profecía de la vieja sibila de Chapel-en-le-Frith? Queda por verse, pero es probable que, en la plenitud de su vida, la rueda de la fortuna lo eleve tan alto como lo hundió en los días de su infancia y juventud.

En el año 1824, Blincoe había acumulado en sus negocios una suma de dinero que consideró suficiente para mantener a su fa-

milia, independientemente de su negocio de desperdicios de algodón. Poco después, dejó un local que había ocupado durante varios años en el número 108 de Bank-Top, en Manchester, y se mudó a una casa en Edge-place, Salford. Mientras vivía allí, decidió invertir parte de sus ahorros, fruto de su trabajo, en la compra de maquinaria para el hilado de algodón. Alquiló una parte de una fábrica de algodón propiedad de un tal Sr. Ormrod, cerca de la iglesia de San Paul, en Tib-street. Durante seis semanas, con la ayuda de algunos mecánicos, se dedicó a preparar la maquinaria para ponerla en funcionamiento. Sin embargo, el primer día de trabajo, un cuarto contiguo del edificio se incendió, reduciendo a cenizas la maquinaria de Blincoe. Al no estar asegurada, la pérdida estuvo a punto de arruinarlo por completo.

Blincoe declara que no volverá a tener nada que ver con el negocio del hilado, entre los sufrimientos padecidos como aprendiz y esta enorme pérdida causada por el incendio, está completamente harto de este oficio.

Confirmaciones de su vericidad

Ashton-under-Lyne, 24 de febrero de 1828.

Estimado señor:
He leído la narración de los sufrimientos de Robert Blincoe con una mezcla de dolor y satisfacción: Dolor, porque sé por amarga experiencia que tales atrocidades existieron; Satisfacción, porque al ser publicadas, quizá sirvan para aliviar la miseria de los desafortunados aprendices, que están cumpliendo un aprendizaje inacabable en varias partes de Lancashire y Derbyshire. En 1806 o 1807, fui enviado como aprendiz —junto a otros doce niños del hospicio de St. James, Clerkenwell (Londres)— a la fábrica de Arnold, cerca de Nottingham, propiedad del señor J. Oxley. Tras dos años y tres meses de servidumbre, me vendieron al señor Middleton de Sheffield. Cuando su fábrica se incendió, muchos de nosotros fuimos traspasados al señor Ellice Needham, dueño de la fábrica de Litton. Allí conocí a Robert Blincoe, mejor conocido con el apodo de *Párroco*. Los sufrimientos de los aprendices fueron extremos durante el período de servidumbre de Blincoe, tanto en términos de hambre como en severidad. Sin embargo, tras su partida de aquel lugar, las privaciones que tuvimos que soportar en cuanto a hambre superaron todos nuestros sufrimientos anteriores (si es que eso era posible), ya que tuvimos que subsistir principalmente con el alimento que podíamos encontrar en los bosques. Lo que ahora escribo es para corroborar la declaración

de Blincoe, pues le oí relatar durante mi aprendizaje todos, o casi todos, los detalles que ahora se narran en sus memorias. También puedo añadir que trabajé bajo las órdenes de Blincoe, en la misma máquina y de la misma manera en que él lo había hecho bajo el mando de Woodward, sin recibir de él ningún trato severo. Es más, Blincoe estaba tan lejos de maltratar a los aprendices que trabajaban bajo su dirección, que con frecuencia les daba parte de su ración de comida por pura compasión y pasaba por alto pequeñas omisiones sin una palabra de reproche. No puedo cerrar esta carta sin relatar una anécdota que ocurrió hace unos dos años. Un día, al visitar la casa de un amigo, me preguntó si conocía a Robert Blincoe. Respondí afirmativamente. «Porque», añadió, «hace algún tiempo vi un prospecto de su biografía y se lo conté a W. Woodward, que estaba de visita»; y al escucharlo, exclamó de inmediato: «¡Eso me delatará!» y se mostró muy abatido durante el resto de su visita.

Atentamente,
John Joseph Betts.

Samuel Davy, un joven ahora empleado en las Obras de Gas de Westminster, ha visitado al editor de las *Memorias de Blincoe* y ha dicho que su propia experiencia confirma la declaración general de las *Memorias*. Samuel Davy, cuando era un niño de siete años, junto con otros trece, alrededor del año 1805, fue enviado desde el hospicio de la parroquia de San George, en el distrito de Southwark, a la fábrica del señor Watson en Penny Dam, cerca de Preston, en Lancashire; y sucesivamente trasladado a la fábrica del señor Burch en Backborough, cerca de Castmill, y a la de los

señores David y Thomas Ainsworth, cerca de Preston. La crueldad hacia los niños aumentó en cada uno de esos lugares, y aunque no fue tan extrema como la descrita por Blincoe, se acercó mucho. Describe a un tal Richard Goodall como ¡golpeado hasta la muerte! Se usaban hierros, como con los delincuentes en las cárceles, y a menudo se colocaban en mujeres jóvenes de la manera más indecente, desde los tobillos hasta la cintura. Era común castigar a los niños manteniéndolos casi en un estado de desnudez, en lo más crudo del invierno, durante varios días seguidos. Davy confesó que a menudo pensó en robar, no por codicia, con el deseo de liberarse de tan miserable condición mediante la prisión o el destierro; y, finalmente, a los diecinueve años, aunque fue perseguido por hombres a caballo y a pie, logró escapar con éxito y llegar a Londres. Durante diez años, este niño y su hermano fueron mantenidos sin saber nada de sus padres, y sin que los padres supieran dónde estaban ellos. Todas las solicitudes a los oficiales del hospicio para obtener información fueron en vano. La aparente pérdida de sus hijos afectó tanto la mente de la madre de Davy que, junto con otros problemas, le provocó locura, ¡y murió en un estado de demencia! Ninguna salvajada en la naturaleza humana que haya existido en la tierra se compara con la que se ha asociado con las fábricas de hilado de algodón inglesas.